ARMANDO RODRIGUEZ PORTILLO

El Ruiseñor --Oriental--



COLECCION DE
COMPOSICIONES LITERARIAS





ARMANDO RODRIGUEZ PORTILLO

El Ruiseñor Oriental

COLECCION DE VERSOS



SAN SALVADOR
IMPRENTA NACIONAL
1922



ARMANDO RODRIGUEZ PORTILLO





dulzura amorosamente bequeriana—versos que fluian fáciles como un claro chorro de agua cantarina,—que se desliza con suavidad sutil como una cinta de seda acariciando los frescos tallos de los trémulos lirios.

Versos musicales, como gorjear de pájaros montañeses; versos joviales y alegres, como esas róseas mañanas primaverales con cielos *cerúleos* frente a la gloria del sol.

El espíritu de Armando Rodríguez Portillo, era por naturaleza divinamente soñador y por eso fue que supo encontrar el secreto de plañir admirablemente la mágica flauta del celeste Orfeo.

Sus cantos eróticos, saturados de una sutilidad febril, tienen la intensidad de los idilios; con susurrar de besos que se espiritualizan al amparo de la luna; que, como una copa rebosante de ópalos, inflama de halos de angélica luz los azules espacios.

Su musa, a veces, también vagó por los eglógicos pensiles virgilianos, y supo con noble inspiración, ser fiel intérprete de los paisajes que con pincel de refinado artista trasladó al lienzo armonioso de sus versos.

Amaneceres tropicales, húmedos de fragancias montañeras, trinar de pájaros salvajes, murmurar blandamente de los riachuelos, ronco mugir de toros, gritos de gañanes y humo azul de las rústicas viviendas; todo eso reflejan las composiciones de perfume nacional, de nuestro malogrado poeta.

El estro de Portillo, no fue muy fecundo, pero, en cambio, su bagaje poético, tiene el



valor de las piedras preciosas encerradas en un fino estuche de terciopelo.

Una de sus últimas producciones es la continuación de «EL RELOJ», obra que dejara inconclusa el insigne poeta Pepe Batres Montúfar.

La finalidad de este difícil trabajo literario, realizado por Armando Rodríguez Portillo, es admirable: primeramente el ajustarse al estilo serio, satírico y humorístico de Pepe Batres, y después saturarse el alma de los recuerdos y de las costumbres de la época del coloniaje, tan fielmente caracterizadas en este magnífico poema y, por último, ese fluir de consonantes armoniosos de las octavas reales, elegantes y sonoras, que abundan en esta producción ingeniosa.

Ese es, pues, uno de los mejores trabajos del vate usuluteco, de aquella alma sonora, con sonoridades de caracol marino, que supo recoger los inmensos rumores de los bosques y el gemido amoroso de los corazones.

Este poeta, dulce rimador, de alma ingenua, melancólicamente sensitiva, cuya lira vibrara con arrebatos de espiritual entusiasmo, una noche plenilunar, poblada de estrellas, que madrigalizaban con el azul del infinito, sintió su espíritu atormentado lo que sintiera Silva, el celeste panida colombiano y recordando tal vez el último pensamiento de Werter, en un impulso de esos que muy pocos hay en la vida de los hombres, llamó a las puertas del eterno misterio, llevando en su psíquis como un celeste fulgor el recuerdo de su madre.



La ciudad de Usulután fue la arrulladora cuna de nuestro ya glorioso bardo, quien nació el 22 de mayo de 1880, y fueron sus progenitores don Juan Portillo y doña Carmen E. Rodríguez.

En San Vicente hizo sus estudios de preparatoria y los de segunda enseñanza hasta obtener el título de Bachiller en Ciencias y Letras en San Salvador, en el Liceo Salvadoreño.

Tales son las impresiones literarias ligeramente diseñadas por mi pluma y los breves datos biográficos de aquel inspirado poeta, que con su numen de vigorosa mentalidad deshojara de los rosales interiores de su espíritu las rimas hondamente sentidas, gentiles y suavemente delicadas, en el regazo de las almas dilectas y que con el prestigio de su talento honrara de manera elocuente la literatura nacional.

JORGE F. ZEPEDA.

San Salvador, 1920.



Fue el 22 de mayo de 1880, que en la ciudad de Usulután vino al mundo, Armando Rodríguez Portillo, portalira eximio que a fuerza de talento llegó a ocupar puesto eminente entre los verdaderos rimadores que han dado nombre a El Salvador.

Fue en aquella tierra pródiga de cabezas ilustres que se meció su cuna, arrullada por brisas purísimas y bajo la decoración de un cielo casi perpetuamente azul.......

Allá vivió sus primeros años el bardo glorioso, que había más tarde de escalar las gradas de lo excelso, nimbado del justo renombre que supo conquistar con sus versos bien hechos y sentidos.

Los progenitores del poeta fueron doña Carmen Enriqueta Rodríguez y don Juan Portillo. La muerte se apoderó de este último cuando Armando sólo contaba dos meses de existencia, y su madre, aunque no rica, tuvo desde un principio el firme propósito de esforzarse para hacer de él un hombre útil para la sociedad.

Desde su infancia el niño mostró mucho talento y su madre cifrando en él sus espe-



ranzas, trájolo a esta capital, donde hizo sus primeros estudios en el «Liceo Salvadoreño».

Allí se distinguió por su claro talento, y allí mismo fue donde empezó a escribir aquellos versos que sus profesores admiraban, y que hacían ver en él una futura gloria para las letras patrias.

Sentimentalista puro, desde su infancia amó el arte con todo el corazón y supo ser intérprete de su alma en elocuentes y sinceros cantos en los que se refleja su refinado temperamento artístico.

Se han perdido casi todas sus producciones primeras, pues Rodríguez Portillo, desde temprana edad pulsó la lira, dejando en sus versos la huella de su alma pura y sensitiva.

La madre, enorgullecida de su hijo, venciendo dificultades, hizo que continuara sus estudios, y así, perseverando siempre, Rodríguez Portillo cursó los años de ciencias y letras, en el Instituto Nacional, siendo Director de este centro el Dr. don Darío González.

Su Grado en Ciencias y Letras fue brillante, y cuando ingresó a la Universidad Nacional, Armando ya era bastante conocido por sus triunfos. Era Rector entonces de este centro el Dr. don Víctor Jerez, quien siempre tuvo para él frases de aliento y de estímulo.

En los actos públicos sostenidos por él, en Filosofía y en otros ramos del humano saber, todos admiraban su talento, y el estudio hecho con devoción.

Rodríguez Portillo luchó siempre y varias veces supo de los negros reveses del desti-



no. Como decía él mismo, se habría creído que de perenne lo acechaba el destino para herirlo con su zarpa fatal. Por eso quizás, hay en muchos de sus versos, ese dejo de melancolía que nos hace pensar en lo acerbo que debe haber sido su dolor.

En varios torneos literarios, iniciados por el Ateneo de El Salvador, obtuvo el primer premio y el general aplauso de la prensa.

Varios periódicos y revistas de Centro y Sur América, así como algunos de España, acogían sus producciones y las publicaban con frases laudatorias.

Desempeñó en varias ocasiones con honradez y celo empleos del Gobierno, y en su oficina de trabajo, cuando daba fin a sus tareas, ocupaba como Huysmans el escritor francés, las plumas y el papel del Estado para escribir sus versos.

Así, luchando siempre, sufriendo el dolor de esta vida traidora, faltándole sólo hacer su doctoramiento público de Dentista, cuando la Parca traidora tronchó su existencia, haciendo que su alma remontara las silenciosas aguas de la Estigia.

Su muerte fue llorada y las letras se vistieron de luto. Hubo estremecimiento de dolor en el corazón de todos los que conocían y apreciaban sus méritos, pues sabían lo que significaba su pérdida, tanto para las letras nacionales como para sus deudos.

FRANCISCO LINO OSEGUEDA (h.)



LOS INFRASCRITOS SECRETARIOS DE LA HONORABLE ASAMBLEA NACIONAL,

CERTIFICAN: que al folio trescientos cincuenta y dos del Libro de Acuerdos y Decretos del corriente año, se encuentra el decreto que literalmente dice: «San Salvador, diez y siete de agosto de mil novecientos veinte. Señor Ministro: La señora Carmen E. Rodríguez se presentó a esta Honorable Asamblea, solicitando que por cuenta del Estado se manden publicar las producciones literarias de su hijo Armando Rodríguez Portillo; y siendo de indudable valor esas producciones, que dieron realce, no poco, a la Literatura Nacional: Tramitada la solicitud conforme al Reglamento Interior de la Asamblea, visto el informe favorable de la Comisión de Gobernación, se acordó: mandar imprimir, por cuenta del Estado, tres mil ejemplares de la colección de poesías de don Armando Rodríguez Portillo, de los cuales, mil quinientos sean para la madre del extinto poeta y mil quinientos para el Estado. Lo que tenemos el honor de comunicar a

Ud. para los efectos legales, suscribiéndonos sus muy atentos servidores,—Miguel A. Soriano, 1er. Srio.—Rafael Justiniano Hidalgo, 2o. Srio.—Al señor Ministro de Gobernación».

Es conforme con su original, y para los efectos de ley, extendemos la presente en la Secretaría de la Asamblea Nacional: San Salvador, a las tres de la tarde del día diez y ocho de agosto del corriente año. Entre líneas=San Salvador=vale.

Miguel A. Soriano,
1er. Srio.

Rafael Justiniano Hidalgo,
2o. Srio.



EL RUISEÑOR ORIENTAL



POEMA DE LA AUSENCIA

La primavera verde y florecida
que perfumó el camino de tu ausencia
se torna, sin color, entristecida
y el cielo pierde ya su transparencia.

He visto entre los árboles un nido
que no se terminó; nido deshecho
que hoy cuelga sus piltrafas, desprendido
del fresco ramo que le diera techo.

Las flores de los árboles cayeron
para alfombrar las veras a tu paso
y ya no más a renacer volvieron,
mustio en las ramas el floral regazo.

Se ha secado la limpia torrentera
que lloraba en los flancos del camino
y bajaba cantando en la pradera
convertida en arroyo cristalino.

Su cauce el río marginal decrece
rastreando su linfa tembladora,
sin besar la campánula que mece
grácil su copa en la temprana hora.

Va por la margen de la cuesta el río
copiando en sus cristales la tristeza
del paisaje monótono y sombrío,
sin retratar su espiritual belleza.



No estás en el espejo de sus hondas,
y hoy se miran temblar en su oleaje,
como esqueletos de árboles, las frondas
y el rojo sol como sangriento ultraje.

Primavera murió! Calló la brisa
que del follaje, cariñosa y leda,
salió para abrevar en tu sonrisa
frases de amor y ósculos de seda.

Qúe triste soledad! Quiere el destino
que entre tu dicha y mi dolor tan rudo,
vea siempre ese lóbrego camino
como guardián petrificado y mudo.

Y que tenga constante tu recuerdo
mirando siempre que de mí te alejas,
que no te vuelva a ver y que te pierdo
y te olvidas de mí cuando me dejas.

¿Cómo entonces podré darte al olvido
si aún el sendero polvoriento y triste,
con su silencio díceme al oído
que has de volver así como partiste?

Mis ojos, ay! entonces ambulantes,
rastrean los recodos del sendero,
buscan la huella de su paso amantes,
y luego, cual lebreles jadeantes,
vuelven al punto donde yo te espero;
y explorando la estepa de mi alma
llena de soledad y de mutismo,
miran tu imagen tras mi negra calma
como en fantasmagórico espejismo.

Hoy he venido á venerar la huella
de tu paso y a ver en lontananza
cómo, antes rosa perfumada y bella,
hoy se está deshojando mi esperanza.

Veo cómo se va la primavera
que alfombrara las veras a tu paso,
cómo calló la limpia torrentera,
cómo agoniza el Sol en el Ocaso.



Me hablan de tí la brisa y los aromas
que ungen de muerte al campo desolado,
mientras una bandada de palomas
vuela fugaz a las vecinas lomas
y parece trazar tu nombre amado.

He vuelto a ver el olvidado nido
que no se terminó, nido deshecho
que aún cuelga sus piltrafas desprendido
del verde ramo que le diera techo.

Y a través del silencio de mi vida,
bajo un cielo sin luz, sin transparencia,
entre los dos se extiende adormecida,
la pampa solitaria de tu ausencia.

«Los Encuentros», 1o. de enero de 1911.



FLOR DE ENSUEÑO

En un ensueño idílico más diáfano que el día
soñé que tú me amabas, soñé que tú eras mía.
Yo era dueño de esclavos y esclavas hasta mil,
de un palacio de mármol y un lecho de marfíl.
(Cada vez que en tí pienso se llena mi cabeza
de todo lo que tiene tu divina belleza).
Tú eras una señora del tiempo neroniano;
yo vestía la toga de un augustal romano.
Teníamos enanos, un bufón y juglares
que el triclinio alegraban con su ingenio y su sal,
y coristas egipcias entonaban cantares,
al són acorde y dulce de una orquesta oriental.
Una vez en el circo, sobre aquella nobleza,
seductora triunfabas con tu real gentileza,
César puso en tus ojos su mirada felina,
como el tigre que al punto de encontrar una presa
se conturba y fascina.
En la arena del circo dos sicambros luchaban;
ofreciendo la gloria de sus torsos atléticos
ante viejos quirites, que mirando se hartaban
corroídos del hambre de sus ojos frenéticos.
Los gigantes gladiaban, pero César Augusto
sólo a tí te miraba con desusado susto.
(Cada vez que he soñado con un cielo de albores
surge ahi mi destino como mancha de horrores).



***

Otro dia al palacio de nosotros llegaba
con una orden del César un fatal centurión:
con su garra felina, de mi hogar te arrancaba
.... la crueldad de Nerón........
La amargura más honda dibujó en tu semblante
su fatídica huella;
como una arpa tu seno suspiró sollozante;
tu mirada era un cirio de fulgor suplicante
y el edil te llevaba sin oír tu querella.
Pero tú, bajo el peso de tan bárbara pena,
sufrir más no pudiste;
como pájaro herido, cual segada azucena.
sobre el piso de mármol moribunda caíste.
Y lloraban mis ojos y los fieles esclavos;
los juglares lloraban
y lloraba el bufón;
sollozaban las fuentes que en los patios charlaban,
todo en torno gemía de la triste mansión.
Al compás de los sistros suspiró la armonía
de las cítaras griegas y los dulces laúdes.



SOÑE, LLORE

Oíd mis voces, mujer idolatrada,
Hechizo de mi vida,
Vuela suspiro, dile a mi amada
Que muero por su amor.

Rompe la Aurora el día anacarado,
La alondra vuela y canta el ruiseñor,
Mis labios sienten un beso perfumado,
Quien mis ensueños mitiga el dolor.

Mas ¡ay de mí! será esto fantasía,
Que del amor la imagen se presente,
Es del amor la imagen la porfía,
La adoración que mi pecho siente.

Yo te consagro, misse adorada,
Mi vida toda, mi dolor y mi pasión,
El fresco ambiente, la brisa perfumada,
De un tierno amante su buen corazón.



AQUELLA MANO

Era una mano pequeña
que temblando entre la mía,
una ala blanca y sedeña
parecía,
lirio de sangre y de nieve,
creí que se marchitara;
suave, blanca, tibia y leve....
¡quién la besara!
De la espuma del encaje
salía como una flor;
y sobre el lino del traje
lucía con el albor
de eucarístico plumaje.
¡Infeliz de mí, que en pos
llegaba de su belleza,
sólo escuché con tristeza
lacónicamente: «Adiós»
Hoy, esa mano pequeña,
que temblando entre la mía
una ala blanca y sedeña
parecía,
siempre fina, siempre rara,
la veo en mi soñación
cual un mármol de Carrara
que está como si cerrara
la fosa de una ilusión.



PAGINA DE ALBUM

A María, Merceditas y Manuel

Fuera mi más buen deseo
burilar un camafeo
de piedras, oro y marfil;
pues lo merece tu gracia,
tu gentil aristocracia,
tu abolengo señoril.
Pero yo quiero cantar
lo que ha llegado a tu hogar
y que adoráis tú y Manuel,
ya la he visto: tiene boca
de granada y risa loca
que encanta y destila miel.
Su trajecito de espuma,
blanco y sutil como bruma,
cuando va al parque, se ve
pasar bajo la arboleda,
como alba rosa que rueda,
la más linda del vergel.
Y cuando va entre los dos,
así cual lo manda Dios,
entre mamá y su papá,
la NENA se me imagina
lazo que une a fuerte encina
un bello y noble rosal.
Y tú, Manuel, y la NENA
formaréis una cadena
como un solo corazón
que encadena a la VICTORIA
con la VIRTUD y la GLORIA
que va buscando el amor.



POR EL AZUL DE TU ALMA

Ha de llegar a tus divinos ojos
la rima de mis versos
y tú, pensando en mi pasión tan grande,
los leerás en silencio;
pasarán como pájaros errantes,
todos mis pensamientos
por el éter azul de tu alma pura
yendo lejos, muy lejos,
hasta que fatigados busquen todos
donde posar el vuelo.
¿Sabes, amada mía, dónde y cuando
se detendrán mis versos?
Cuando tú enamorada los recites
con musical acento,
entonces, en polícroma bandada,
sobre tus labios detendrán el vuelo
y tu voz vibrará como anhelante
aleteo de besos....



ABSINTIO

Es de dos filos la hoja de tu acero
Mas es tal, que al mirarlo, se me antoja
Que ya es viejo este puñal.
De tan usado que está,
No causa miedo ni alarma,
Pero tú sabes quizá
La herida cruel que se da
Cuando más vieja es el arma.
Puñal es ese que antaño
Traidoramente me hirió,
Puñal que hizo tanto daño,
Puñal que conozco yo.
¿Recuerdas? con golpe fiero
Sin respetar mi aflicción
En mi triste corazón clavaste
Ese mismo acero.
Y como tiempo dejaste,
Mi corazón está yerto;
El golpe que hoy asestaste
Se lo has asestado a un muerto.
Tu crimen es inaudito,
Pues si es un crimen matar,
A un muerto puñalear,
Es más horrendo delito.



SOLA Y TRISTE

Quieres decirme por qué
la tristeza te consume
y estás como rosa The
que va perdiendo el perfume?
Lloran tus húmedos ojos
que son cielos de belleza;
en tus labios, antes rojos,
se ha posado la tristeza.
Y a veces, tierna, suspiras,
buscando el confín lejano,
como si en el cielo miras
triste recuerdo lontano.
Qué ves? Qué buscas allí
donde luce el arrebol?
Porque se parece a ti
miras la puesta del Sol?....
Quieres decirme por qué
la tristeza te consume
y estás como rosa The
que va perdiendo el perfume?



NOTAS

Iba la niña
DO
cortaba flores
yo
¿Quieres—la dije,—
que
a tí mis flores
dé?
Canta aquel canto
que
tiene al principio
RE.
Canta, que todo
MI
numen es para
tí.
También la brisa
va
gimiendo el tono
FA.
No mires esa
col,
que no le falta
SOL.
Ven a mis brazos
ya;
digan tus labios
LA
la trova que es para
mí.
Dime si me amas,
dí....
Cantó la niña
y
dijo, sonriendo
SI....



¡MUERTA!

Hace muchos años, abuelita mía,
que para este mundo tus ojos cerraste;
ahora ves un cielo de luz y alegría,
más bello que el mundo donde me dejaste.
Guardo en mi memoria la luctuosa escena:
no decías nada, ya no sonreías
y en tu rostro grave dibujó la pena
rictus de dolores y melancolías.
Estreché tus manos flácidas y yertas
contra de mi pecho lleno de congojas;
manos que hoy besara, manos que están muertas
como ramas mustias, escuetas sin hojas!
Por la vez postrera vi tus ojos tristes
fijos en el santo Cristo de madera:
ya no me mirabas.... que ver no quisistes
de los ojos mios la congoja fiera.
Muerta! dijo el santo sacerdote austero;
muerta! repitieron los ecos de mi alma,
y en el aire cálido tu aliento postrero
desplegó sus alas a la eterna calma.
Y después, un negro féretro encerraba
la reliquia santa de tu cuerpo inerte;
negro estaba el túmulo, negro el cielo estaba....
todo estaba negro después de tu muerte.
Nada más recuerdo.... Desde que te fuiste
se grabó en mi mente la luctuosa escena,



todo veo negro: mi espíritu triste,
mi orfandad, mi duelo, mi vida, mi pena.
Dios te salve, madre; vuelve a mi tus ojos
llenos de esperanza, llenos de dulzura,
mi alma va a postrarse frente a ti de hinojos,
llena de dolores, llena de amargura.
Yo bendigo, madre, tus cenizas frías,
mientras que la postre del mundo se llega,
mientras tus cenizas se unen a las mías,
ruega, madre, ruega....

CANTARES

Recoja la miel sabea
de tu boca primorosa
mi verso, que es mariposa
que en tus labios aletea.

No cantaría tan mal
quien te escribe estos CANTARES,
si tú le dieras la sal
que a tí te dieron los mares.

Retira de tus balcones
esa enredadera......esa
con que enreda tu belleza
millares de corazones.

Encendido caracol,
tu boca es nido de amores
que causa envidia a las flores
cada vez que sale el sol.

Con tu blancura de Hebe
triunfaste en un jardín,
cuando en tus manos de nieve
se deshojó aquel jazmín.

La luz que tus ojos dan
bajo tus negras pestañas,
atrae como el imán
y vale por dos Españas.



Tu donaire y gentileza
dicen que eres una nota
que se escapó de una JOTA ....
de la jota aragonesa.

En la corte de Borbón
las damas y caballeros
rendirían ovación
al ver tus pies sandungueros
desenredando BOLEROS
o tejiendo un rigodón.

Y en aquella tierra ibérica
Alfonso, muy salamero,
gritaría: "¡Olé salero!"
por la española de América.



TRISTE ROMANZA

Voy a morir para vivir contigo
cambiando en luz, en átomo y en flor,
así el dolor
que siempre va conmigo,
perfumará tu amor.
No habrá de ser vivir en el olvido
estar bajo la sombra de un ciprés
si ahí, talvez
en polvo convertido,
podré besar tus pies.
Y si a tus labios de carmín viviente
lleva otro amor sus cálices de miel,
yo seré aquel
susurro del ambiente
que te dirá: "cruel".
Seré la luz que ante tus ojos brille;
tu sombra idolatrada besaré,
y átomo que
bajo tus pies se humille,
la huella de tus pasos seguiré.



MEDIOEVAL

Dentro de mi corazón,
amada, vives cautiva
como en negro torreón,
por desdeñosa y altiva.
Ciñendo puñal y lanza,
guardan el FUERTE mis celos;
en el PUENTE están mis duelos
y a tu REJA, mi esperanza.
Si alguien, prendado de tí,
se acerca, la pasión mía
clama cual rudo VIGÍA:
«Quién va ahí?»....
Resuena a la vez, el bronce
de alarma. Mis celos son
más bravos que el escuadrón
de archeros del rey Luis XI;
y el apuesto caballero
que a mirarte se atrevió,
cabe a los muros cayó
vencido por un ARCHERO.
Adentro se oye tu queja
de rebeldía y despecho;
y al querer romper tu REJA
rompiéndome estás el pecho.
Después la calma, la fría
calma, vuelve al TORREÓN,
se vuelve a tí mi ilusión,
a tí vuelve el alma mía,
y te encuentran siempre esquiva
sin que tu ceño se borre,
prisionera en alta TORRE
por desdeñosa y altiva!



MENSAJERA

Luna!, silencioso pájaro de nieve,
vuela donde vive la amada que adoro;
pájaro divino de plumaje leve,
dile cuánto lloro!
La avenida verde se mustió sombría,
Céfiro está triste por su larga ausencia,
y al unir sus penas a la pena mía,
todos los jazmines lloraron su esencia.
Vuela, vieja Luna, viejecita triste
de cabeza blanca, temblorosa y leve,
tú que junto de ella dichoso me viste,
cuéntale hoy mi pena, pájaro de nieve.
Mas si está llorando no le digas nada,
lágrima que tiemblas en la azul pupila;
dámele consuelos, lágrima argentada,
dale tus fulgores serena y tranquila.
Dile que una fada buena y soñadora
me dará un esquife con remos de plata,
y que en una noche de luna mi prora
tocará en el mármol de su escalinata.
Loco de ventura la tendré a mi lado;
gemirá la guía con su blando peso;
viajaremos juntos al país soñado
y al mirarnos, Luna, nos darás tu beso.

INSOMNIOS

Me introduje a tu estancia
una noche de invierno
que tú estabas ausente.
Turbada de placer con la fragancia
que tenía el ambiente,
creí palpar con todos mis sentidos
el rojo de tu boca,
los ecos de tu voz. En mis oídos
suspiraban los silfos adormidos
hablándome de tí. No te veía,
pero mi alma sentía
que se volvía
loca.
Por la abierta ventana
tosió una racha fria de la noche;
tuve miedo por tí
que eras muy pura
y
divina, más que humana;
tuve miedo, pues sé que la pavura
de la noche es una alma de gitana
que va robando vírgenes hermosas
como tú, cual las rosas
que viven de la luz de la mañana.
Crujió el visillo rojo
que la brisa agitó, cerré la puerta
y púseme a mirar,—por raro antojo,—
de tu espejo la luna,



y viéndola, creí mirarme en una
pupila fosca y yerta!
Brilló siniestramente
la luna de tu espejo,
cual si intentara referir la historia
de cierto amor ausente
que guarda tu memoria.
Como sobre un mosaico,
leí tu amor antiguo
sobre el reflejo arcaico
de aquel espejo ambiguo.
De súbito sentí que en mi cabeza
se extinguía la luz. Vi doblegarse
mi corazón como la flor maldita
que el Otoño la besa
y luego se marchita
en un deshojamiento de tristeza.
Es de entonces que estoy meditabundo;
desde que entré a tu estancia
cambióse mi placer en un profundo
desconsuelo sin fe. Luz y fragancia
de todo lo que es tuyo me embriagaron
y me embriagan aún; mas la sombría
locura de los celos me devora.
Dentro del alma mía
perdura una visión aterradora:
Es un salón desierto;
la noche silenciosa,
éntrase ahí por el balcón abierto
y vuela tenebrosa
en la forma de una
hórrida mariposa;
vuela helando mi espíritu y me envuelve
como clámide bruna,
un hálito de muerte voy sintiendo,
y desde el fondo del salón, la luna
de un espejo macabro me está viendo!..



CONFESIONES

No es justo tu desdén. Cuando me mires
busca el recuerdo de mi amor en tu alma;
busca, y entonces tu mirada altiva
talvez se empañará con una lágrima.
¡Oh, tu mirar divino de otro tiempo!
Cómo tus ojos cándidos hablaban!
¡cuán dulcemente el corazón ardía
al beso de la luz de tu mirada!
Tímidamente, convulsivo el labio,
sin hablar, en tus ojos me abismaba,
y ebrio de amor, en éxtasis profundo,
mirándote, me hallaba sin palabras.
De amor sediento mi cansado espíritu,
cual pájaro sin nido a tí volaba,
bebía lumbre diáfana en tus ojos
y blando nido le ofrecía tu alma.
Hoy la ausencia quizá rompió los lazos
que tu amor a mi amor encadenaban,
y al volvernos a ver hallé en tus ojos
la lividez sombría de una espada.
Mi amor, entonces, suplicó humillado;
mi alma, que iba a volar, plegó sus alas;
mi corazón sintió que el fuerte látigo
de tu mirar airado lo azotaba.
Suspiré de dolor, lloré sintiendo
el frío de un amor sin esperanza,
y tras la humillación de amarte siempre,
hondamente lloré.... ¡lloré sin lágrimas!



Mas no creas que ciego en mis dolores
maldiga de este amor que llena mi alma;
tú podrás maldecir, yo no, perdóname,
¡moriría talvez si no te amara!

Por eso creo tu desdén injusto;
antes de verme, vuelve tu mirada
hacia el pasado.... Tu mirar sombrío
talvez se empañará con una lágrima.

TU ALMA

Tras el vuelo de tu alma se durmió la alegría
y a llevarte bajaron en inmensa teoría
y la música triste quedóse en el ambiente
perfumado de rosas, gemebunda y doliente.

***

¡Oh, quimera de mi alma, que aun soñando contigo
en la noche sombría de mis sueños te pierdo!
Si te busco, te ocultas cuando más te persigo
y te alejas, te alejas cuando más te recuerdo!

Cada vez que en tí pienso mi mente se ilumina
de todo lo que tiene tu belleza divina,
y si al soñar contigo veo un cielo de albores,
mi destino lo mancha con su sombra de horrores....



SEÑORA......

Yo llegué a vuestra casa,
señora,
como bohemio trovador que pasa,
que pasa y se enamora
de la aurora
que dulcemente el corazón le abrasa.
En la hiel de la vida,
mi alma
se humedeció transida
de dolor y sin calma.
Vi tus ojos, señora,
tus ojos,
y tus labios de miel
tan rojos
que hoy me saben las flores
a tus labios,
y todos los fulgores
me saben a tus ojos.
Perdona que te adore
locamente;
perdóname que llore
lo que jamás alcanzaré;
perdonamé
que te viva queriendo locamente.
¿Qué más da, que en la vida
piense mi alma humedecida
en hiel,
en aquella que ofrece mucha miel
y ofrece darle la quietud perdida?



Una noche serena y silenciosa,
pidiendo una limosna de ternura,
me llegué junto a tí,
y tu faz cariñosa,
tu voz toda dulzura,
me dio lo que pedí.
Saboreé la miel de esa ternura
en tu voz, que es dulzura;
y para mi hondo duelo
me diste la limosna de consuelo
de tu mirada pura.
Sí;
¿acaso el colibrí,
señora hermosa dí,
pide a la flor su cáliz de perfume?
Yo no soy colibrí,
pero tú, sí
eres como las flores,
y has de dar tus amores
así.
¿Dejarás que te adore
locamente?
Perdonarás que llore
lo que jamás alcanzaré?
Perdona, pues, que te adore eternamente,
perdoname.



CIELO GRIS.....

En blanca noche de luna,—la calle está sola y fría—y en el cielo hay como una—visión de melancolía.—Sólo tu piano sonoro,—bajo tu mano, obediente,—salpica con notas de oro—la tristeza del ambiente.

En tu nido perfumado—de soltera empedernida,—sin mirar hacia el pasado vives el hoy de la vida,—y eres feliz. Tu alma pura,—tu alma cándida de lirio,—nada sabe de amargura,—nada sabe de martirio.—A la vez también ignoras—por qué esta noche de luna, para mí, tiene como una—desilusión en sus horas.

Dichosa tú, que el destino—respeta tu alma risueña—y de la vida te enseña—sólo la luz y un camino.—A otros el destino mismo—señaló rutas sin fin—de placeres, pero sin—la luz que muestra el abismo.

Tú tienes dentro del alma—la quietud y transparencia—de tu límpida inocencia—como lago azul en calma.—Yo tengo la noche negra—dentro de mi alma sombría,—tan lúgubre, sola y fría,—que nada jovial me alegra.—Pero en mi pesar sombrío,—respeto el



dolor ajeno,—y haciendo mi dolor bueno,—a toda dicha sonrío;—gozo mirando gozar,—diríase que mi pena —se endulza sin amargar—la felicidad ajena.—No temas, pues que hacia tí—llegando sufrir te haga,—mi dolor no se propaga, por que es sólo para mí.—Mas el cerrado balcón —me dice que tu belleza —no alegrará mi tristeza—dentro de mi corazón.—Sólo la risa sonora,—de tu piano escucho atento—mezclarse con la del viento —música triste que llora.

Si salieras al balcón, verías hoy que la luna—sufrir parece como una—secreta y honda aflicción.—Su pálida faz serena—hoy mortecina parece;—diríase una azucena—de nieve que se entristece,—y en silencio sepulcral —busca en la muerte la calma, tal como debe estar mi alma—sin tu risa de cristal....

Mientras, en medio de tanta—tristeza, bajo tu mano,—obediente, canta y ríe —la música de tu piano.



INGENUIDADES

Vestida de blancos tules
como un reflejo de luna,
sonríe junto a la cuna
el Hada de ojos azules.
Entre la albura de lino,
como flor blanca y sedeña
dormida la niña, sueña
con algún país divino.

Tres hermanitos, como una
trilogía bulliciosa,
sin buscar ninguna cosa,
descubren al fin la cuna;
y haciendo graciosa mueca,
dice uno:
—Es mía!
—No, no!
clama la rubia.—Soy yo
la dueña de esta muñeca!
Y el grande dice muy grave:
—No es muñeca!
—Sí, que sí!
No, que no!
—Di, pues.....

—Aquí
viene papá, que lo sabe,
—Qué es, papá?—claman los tres;
y fingiendo hablar en serio,



el buen papá de una vez,
les descubrirá el misterio.
Qué es?—insisten los curiosos—
—Pues es—contesta el papá -
regalo que os da mamá
para que seáis juiciosos.

Los niños, con loco afán
rodan la cuna sonriendo
y después salen corriendo
y a jugar todos se van.
Y el Hada de ojos azules
que vela junto a la cuna
cual tenue rayo de luna
envuelto en nítidos tules,
dice el padre cariñoso:
"Hijos y hogar son consuelo
y ser padre es dón precioso,
es dón que os ha dado el cielo
para que seáis dichoso."

SONETOS LAUREADOS CON 1er. PREMIO

MARMOLES Y BRONCES

Al monumento conmemorativo
del 5 de noviembre de 1811.

I

El león melenudo de bronce simboliza
la libertad del pueblo: un león que reposa
con la cabeza en alto, desgreñada y hermosa.
con mirada serena, penetrante y preciosa.

En los bajorrelieves el pueblo inmortaliza
la primera cruzada, cuando escuchó el vagido
de la naciente patria, tierna águila que el nido
quiere dejar, ganando la meta que divisa.

LA REPÚBLICA, bronce que tiene porte regio,
perfil indolatino, talle fuerte y egregio,
está frente al escudo viejo del Salvador;
y en lo alto de la esbelta pirámide truncada
la VICTORIA, trasunto de una deidad alada,
sostiene dos coronas de laurel redentor.

II

En el heróico mármol y en el bronce guerrero
El Salvador la gloria de una centuria ha escrito:
la sonora epopeya del libérrimo grito
que estremeció las bases del coloniaje ibero.



Delgado, Arce y Rodríguez, apóstoles del fuero
libertario, tenían voluntad de granito,
valor como armadura de resonante acero
y un alma que aún no cabe por todo el infinito.

El viento de cien años ha guardado los ecos
de aquel grito en los antros de los cerúleos huecos;
y al recordar el año MIL OCHOCIENTOS ONCE,
el clarín de los siglos suena en las oquedades
del tiempo, y sobre el polvo de las viejas edades,
Delgado, Arce y Rodríguez resucitan en bronce.

III

Toda el alma del Istmo debe alzarse valiente
sobre las gradas de ese monumento sagrado,
que, cual índex de piedra, señala en el pasado
la fecha más gloriosa . . . .

La voz de un continente,
con sus mares y ríos jamás será potente,
para apagar los ecos de aquel grito sonoro
de la prócer estirpe. Su vibración de oro
a los siglos futuros le llevará el Presente.

Monumento que tiene la talla gigantesca
de aquella edad pasada, noble y caballeresca,
con su mármol y bronce perdurará en la Historia;
será fuerte atalaya, desde la cual el Istmo
hará sonar su alerta de honor y patriotismo
bajo el cielo sereno de libertad y gloria.



MATER ADMIRABILIS

En tu blando regazo de ternura y cariño,
con el cielo soñado, se dormía tu niño.
Oprimía en la grana de su boca, la rosa
del exúbero seno de forma prodigiosa.
Un amor se diría, sosteniendo la copa
modelada en la curva de los senos de Europa.

Nunca viera en el lienzo del pintor florentino
de tal cuadro el asunto seductor y divino.
Tú mirabas muy lejos, donde nada se alcanza,
persiguiendo la fuga de celeste esperanza.
Nunca ví tantos duelos en la noche enlutada
que ternuras tenías en tu dulce mirada
y en tus ojos tan negros, tu mirada serena
atediaba la calma de dos mares de pena;
mientras en tu regazo de ternura y cariño,
dulcemente sonriendo, se dormía tu niño.

Le mirabas los ojos como los tuyos, bellos;
su boca de granada, sus sedosos cabellos.
Lo hallabas todo tuyo. Castamente dormido,
de tu robusto seno se habia desprendido.
Soñaba con las gracias. Sonreía soñando
las cosas que los niños ven en el cielo cuando
se duermen ya nutridos del licor maternal.
Qué soñaba tu niño? . . . . De un sol primaveral
miraba la sonrisa sobre tus labios rojos;
se fingia ser ave del cielo de tus ojos
que bajaba en espiras hacia tu seno bello
y al ir rosando rápido la nieve de tu cuello,
se bebia la perla que se había quedado
suspendida en la cima del pezón sonrosado.



LA LEYENDA DEL MAIZ

POEMA INDIGENA

Junto al lago de Güija se alzó un templo magnífico
donde hoy sólo la piedra
refiere, con la oscura lengua del geroglífico,
sus antiguos anales a la tupida yedra.

Desde un lejano Oriente
nos cuenta la leyenda que vino la Serpiente
adornada de plumas . . . .
Quetzacohuatl, el sabio fundador de ciudades
y creador del reino que hoy sepultan las brumas
de las viejas edades.

Aquel anciano guía de los bravos nahoas
que hasta el Usumacinta llevaron sus canoas,
como los dioses griegos,
mezcló su heroica sangre a la de una belleza
votánide, tan pura,
como tenia el alma para su amante, llena de
angelical dulzura.

Se amaron. Y una noche, después que en la techumbre
del cielo nueve veces la luna envió su lumbre
a los regios amantes, sonrió desde una cuna
la niña más hermosa que vió la blanca luna.

Mahetzi, princesita del Reino, fué princesa
después, cuya divina y espiritual belleza
su padre, cuidadoso, guardaba con desvelo.



Mas aunque se ocultara como real *cambesa*
todos adivinaban su porte y gentileza
tras el sagrado velo,
porque el nombre Mahetzi quería decir «Cielo».

Fué por eso que el brillo de la real hermosura
difundióse, salvando la distancia y la altura,
y hasta en reinos lejanos todo el mundo sabía
que otro "*cielo*" de amores en la tierra existía.

Recorriendo los llanos y los montes; pasando
caudalosos torrentes; desafiando los pumas
y llevando presente
de oro gemas y plumas,
por mirar a la joven, muchos altos magnates,
arrastrando sus mantos de esmeralda y granates,
hasta el Reino arribaron a postrarse de hinojos
para mirar siquiera de Mahetzi los ojos.
Conquistar nadie pudo
ni a su padre ni a ella.
Ni el rico potentado de piel pintarrajeada
se congració a la bella;
ni el guerrero nervudo
que en cien fieros torneos, de sólo una lanzada
rompió el adverso escudo.
Los ojos de la bella no vieron amorosos
ni a los donceles diestros, que, gentiles y airosos
a la mano enguantada, con arrogancia y brillo,
lanzaban velozmente la elástica pelota
pasándolo seguros por entre el pétro anillo.

Arquero fabuloso también hubo que al cielo
arrebataba pájaros, con sus flechas, al vuelo.
Juglares, rapsodistas, prestidigitadores
y músicos pasaron;
y en vano cual los otros sus quejas suspiraron
a la que rechazaba sus vanales amores.
Vanales? Sí, vanales. Quetzalcohuatl quería
dar su hija al que salvara la augusta Monarquía
salvando a todo el pueblo del hambre. Bien pensaba
el sabio rey que el hambre
es un monstruo terrible que estrangula naciones
y que el pueblo famélico, en macabro calambre,
muere, pero rompiendo los cetros de los reyes



con garras de leones
y derrumbando tronos con horrísono estruendo.
Pero Xochiquetzalli, ciega para la inopia
de los nahoas, niega volcar su cornucopia,
y ellos lanzan en vano sus desolados ruegos
a Tohil, que infecundo, sobre el erial tostado
de la Tierra derrama sus calcinantes fuegos.

Un día hasta el palacio llegóse humildemente
un mancebo, llevando al monarca un presente;
y díjole:
—Me envía Otomil. Os saludo
en su nombre y os traigo el *tlascalli* sagrado
que brota de la tierra bajo el empuje rudo
del arado.
Probad.
Y sobre el rico tapete de la estancia,
volcó una red pletórica de pan en abundancia.
—Es un manjar?
—Es vida.
Es la savia del cuerpo que a la carne entumida
le habrá de dar del corzo la sutil agileza.
Probad, pues.
El monarca probó. Todas sus greyes
comieron el *tlascalli*, savia de fortaleza,
comunión de los pueblos, comunión de los reyes.
—Y me diráis—le dijo Quetzalcohuatl—en dónde
sus raíces la planta de esta semilla esconde?
—Y sabréis su cultivo también—dijo el enviado;—
pero habrás de seguirme por áspero collado
hasta llegar a mi país.
Venís?
Mi reino no está lejos, y encontraréis la planta
que en exúbero suelo sus panojas levanta.
—Decíd—dijo el monarca con ademán altivo—
decid a mis vasallos el arte del cultivo
y he de haceros más rico que vuestro rey, decidme....
El enviado, mirándolo con aire compasivo,
Otomil es más rico—le contestó—seguidme.
Mi país es más fértil. Sobre la tierra negra
los maizales extienden su alfombra de verdura,
tan ondulante y vasta que el corazón se alegra
y el alma se figura
surcar, como en el piélago de sonoros cristales,



la inmensidad movible de los verdes maizales.
Me seguiréis?
—No,—dijo Quetzalcohuatl—enseña
a mi grey tu arte magna y te daré mil bienes.
—Lo haré—dijo el enviado—pero mi rey se empeña
en poseer el «Cielo» de tu hija.
—La tienes,
respondióle el monarca. Mahetzi está ofrecida
para aquel que a mi pueblo le dé vigor y vida.
Entonces el plebeyo fabricóle un arado
para romper el surco y en una dura piedra
talló el «metal» en donde, ya el maiz preparado,
se muele. Después hizo de finísima arcilla,
el «comal», donde, al fuego que en los hogares brilla
como símbolo santo, el «tlascalli» se cuece.
—Vasta, dijo el monarca, Mahetzi os pertenece;
mas falta la simiente.
—Voy a eso repuso
el labriego; y formando de troncos y de ramas
una riente hoguera de temblorosas llamas,
a Mahetzi rogóle que junto a él llegase
y élla accedió.
La hoguera
formó nube ligera
tan sutil y tan blanca que al remontarse al cielo,
como un chal se extendía
y al labriego en sus sedas con Mahetzi envolvía
fingiendo nupcial velo.
Y aparecieron pronto, de las llamas el brillo,
vestida ella de blanco y él de traje amarillo.
La nube densamente fuese apelotonando,
se extendió como un blanco, muelle lecho de plumas,
y al caer de la noche, a los dos fué llevando
a la mansión recóndita de las celestes brumas.
Y cuando el rey lanzaba fieras exclamaciones
y aprestaba en los suyos guerreros escuadrones,
—Soy Otomil,—decía el del traje amarillo,—
Mahetzi y yo daremos la vida a tus naciones.
Seguidnos.
Y en la noche silenciosa y dormida,
se esfumó la carrroza suavemente mecida
por la caricia leda



de la brisa. Tan sólo de los negros tizones
se alzaba un hilo de humo como cinta de seda.

Herméticos augures fueron interrogados
entonces por el padre, que con ojos cansados
miraba el triste cielo
por donde la encantada carroza alzara el vuelo.
Herbolarios y druidas, con cábalas extrañas
buscaban la respuesta que el Futuro escondía
entre las palpitantes y sangrientas entrañas
de la inocente víctima que en el altar moría;
y nadie el paradero de Mahetzi sabía.
Hasta que un viejo arúspice, conocedor de todo
lo pasado y futuro, contestó de este modo:
—Oh Serpiente adornada de plumas de Quetzal,
Padre de los nahoas y de Mahetzi bella!
hacia el Sur se va el humo del sagrado copal
que arde en la hoguera misma que arrebató tu estrella
para Otomil el sabio. ¿No miráis esa huella,
que como hilo sedeño sube por el Asur
y os guía sutilmente hacia el Sur .... hacia el Sur?
Vé pues y busca tu hija, que hallarás, lo presumo,
siguiendo por el monte la dirección del humo.

El rey siguió el consejo. Marchó al confín lejano
con cuatro de los suyos, sufriendo la inclemencia
del Cielo y de la Tierra:
bajo del sol cruzaba la magnitud del llano;
venció su resistencia
la fiebre del pantano;
pasó el desfiladero de la empinada sierra;
salvó el fiero torrente,
que en granítico cauce revolvió sus espumas
y su correr horrísono y demente
detuvo y aclaró sus densas brumas
para besar la planta del guerrero valiente.

Por fin una mañana de aurisolada lumbre
Quetzalcohuatl detuvo su paso en una cumbre,
desde la cual un vasto y hermoso panorama
contemplaron sus ojos. La encantadora gama
del azul de los cielos gradante descendía
cortada en el purísimo perfil de verdes montes;
tupidos platanares mecían sus banderas



con musical susurro y en lejanas praderas
columbró el peregrino y esforzado monarca
la inmensidad de un verde piélago de maizales
que a leguas se espaciaba por la extensa comarca
besada por los rubios fulgores tropicales.

Pensando en Otomil, Quetzalcohuatl sentía
que del cuerpo cansado su alma sutil salía
y surcaba la inmensa superficie ondulante
como sobre las olas de una mar palpitante.
—El maíz! El «tlascalli», gritó el rey jadeante.
¡Otomil, os perdono! ¡Oh Mahetzi adorada!
¿En dónde estás?
—«La raza nahoa está salvada»
dijo una voz que apenas se escuchó susurrante,
y buscando el monarca la voz, halló dos cañas
de maíz, que mecían sus cimeras extrañas,
mientras el blando viento,
silbando entre panojas,
repetir parecía, cantando en los maizales:
—Callad vuestras congojas,
¡Oh, rey que andáis buscando la vida a los nahuales,
volved y a vuestros pueblos llevadles el sustento!»
Tal decían las cañas o lo decía el viento.

Un viejo *amoxoaque* de los que acompañaban
al rey entonces dijo:
—Señor, una secreta revelación me dice
que Mahetzi la bella con Otomil su esposo,
pasaron ya las puertas del reino luminoso.
En un sueño que tuve,
señor, vi dos mancebos descender de una nube.
Ella como Mahetzi, revestida de una
tela sutil, flotante de color de luna
y él como un dios del fuego, era el mismo Otomil
cubierto con la clámide sagrada de Tohil.
Las dos figuras bellas tocaron en el suelo
sin imprimir sus huellas,
tornándose de súbito, como por un ensalmo,
en dos hermosas plantas cimbradoras y bellas,
cuyos verdes penachos tocaban las estrellas.

Así fué como el viejo Quetzalcohuatl, cortando
a las cañas sus ricos y anhelados tributos,



creyó soñar mirando al desnudar los frutos,
que el maíz parecía sonreír en sus granos
con amoroso brillo,
pues uno era maíz blanco y era el otro amarillo.
Milagro de Tohil!
El monarca se inclina
conforme; y acatando la voluntad divina,
deja el Edén florido y ameno de Paxil;
vuelve el pueblo nahoa que le esperaba ansioso
y siembra la simiente del cereal precioso.

Entonces florecieron los valientes nahoas
que hasta el Usumacinta llevaron sus conoas.
Centeotl, en los campos, con fructífero riego
pagó los sacrificios del nahoa labriego;
la nación se hizo fuerte, comercial y guerrera;
y esa savia de pueblos—el tlascalli - circula
todavía en la sangre de la raza indoibera,
como herencia sagrada de los reyes de Tula.
Hoy cruza la sonriente
pradera de Paxil
una nueva Serpiente:
pasa el Ferro--carril
de Occidente;
y al llegar donde el viejo Quetzalcohuatl llegara,
requiriendo los frenos de su ferrada breque,
tremante, su carrera vertiginosa para
muy cerca de las ruinas donde antaño se alzara
la legendaria villa de TONACATEPEQUE.



ECCE VITA

I

Hojeando en el libro de mis ensoñaciones
he leído el oráculo de mi propio destino,
que es algo raro y triste: cultivar ilusiones
en los campos ajenos por do va mi camino.

II

Apenas tengo tiempo de contemplar la era
florecida y pujante con su verdor lozano,
cuando «¡sigamos!» dice, con su voz de quimera,
la suerte que me toma otra vez de la mano.

III

Y he dejado llevarme como se lleva a un niño
que sonríe confiando con fáciles pupilas,
sobre la indiferencia de su alma de armiño,
las noches tenebrosas y las albas tranquilas.

IV

Me dicen que es locura seguir paso tras paso
la huelga del ensueño; pero es bello y divino
prismatizar la fría lobreguez de un ocaso
y enflorar con ensueños las zarzas del camino.



V

Y hay ojos que al mirarme se humedecen piadosos
y palabras que se abren como abrazos sinceros,
pero que no detienen mis pasos dolorosos
y el éxodo prosigo por extraños senderos.

VI

Miro entonces de mi alma los profundos ideales,
profundos como el pozo de la Samaritana
y en el temblor oscuro de sus hondos cristales
parpadea la lumbre de una estrella lejana.

VII

¡Oh amor! ¡oh Soberano, regulador de toda
la locura que abarca la hipérbole del mundo,
que le quita al alma la carne que la enloda
y eleva el espíritu del cielo a lo profundo!

VIII

¡Oh temblor soñoliento de las aguas dormidas
bajo el fulgor sereno de la lejana estrella!
Manantial de secretas ternuras inoídas
que un gran silencio acalla y un gran misterio sella

IX

Voy así por la vida viendo dentro de mi alma
lo que tengo y es mío, cual Shopenhauer dice:
proveyendo al espíritu de soledad y calma
para encontrar la dicha que me inmaterialice.

X

Y mientras no la alcance confiaré mi esperanza
Bajo el amparo dulce de mis noches serenas;
en el murmullo alegre de la corriente mansa



que daba con su canto la marcha de las penas;
en la charla del pájaro y en el sutil aroma
de las rosas silvestres que se mueren amando;
en el calor del nido que tejió la paloma
y en la pauta del viento que pasa suspirando.

XI

Todo lo bueno y grande que tenga el Universo:
Claro obscuro difícil que busca la paleta,
golpe de luz y golpe de cincel o de verso;
bajo todo eso vive mi ensueño de poeta.

XII

Y ha de ocurrir un día que una mirada amante
más fuerte que el Destino me postraba de hinojos,
y aunque la suerte grite: ¡Adelante! ¡Adelante!
Yo beberé sediento la lumbre de sus ojos.

XIII

Y calmada del todo la sed que fuere eterna
me asomaré al abismo de mi alma redimida,
como el espejo negro de la oscura cisterna,
para ver dos estrellas como una sola vida.



TU ERES POESIA

I

Por qué me pides versos? Puedo acaso
decir lo que tu voz dulce dijera
suave y sutil como el «*frú-frú*» del raso?

II

No hay música ni pauta
para la rima que escribir quisiera
caprichosa y difícil como fuera
la fuga milagrosa de una flauta.

III

Aún no te has dado cuenta
que arrullas al hablar con la armonía
de una égloga de amor que se instrumenta
en un tema que dice «Poesía»

IV

Eres cual rima sacra e imposible
como el verso moderno y decadente,
vaporosa y elástica y flexible;
pura y limpia cual cielo transparente.



V

Para qué quieres versos si tú eres
un manojo de rimas musicales
donde pudieran todas las mujeres
para ellas escoger sus madrigales?

VI

Canta, pues, con la lira melodiosa
que cuando hablas se inicia en tu garganta;
dime a mí cualquier cosa....
la que quieras decir, háblame, canta.



ADIOS

A Josefina

I

Te vas, amada mía! No sé cuando
nos volvamos a ver, ni tú lo sabes;
sólo sabemos que el amor nos junta
con lazo tan sutil que a todas partes
mi alma te sigue enamorada y loca.

II

Sin que lo sepa nadie,
desposadas están nuestras dos almas
en la divina comunión del Arte
canta la tuya, la canción del beso
en la rosa fragante
de tus labios de miel y mi alma vive,
de tus gracias posada en el ramaje,
como en verjel florido.

III

De qué jardín espiritual los ángeles
cortaron ese lirio inmaculado
que tienes como alma? Que celaje
se diluyó en el éter soñoliento
de las noches de luna, y te formaste,



para mi amor tan pura y tan divina
                que sólo puedo amarte
como se ama la gloria de un ensueño
donde toda la dicha es impalpable
y tan sólo se siente la suprema
caricia de los besos de los ángeles?

IV

Te vas, yo quedo solo,
sin más recuerdo tuyo que tu imagen
casta, luciendo como estrella fúlgida
de mi alma en las profundas soledades.

V

No tengo nada que de ti me quede
sino el dulce silencio de las tardes
que a ti se me parecen porque tienen
la bella languidez de tu semblante.

VI

Crepúsculos dolientes en el cielo
tan sólo de tu amor deben hablarme,
recordándome el gesto de tus labios
y tu sonrisa amable.

VII

Noches adustas, pensativas, tristes
                y días invernales
acaso me dirán que ya no vuelves
y que mi amor olvidas inconstante....
Mas no; que entonces, hasta ti llegando
el alma gemebunda de esas tardes,
el tembloroso rayo de la luna
y el llanto de estos días invernales,
te hablarán de mi amor en el idioma
                de lejanas saudades
y en tu alma sentirás que estás unida
a la mía con lazo inexplicable,
tan blando y tan sutil, pero tan fuerte,
que no podremos nunca desatarle.



LA ALDEANA

Cuando va la niña que viene del campo.
Pensativa y triste pasando la calle,
Seres invisibles que parecen verla
Al oído de ella dicen esta frase:
«Agraciada niña, que vendiendo frutas
Vas por esas calles pensativa y triste,
Ve no te extasíes contemplando ansiosa
Las cinturas leves, los vistosos trajes.

Que tus lindos ojos no los nuble el llanto.
Si perturba el lujo tus sentidos fáciles
Cuando arrebatadas de placer deslizan
Contra tí las damas perfumando el aire,
Vuelve la mirada de tus lindos ojos
Sobre la riquèza que tu cesta guarda,
Que el trabajo pone sobre de tu frente
Su gentil corona de regios diamantes.

Sé cual la corriente mansa de los prados
Que ante nada pára su curso incesante,
Sé como las rosas, sé como los lirios
Que en el campo crecen sin mirar a nadie,.
Ve que tus harapos como un cielo limpio
Santifiquen siempre la flor de tus carnes
Puras, blancas como el pan de Eucaristía.
Como el santo lienzo de los corporales.

Vuelve, pobre niña, vuelve sin tardanza
A la triste choza de los arrabales
Y contempla siempre en el agua mansa,.
Del bullicioso rio entre pajales,
Tu figura esbelta de inocente dama;
Eres más feliz que en estas ciudades,
De los elevados techos y molduras,
Entre los robustos robles y maizales.

OFRENDA

**En el álbum de la señorita
Natalia Ramos.**

Para ceñir tus sienes virginales
un silfo te ha tejido una guirnalda,
donde el cielo bordó sus madrigales
y cuajó Primavera su esmeralda.
Para tí su manto azul y gualda
mayo te da: y en frondas tropicales
se constelan los frescos naranjales
para de nieve salpicar tu falda.
Cruzas el mundo naufragando en flores,
la mañana te envuelve en sus colores,
apresta Amor su aligera saeta;
y por la senda donde tu caminas
con sus trovas y cantos el poeta
rompe un collar de perlas cristalinas.



PUDICA

Adoro tu silencio. Las matinales flores
Jamás hablan al céfiro que aspira sus olores:
el cristalino espejo de la quieta laguna
copia en dulce silencio el fulgor de la luna.
Contempla, amada mía, la fontana parlera
cómo besa a los lirios todos de la ribera,
cómo la brisa errátil que susurra canciones
va diciendo mentiras a todos los botones;
mas tú eres cual la virgen que al creyente hipnotiza
con sólo una mirada, con sólo una sonrisa.
Y a ti llego cual llegan los creyentes a ella
sólo por tus miradas y tu sonrisa bella.
No me dices «te amo», no me dices «te quiero»,
mas tus ojos me miran y tú.... ves que me muero;
y serás compasiva como las flores bellas
que se inclinan al pálido beso de las estrellas.



MUSA DE CARNE

La suave y fina rosa de su carne palpita
mordida por el beso de la pasión secreta;
busca el capricho ciego de la nocturna cita,
los besos a hurtadillas, el balcón, la glorieta.

Su cuerpo virgen tiene, sangre de Margarita;
sin ser Friné parece platónica Antonieta,
que sabe de memoria, que canta y que recita,
los versos amorosos que le escribió un poeta.

Yo la quiero por esa liviandad femenina
que no mancha su cuerpo ni su alma peregina,
pues ama con un fuego que no quema su sér,

Tal vez sufre cual una romántica Traviata
que devora sus fiebres bajo su fina bata
cuando el amor flagela su carne de mujer.



LEJOS

—No eres tú—dije al ave ¡mas la azul golondrina
con sn charla de perlas musical y divina
dijo: «No, pobre amante, cierra ya el corazón».
Yo seguí:—Tú que viste otro cielo, otras aves,
vagabunda del éter, por lo mucho que sabes,
dime: ¿a dónde se ha ido mi postrera ilusión?
Mi ilusión es una ave que nació bajo el cielo
de una azul esperanza, de un idílico anhelo
sobre un nido de ensueños y en un nido de amor;
y una rubia mañana, cuando el alba salía,
alzó el vuelo de seda y en las alas del día
se perdió en el espacio como un rayo de sol.
—Y has soñado con ella?
—si ella es todo mi ensueño!
—Que más quieres?
—Que venga.
—No vendrá, ¡vano empeño!
y la azul golondrina prosiguió
—No vendrá.
Como un pájaro errante que no vuelve a su nido
porque el rumbo en el viaje para siempre ha perdido
tu ilusión se fue lejos y jamás volverá....



CHIQUITINA

Es humana figulina
que tiene alma de mujer
tan linda, que viene a ser.
una muñeca de china.

Al grácil talle pequeño
se ajusta el crugiente traje
como el pájaro el plumaje
aurisolado y sedeño.

Así, graciosa y morena
bonita y pequeña es,
con su suave palidez
miniatura de azucena.

Chiquitina que al hablar
encanta y gusta en exceso,
cual si quisiera probar,
que es mujer de carne y hueso.

Mas ¿quién a pensar se atreve,
humanamente tal cosa,
cuando es tan chica y graciosa
tan diminuta, tan leve
que nadie puede creer
que se preocupa de modas
y de novios como todas
con mucha alma de mujer?



¿Por qué no?—Bueno sería
que teniendo ojos tan bellos
no hiciera el uso que de ellos
hacen todos a porfía.

Mujercita, humana al fin
hoy está enorgullecida
de ser algo más crecida
que el enanito Lombin;
de quien una vez dijera
al verlo: «¡vaya un hombrazo
que para dar un abrazo
necesita una escalera!»

Y muy bien puede el enano
a su broma contestar
que él la podía ocultar
en el hueco de la mano.

El ingenio y donosura
tejen frases para ella,
"Diminutamente bella
sólo le falta hermosura"

Otra: " si sale a la calle
venda un poco de salero
y compre donde el tendero
lo que le falta de talle".

Un niño: "Dime mamita
esa niña que allí veo
¿vino también por correo
como vino mi hermanita?"

Un viejo: —"Viéndola sola
cualquiera puede creer
que se acaba de caer
de lo alto de la consola."

La modista: "Linda pieza;
pero es algo entretenido:
para probarle un vestido
hay que subirla a la mesa"

De un cura la frase copio:
"Por si me toca oficiar



sus bodas, voy a comprar,
para verla un microscopio''

. . . .

Sus encantos virginales
hacen pensar que hay ahora
otra musa inspiradora
de los lindos madrigales.
Para ella tan chica, es manco
amor, además de ciego:
sus finos dardos de fuego
jamás pegan en el blanco.

Y al verla así como
aquella copla me explicó:
"Te llevaré a Puerto Rico
en un cascarón de nuez"

¡Cuántas cosas se imaginaba
la mente, viéndola a ella
diminutamente bella
diminutamente fina.



LAZOS INTIMOS

Por tanto que adoro tus ojos, tus manos,
tu boca de fresa, tus besos, tu amor,
pienso – describiendo mis duelos arcanos —
que tú te pareces a Manón Lescaut.

Y si el caballero de Grieux te mirara,
si oyera tu risa, si oyera tu voz,
él reanudaría su aventura rara
y serías dueña de su corazón.

Tú que has perfumado mi vida en tus besos
y has quemado mi alma con loca pasión,
ciega en tus delirios, ciega en tus accesos,
¡cuánto te pareces a Manón Lescaut!

El célebre abate Prevost, su heroina
en tí modelara si te viera hoy
peinar mis cabellos con tu mano fina
tú, siempre amorosa, yo loco de amor.

Mas tiemblas!--¿Qué tienes!—No llores, no llores
mi pesar antiguo, ¿qué importa a mi amor?
con llamarte mía, todos mis dolores
en placer se tornan, ¡oh nuevo Manón!

No llores; comprendo que sufres y siento
que derramas llanto de amargo dolor
y al verme, suspiras de arrepentimiento
suspiras y lloras cual Manón Lescaut!



Risas y suspiros, languidez y accesos
mezclar en deliquios de loca pasión.
pero tu alma es toda de miel y de besos,
tu alma es de ternura, de dicha y de amor.

Mas, sufres: y al verte llorar he creído
que un secreto ocultas en tu corazón;
parece que sufres desde que has leído
la doliente historia de Manón Lescaut.

Pero sé que me amas, con mayor ternura
que amó al caballero su pobre Manón,
y mi amor que es todo de idilio y dulzura
paga tus caricias, paga tu dolor.



EN LA SOIREE ROMANTICA

Frente al piano se yergue su talle esbelto y grácil,
mientras sus manos pálidas sobre el amarillento
marfil, van desgranando la melodía fácil
que, en sol menor, solloza, como un hondo lamento....

De la gran cabellera negra y obsesionante
los dos rizos que ondulan sobre su dorso bello
tienen de los reptiles el temblor oscilante
y parece que buscan el calor de su cuello.

En el salón las horas nocturnas desfilan
impregnadas de cierta reminiscencia ignota
y en el alma se siente que los recuerdos hilan
la seda de un ensueño que en el cerebro flota.

Hay perfumes de amores viejos en el ambiente
y se añora el pecado de promesas fugaces,
que en las soirées pasadas, alguien discretamente
deslizó a *soto voce*, con peregrinas frases.

Los pesados sillones – confidentes de antaño –
suaves manos evocan, y el veneciano espejo
brillar parece ahora con el reflejo extraño
de un ojo que ha mirado lo presente y lo añejo.

La música aletea con secreta agonía
todos enmudecemos y ella sigue en el piano
traduciendo el motivo de la melancolía
que llora bajo el ala doliente de su mano.



El salón se ha llenado de ragorosidades
que melodiosamente se enredan en el alma
y van llenando en ella todas las soledades
todo lo que es silencio y todo lo que es calma.

Yo he sentido que mi alma se arrastraba hacia ella
y heme sentido junto de su flotante falda;
se han quemado mis ojos en su mirada bella
y he besado la tibia desnudez de su espalda.

Y en obsesión morbosa, mientras el piano canta,
se estremece mi cuerpo con espasmos febriles;
siento que sus cabellos oprimen mi garganta
con el temblor retráctil de dos negros reptiles.



EN LA TERTULIA FRAGANTE

La cristalina música de las risas joviales
polifoniza toda la quietud del salón,
y al girar la tertulia sobre cosas banales
llega el tema de siempre: "la dicha en el amor."
—Amar es una dicha?
La pregunta es de Rosa.
—Diga usted que es poeta: ¿es una dicha amar?
—Por qué no? mas yo creo que es también una cosa
que sólo sirve a veces para hacernos llorar.
—Pero también se goza............
—Conteste usted Graciela.
Los ojos de Graciela me contestan que sí;
pero hay en sus palabras algo sutil que vuela
y que irónicamente viene a clavarse en mí......
—Ríe usted Josefina?
Sí, no más admito queja
porque no está prohibido reír.
—Perdone usted;
comprendo que su alma demasiado compleja
con el amor se torna sarcástica............
—Tal vez.
Que el alma de Beethowen guíe siempre esa mano
que acaricia y desgarra, flor y espina a la vez.
Josefina sonriendo se va entonces al piano
para atenuar su frase demasiado cruel.

Las manos que deshojan margaritas y lirios,
hilan hoy una blanda madeja musical;
y azules esperanzas y secretos delirios
pasan en la sonata dulce y primaveral.



Con viudedad doliente de mortecino astro,
sueña Rosa con la ánfora de un bello corazón
donde vaciará todo su fulgor de alabastro
su tesoro de lágrimas, su secreta aflicción.

—Aprende de las otras, Rosa pálida y bella,
la rara cortesía de negar el amor
y vea usted la dicha como apagada estrella
que ya no existe y sólo nos deja su fulgor.

Oiga usted........Josefina pulsa el clave sonoro
y con nerviosidades de artística virtud,
hace que el pentagrama tenga risas de oro
donde escribiera el músico taciturna acritud.

Ella nos sugestiona.—Con su extraña alegría
nos ha curado a todos.—¿Quiere curarse usted?
Venga todas las noches.—Yo como usted sentía
dolor, y ahora gozo y sonrío.....¿no ve?

—¿Y es por eso que corta sus lirios más fragantes
y a Josefina alfombra su camino triunfal?
—Pero ella pasa........pasa.......
—Y usted queda como antes,
cultivando para ella su jardín ideal...............
—Es cierto.......................

Qué sucede? La charla bulliciosa
se apaga.—Calla el piano.—Se oye el péndolo andar..
La soirée se disuelve.—¡Vaya un final! Y Rosa?
Hay un ruido de sedas.
—Buenas noches.
Se van.

Hemos quedado solos.—Josefina está triste
por más que disimula su secreto dolor
anémona doliente, perfuma y sólo existe
para alegrar la ajena dicha del corazón.

Yo también he seguido la cruel filosofía
de ocultar lo que a veces no se debe decir,
y quemo mis dolores en el sol de alegría
que otros han encendido para amar y vivir.

Hemos mentido tanto que el jarrón de la mesa
sabe ya, cual nosotros, a todos engañar,



con rosas engalana su vacía tristeza
y sin ellas devora su vana soledad.

¡Oh, nuestros corazones!—Son demasiado buenos
que no delatan nada, y nos dejan hacer
risueños nuestros labios, nuestros ojos serenos
y en las almas fingimos un bello amanecer.

Envío:

Cuando estemos otra vez todos juntos,
tocarán nuestras almas a Misa de Difuntos
que el sacerdote Olvido debe al fin oficiar;
y todos, engañados rezarán al extinto
amor, el mismo réquiem de aquel buen Carlos V
que quiso oír sus propias exequias celebrar.



ROMAN MAYORGA RIVAS

BLASON

Con el alma diamantina y claro pensamiento
la humanidad conoces, y al contemplarla atento
la llevas a tu espíritu que es un laboratorio
que analiza la vida del social infusorio.

Sabes quienes te quieren, sabes quienes te odian,
y si algunos te adulan y tu nombre salmodian
tú los miras sonriendo: los conoces a todos
que son del mismo molde y de los mismos lodos.

El círculo orbitario social de tu periódico
en tu cerebro raro tiene su punto nódico
que no desequilibra jamás poder humano;

y cuando oyes el grito de la envidia vesánica
te yergues en lo alto de tu obra titánica
y el libro «Viejo y Nuevo» levantas en la mano.

HUMANIDADES

Magdalena, la bella pecadora,
gime a los pies del Dios, que humanizado
exclama en el dolor que le devora:
¿Padre, porqué me has abandonado?

Cuando Cristo al morir bajó la frente
volviendo turbia su mirada al suelo,
sus ojos se alumbraron derrepente,
porque al ver a la hermosa penitente
halló en sus ojos retratado el cielo.

Quiso el santo Jesús lleno de angustia,
ver sólo a Dios en su postrer martirio
más, viendo a Magdalena, — rosa mustia, —
que besaba sus pies y le miraba
con sus húmedos ojos en delirio
siguió Jesús mirándola. Entretanto
María Magdalena
en éxtasis de amor bajo su manto
se estremeció como mujer. — Sentía
deshojarse a los pies del hombre-cauto
como rosa de carne que se ardía.

Y Cristo sólo halló tras la mirada
que le abrazaba ardiente
como en límpido espejo retratada
la faz de Dios sonriente,
y hasta expirar miró los ojos bellos
y vio que Dios lo recibía en ellos.



Los que habláis de ese Dios mirando el Cielo
donde nada miráis, mirad el suelo.

No habléis sin la limosna en vuestras manos,
Jesús no hablaba así, Jesús hablaba,
prodigando consuelo al que lloraba
y llamando a los pobres, sus hermanos.

La escala de los cielos, no es la escala
de la oración, que de los templos sube,
toda queja doliente que se exhala
tomadla y marcharéis sobre la nube....
el gemido del pobre, eso es una ala.

Hay en la tierra un ojo transparente
con que se puede ver a Dios sonriente;
allí copia su faz el Dios clemente
que Jesús vio en la hermosa pecadora:
Dios sonríe en la lágrima silente
del infeliz que su dolor devora.

Cuando habléis de ese Dios mirad al suelo
donde sufre el hermano sin consuelo,
falto de pan y abrigo;
Martín partió su manto
para darlo al mendigo;
miró después al cielo
y Dios le sonríe.
Sed más hermanos
para escalar los lívidos arcanos
de la profunda inmensidad del cielo;
ya sabéis: todo lo que se exhala
sobre el mísero suelo
presta al humano corazón un ala
para ascender al cielo.



LA TRISTEZA DE LA LLUVIA

El cielo su lumbre rubia
tornó de gris ceniciento
con el triste advenimiento
de la lluvia.

Desmenuzando las horas
su nota enferma desgrana
sobre las tejas sonoras
la lluvia tenaz y vana.

Y en ruidoso manantial
los chorros caen afuera
trenzando hilos de cristal
de lo alto de la reguera.

Cae la lluvia en perlada
sarta que en éter se enhebra,
y al dar en el suelo quiebra
su cinta diafanizada.

Raya en gris su lejanía
la calle mientras diluvia,
tal que parece la lluvia
máscara triste del día.

Arrastrando cosas viejas
y vertiginosamente,
ir parece la corriente
dando a la calle sus quejas.



Es el agua pordiosera
del arroyo,
bien comprendo
la pena que va gimiendo
con su nota lastimera.

Perla fue límpida y pura
de transparente cristal,
y hoy pasa sola y oscura
arrumbada al lodazal.

La tristeza se ha metido
a mi humilde habitación;
Pobre nido
lleno de meditación.
Tengo el alma sola y pobre,
medrosa como el severo
micifuz que duerme sobre
la vieja silla de cuero.

Como yo, sin ilusiones
que está infeliz, piensa él
como si ya los ratones
le ataran el cascabel.

Mas todo habrá de cambiar
como el día
que pronto va a disipar
toda su melancolía.

Agua turbia de la calle
más allá no irás tan sola
que en el torrente del valle
formarás bravías olas.

Micifuz: ¿por qué te inmutas?
la lluvia al fin pasará
y entre tus garras hirsutas
buena presa caerá.

Cielo gris encapotado
ya volverá tu arrebol
cuando brille el rojo sol
de roja luz coronado.

Sólo mi alma entristecida
sigue su lenta carrera;
nada tiene, nada espera,
sola, enferma y aterida
es la infeliz pordiosera
del arroyo de la vida.



BANDERA PATRIA

La que antaño miró del parricida
vencedora la espada
y ante el terror de las sangrientas luchas
se plegó como una ala,
y otras veces cubierta de humo y polvo,
tremoló en las batallas
de allende el Paz, en las crispadas manos
de la odiosa venganza;
la que airada vibró su paño rojo
de las estrellas blancas,
símbolo fiel de los catorce pueblos
tintos en sangre hermana,
se ha tornado de paz gloriosa enseña
que engrandece la patria;
se ha tornado de azul y blanco toda
flameando muy alta,
borró su paño rojo constelado
de las estrellas blancas
y hoy se extiende a los vientos sobre el pueblo
como un iris de paz y de esperanza.



LAS GOLONDRINAS

Venidas de los montes, de las vecinas
y aromáticas frondas, con raudo vuelo,
una inmensa parvada de golondrinas
manchó la nebulosa cumbre del cielo.

Mientras vuelan las aves alegremente
trazando el arabesco de sus ensueños,
las nubes de la tarde, severamente,
recoge y encapota sus torvos seños.

Los árboles del parque buscan ansiosos
los pájaros de oscuro, pobre plumaje
y rápidos descienden a los umbrosos
mameyes que les brindan blando follaje.

Mas el rudo parquero volar las hizo
sacudiendo las ramas de su hospedaje
y a palos y a pedradas por fin deshizo
la esperanza de todos ....mozo salvaje!

Ni el cielo las recoge, ni el árbol hecho
para ellas tú les dejas, salvaje mozo,
ignoras que esas aves tienen derecho
como tú, de buscarse dicha y reposo.

La legión de avecillas revolotea,
pero a poco en el árbol de nuevo insiste,
y por la noche se oye que allí aletea
probando que un derecho santo le asiste.



Sus placeres ¡Quién sabe! son femeninos,
su placer en ese árbol no es placer tosco:
ellas quieren, ingenuas, aprender trinos
en la banda drewsniana que llega al kiosko.

En las noches de fiesta, de regia gala
mirando las vistosas faldas sedeñas
entreabren el pico, tienden el ala
y esponjan su plumaje de lugareñas.

Ellas aman las frentes alabastrinas
que sueñan bajo el ala de amplio sombrero;
las bocas sorientes y purpurinas
y los ojos brillantes como luceros.

Un idilio en un banco? Pues ellas miran,
sacando muy afuera, cabeza y pico,
y escuchan lo que amantes ellos suspiran,
y descifran los versos del abanico.

Mañana cuando el alba rompa en colores
irán lejos, muy lejos, las golondrinas
a entretejer el nido de sus amores,
en las viejas paredes de algunas ruinas.

Y tal vez un alado ruiseñor pobre,
que goza armonizando sus soledades
en esas avecillas tenga y le sobre
la vida torbulenta de las ciudades.



NOCTURNO

En la divina rapsodia
número dos
de Litz, el alma doliente
cantando se deshojó.

La amada pálida y triste,
su mano al clave imprimió;
sus manos que eran dos pájaros
en aleteo veloz.

Junto a ella me quemaba
su ardiente respiración,
el olor de sus cabellos,
su suave y joven olor.

Mi voz temblaba en su oído
diciéndole mi pasión;
mas sus labios musitaban
Nó............nó............nó.

Hay una sima que nunca
podrá salvar nuestro amor;
la dicha de nuestras almas
el pasado lo mató.

La luz del piano en un muro
nuestras sombras proyectó
cual fantasma de ultratumba,
negras y grandes las dos.



Ambas sombras se abrazaban
en fantástica visión
y danzaban y se unían
como en éxtasis de amor

Calló el piano y una racha
por la ventana pasó,
seca y fría como una
lúgubre tos.

—Oyes?
—Qué?
—Viene la muerte
que nos espía a los dos!

Tembló la luz del piano.
temblamos mi amada y yo,
nuestras sombras en el muro
temblaban en confusión;
y al vernos tan separados
estando juntos los dos,
odiamos ambos la vida
que estorbaba nuestro amor,
y llamamos a la muerte,
mas la muerte no llegó.

Al fin, tristes nos miramos
con infinita pasión
atados aún a la vida
como dos sombras de amor;
tristemente nos miramos
y nos dijimos...... «adiós!»

Pero siempre en la memoria
grabado el muro quedó,
suavemente iluminado
y en él dos sombras de amor,
que se abrazan y se besan,
unidos siempre los dos......



EL RELOX

1a. PARTE

Toda mujer que mucho otéa o es risueña
Dil' sin miedo tus coitas, non te embargue vergueña,
. . . .
Si la primera onda de la mar airada
Espantase al marinero cuando viene turbada
Nunca en el mar entraría con su nave ferrada.
Non te espante la dueña de la primera vegada.

El Arcipreste Juan Ruiz.

Aunque el aconsejar a las señoras
Lo juzgo necedad y es uso añejo,
Hace tiempo, bellísimas lectoras,
Que estoy pensando en daros un consejo,
«Y es de que robéis algunas horas
A la ventana, al piano y al espejo,
Y os dediquéis un tanto a la lectura
Por prevención para la edad madura».

Hermosas sois desde los pies al pelo,
Frescas, bellas, lozanas como rosas,
Vuestro color es el carmín del cielo,
Talles tenéis de Ninfas y de Diosas
Etcétera: y bastante me recelo
Que siendo tan modestas como hermosas,
Mas me valiera el no deciros nada,
Pues sé que la lisonja os desagrada.



Sin embargo, cual íbamos diciendo,
Aunque tan bellas sois, vuestra hermosura
Nada puede perder, a lo que entiendo,
Por un poco de estudio y de lectura;
Mas cuando la lectura recomiendo
No me limito a la literatura,
Pues novelas y dramas ya sospecho
Que bastantes leeis: y con provecho.

Es un gusto aprender en los autores
Que tratan de las ciencias naturales,
Por qué de las semillas nacen flores,
Cómo hacen para andar los animales,
Para qué fin hay rayos y temblores,
O de qué se componen los metales:
Cosas que cada día estoy leyendo,
Que siempre admiro y que jamás entiendo.

Y en los libros que tratan del Gobierno,
Del código ateniense, del romano,
Del régimen antiguo, del moderno,
Monárquico, feudal, republicano:
Cuándo debe un Congreso ser eterno,
Cómo se erige en déspota un tirano,
Qué se entiende por *Ley de garantías*,
Y por qué se ha de hollar todos los días.

Mas aquellos que tratan de la historia
A cualquiera lectura los prefiero,
Sólo por ir grabando en mi memoria
Tanto nombre de rey, tanto guerrero,
Tanta revolución, tanta victoria,
Tanto ministro en busca de dinero,
Tantas fechas, en fin, amontonadas
Por kalendas, hegiras, olimpiadas.

A las crónicas soy aficionado,
A las de Guatemala sobre todo,
Y hé grande copia de ellas registrado
Del frontispicio al último recodo.
Ni sólo el Juarros leo con agrado,
Que también me deleitan a su modo
Ximenez, Vásquez, Remesal, Castillo,
Fuentes, y algunos más, cuando los pillo.



Yo quiero demostraros que no miento,
Cuando digo que es una maravilla
Lo que estos libros cuentan, y al intento
Os voy a hacer la narración sencilla
Del lance acontecido a un avariento
Por el primer relox de campanilla
Que vino a Guatemala.—De contado
Fué relox muy famoso, muy sonado.

Digo que fué *sonado;* pero ruego
Que no por la campana se presuma
Que yo de intento con las voces juego,
Sino que al paso se me fué la pluma.
Un juego de palabras desde luego
Se sufre en un congreso; mas en suma,
Hace muy poco honor a cualesquiera
Que tenga alguna sal en la mollera.

Toda andaba la gente alborotada
Por ver aquella alhaja prodigiosa:
Unos decían ¡obra delicada!
Decían otros ¡máquina curiosa!
Otros en baja voz «no vale nada»
Como sucede con cualquiera cosa:
Y su dueño con mucha cortesía,
Está a la orden de ustedes, les decía.

Don Alejo Veraguas era el dueño,
Que aunque había nacido en Comayagua,
Se decía Asturiano o Estremeño
Porque su tío don Martín Veragua,
A Portugal se lo llevó pequeño,
Y después a Guijón--a lengua de agua—
Y allí se estuvo hasta que muerto el tío
Por la Habana se vino en un navío.

Por lo cual a pesar de ser *guanaco*,
En su modo de hablar era europeo,
Y además, tan galán, tan currutaco,
Que nadie le igualaba en un paseo:
A la verdad, era un poquillo flaco,
Y visto de perfil era algo feo,
Y algo pecoso y le faltaba un diente;
Mas era muy buen mozo: muy decente.



Tanto que en aquel tiempo las señoras
Màxime las viudas y solteras,
Se morían por él, y a todas horas
Andábanse por verle a las carreras:
No harían otro tanto mis lectoras,
Que ni curiosas son ni noveleras;
Mas era entonces diferente todo
Y así las cosas iban de otro modo.

Cuál, su garbo elogiaba y su despejo,
Cuál su buen gusto su vestir prolijo:
Va don Alejo y torna don Alejo,
Don Alejo hizo, don Alejo dijo:
¿Había algún convite, algún festejo?
Con él antes contaban; era fijo:
Y los hombres tomándolo a sonrojo
Comenzaron a verle de reojo.

Mas le hacían propuestas cada día
Por el relox, ya en cambio, ya en dinero:
Este doscientos pesos le ofrecía,
Aquél diez onzas y un caballo overo,
Quién una rifa en tercio proponía,
Quién un catre, un tremol de cuerpo entero,
Una frasquera de cristal completa,
Un busto de Nerón y una escopeta.

Don Alejo inflexible se mostraba
Sin admitir contrato ni propuesta:
Al del caballo overo contestaba
Tengo caballo—Al otro por respuesta
Decia—tengo espejo—y acababa
Por decir a todos—más me cuesta:
Trescientos pesos me costó sin sellos
Y después un anillo dí por ellos.

Pero después de tanto defenderlo
De cambios y de rifas ¿quién dijera
De qué manera al fin vino a perderlo?
En igual caso yo, si mío fuera,
No queriendo trocarlo ni venderlo
Con muchísimo gusto lo perdiera:
Por salvar el honor de mi querida,
No digo mi relox: diera mi vida.



Don Alejo era mozo muy amable,
De buena educación, de buenos modos,
Mas tenía un defecto bien notable
Que con razón le criticaban todos.
Por la menor cuestión sacaba el sable,
Y siempre se metía hasta los codos
En negocios de intrigas y de amores,
De los cuales contaban mil horrores.

Decíase que a un cierto Timoteo
Marido de una linda tocoyana
Halló medio de enviarle de correo
Por pasarse con ella la semana.
El lance ¡vive Dios! estuvo feo,
Y después de conducta tan villana
Siempre que se acordaba del asunto
En carcajadas prorrumpía al punto.

De cada nuevo amor, cada conquista,
Cada beldad que a su pasión rendía
Iba apuntando el nombre en una lista
Que debiera llamarse letanía.
Era muy socarrón, gran pirronista,
Y a todas las mujeres las tenía
En concepto de falsas, caprichosas
Y de....qué sé yo cuántas otras cosas.

Se ve que era un insigne libertino
Que siempre del amor había hablado
Como de una botella de buen vino,
De un plato de perdiz o de pescado.
Al cabo castigóle su destino;
Y aquel soberbio corazón osado
Que jamás doblegaba la cabeza
Cayó redondo al pie de una belleza.

Era por aquel tiempo alférez real
De la *Noble Ciudad de Goathemala*,
Don Cornelio Peléznez del Cabral,
Bajo cuyo apellido le señala
Un viejo cronicón municipal;
Mas él dejó el Peléznez por la mala
Pronunciación que daba muchas veces
Ocasión a llamarle Pelanueces.



Por tanto conservó el apelativo
De Cabral, sin Peléznez liso y llano:
Era chico de cuerpo, de ojo vivo,
De carácter tal cual: algo liviano,
Un poco tonto, un poco vengativo,
Un poco sin vergüenza, un poco vano,
Un poco falso, adulador completo,
Por lo demás, bellísimo sujeto. (1)

Solo sí le tachaban una cosa
Que era el ser muy judío, muy avaro,
Excepto, sin embargo, con su esposa
Que siendo una mujer de ingenio raro,
Joven, alegre, antojadiza, hermosa
Y con mil cualidades, era claro
Que hacía de Cabral cuanto quería,
Y hasta la bolsa a su pesar le abría.

Doña Clara, además de su hermosura,
(Porque este era su nombre: doña Clara)
Que en verdad parecía una pintura,
Tenía un cierto no se qué en la cara
Y una cierta expresión en la figura,
Que el más hábil pintor no la pintara,
Y un mirar, y un reír con un salero
Capaz de volver loco al mundo entero.

Sobre su pie brevísimo y pulido
Que apenas al andar dejaba huellas,
Al ondular las faldas del vestido
Podíanse entrever sus formas bellas:
La encarnadura, el torno, el colorido
Que adivinaba el pensamiento en ellas
Contrastaban lo fino, lo gracioso,
De su talle flexible y voluptuoso.

Además al tocar el forte-piano
Si no igualaba a Adán en la destreza
Le excedía en lo lindo de la mano
Y en llevar el compás con la cabeza;
Su voz era un dulcísimo soprano,
No diré que cantara con limpieza,
Mas si algún desentono cometía
Su buena dentadura lo suplía.



Aunque de fierro, aunque de mármol fuera,
Dónde encontrar un corazón tan frío
Que a tantas cualidades resistiera?
Seguro está que no sería el mío,
Y si tan arrogante alguno hubiera
Que quisiese aceptar el desafío,
En mirando bailar a doña Clara
Las orejas apuesto a que la amara.

Don Alejo la vio y un cierto fuego
De nueva calidad sintió en el alma,
Desazón, inquietud, desasosiego,
Que le robaban su primera calma:
Bien habría querido desde luego
Añadir a las otras esa palma,
Grabar en su blasón esa conquista,
Ese nombre agregar a aquella lista.

Mas no era fácil semejante empresa
Con mujer tan preciada y orgullosa,
Que se tenía en más que una princesa
Y tenía más humos que una diosa:
Mujer que su virtud guardaba ilesa
Por vanidad y no por otra cosa;
Ni este orgullo salíale a la cara,
Que ántes era un almíbar doña Clara.

Por eso don Alejo el atrevido,
El audaz don Alejo vacilaba,
Que nunca había cosa tal sentido
Como la que esta bella le inspiraba.
Por más planes que hubiese concebido,
Así que en su presencia se encontraba
Todo el plan se cambiaba en un enredo
En duda, amor, placer, valor y miedo.

Si doña Clara al punto echó de ver
Esta pasión, no lo sabré decir;
Pues nada sé de astucias de mujer,
Ni aventuro sobre ellas mi sentir.
Mucho menos alcanzo a comprender
En qué diablos podía consistir
Que se viesen a tarde y a mañana
En su calle y ella en su ventana.



Pasaba don Alejo y revolvía
Y volvía a pasar y la miraba,
Y ella ni aun advertirlo parecía
Sino cuando al pasar la saludaba.
Entonces el saludo respondía;
Mas nada en sus maneras demostraba
Que le diese importancia a tal cortejo:
De que se daba al diablo don Alejo.

En esta situación, en este empeño
El tiempo se pasaba y el amante
Iba perdiendo el apetito, el sueño
Y la antigua alegría del semblante.
A la luz de los ojos de su dueño
Ardía el infeliz solicitante
Rondando en torno de la bella dama
Cual mariposa en torno de la llama.

¿De cuando acá tan tímido y cobarde?
Se decía a sí mismo con despecho:
¿Por qué ocultar las llamas en que arde
Callado el corazón dentro del pecho?
Tengo de hablar, y si he de hacerlo tarde
Mejor será temprano: dicho y hecho:
A la primera vez que la vio sola
Acercóse a la reja y saludóla.

Don Alejo en sus mientes cavilando
Lindas frases había prevenido
Para decir su amor en tono blando
Patético, elocuente y comedido
Cual convenía al caso; pero cuando
Vio faz a faz al dueño apetecido,
Sin poder proferir un solo acento
Perdió el color y le faltó el aliento.

Como aquel que al saltar un ancho foso
Midiendo la distancia se prepara
Y toma espacio y lánzase animoso,
Y corre al borde, y súbito se para
Arredrado del salto peligroso:
Del mismo modo al ver a doña Clara
Arrugar el hermoso sobrecejo
Se quedó como estatua don Alejo.



Y ella viendo pintado su desmayo
En la cara angustiada que tenía,
Que herido parecía estar del rayo,
Tomó un aire de trisca y de ironía
Y su rostro inclinando de soslayo,
Le dijo con maligna cortesía
Y risa entre burlona y desdeñosa:
«¿Iba U. a decirme alguna cosa?»

«Mal la mujer conoce quien presume,
«A fuerza de suspiros obligarla;
«En vano se desvive y se consume
«En su necia pasión sin explicarla.
«*Valor, audacia:* en esto se resume
«La ciencia del amor y el resto es charla».
Mas no penséis que esta sentencia es mía:
La digo porque Byron la decía.

Cuando alzó don Alejo la cabeza
Para reconvenir a la inhumana
Por su feo desdén y su crudeza,
Mano a mano se halló con la ventana.
Atónito, corrido, en su fiereza
Clamaba a Lucifer con furia insana,
Y al marcharse tirándose del pelo
Oyó una carcajada: ¡que consuelo!

No bien llegó a su casa el desdichado,
De infanda zaña el corazón henchido,
Que se echó en su sillón desesperado,
Descompuesto el cabello y el vestido:
Y luego levantóse endemoniado,
Y exhalando un sordísimo gemido,
Se puso a pasear como demente
Pronunciando el monólogo siguiente:

«Lengua de Barrabás que en los pasados
Tiempos, para mentir falsos amores
Veloz en gabinetes y en estrados
Parecías redoble de tambores,
A manera de ciertos diputados
Que quisieran pasar por oradores:
¿Cómo diablos ¡oh lengua! enmudeciste
Hoy que decir una verdad quisiste?»



Hizo una breve pausa y levantado
La voz, como cantor en un *crescendo*
Que comienza en acento sordo y blando
Y progresivamente va subiendo,
Apostrofó a su ingrata declamando
Versos de Shakespeare; mas traduciendo
Con la fidelidad con que interpreta
Cierta arenga de un belga la gaceta.

«*A woman sometimes scorns what best contents her*»
Fue el texto que tomó: texto que quiere
Decir que algunas veces la mujer
Hace burla de aquello que prefiere:
Y que lo que más finge aborrecer
Es lo mismo tal vez por que se muere;
Ni de su burla hay que asustarse tanto,
Que lo que empieza en *risa* acaba en *llanto*.

Todo esto no lo dice sólo el texto,
Ni hay idioma en el mundo tan lacónico
Que pueda en un renglón decir todo esto
Inclusos el romano y el teutónico.
Mas los últimos versos son del resto
De un discurso satírico y sardónico
Que dice, no me acuerdo que persona
Del drama «Los hidalgos de Verona».

Y prosiguió: mujer yo te aborrezco!
Mujer falaz, artificiosa, ingrata!
Al escuchar tu nombre me enfurezco
Porque es tu nombre tósigo que mata!
Yo no quiero tu amor: yo no apetezco
Tu corrompido corazón de plata
Que solo vibra al retintin del oro!
Mujer.... ¡Maldita seas!.... yo te adoro....

Yo te adoro.... es decir, a pesar mío:
Te aborrezco y te adoro juntamente,
Como se juntan el calor y el frío
En el sudor glacial que arde mi frente:
Yo perdonara tu desdén impío;
Mas antes me arrojara en un torrente
Que perdonarte tu sangrienta mofa!
(Es algo metafísica esta estrofa).



Dijo luego entre dientes otras cosas
De manera que apenas se entendían
Sino algunas palabras injuriosas
Que acaso sin querer se le salían:
Como *necias*.... *coquetas*.... *veleidosas*....
Y otras que bien presumo cual serían;
Ya se ve, don Alejo estaba loco;
Pero se fue calmando poco a poco.

¡Oh amor.... (este episodio es excelente,
El verso es suelto, fácil, bien hilado
Y corre como el agua de una fuente)
¡Oh amor.... (y buen trabajo me ha costado)
¡Oh amor inconcebible, inconsecuente.
¿Qué nombre te daré (poned cuidado)
Si a veces más que amor pareces odio?
(Arrogante principio de episodio).

¿Qué es el amor? Es un sublime arcano,
Símbolo del misterio de la vida.
¿Qué es el amor? Es un capricho vano,
Un simple antojo, una ilusión fingida.
¿Qué es el amor? Es un delirio insano
Que roe una existencia maldecida.
No hay del amor definición correcta
Y la da cada cual según su secta.

Preguntad a Platón: en su sistema
Es el amor un sentimiento puro,
Una llama invisible que no quema
Y qué sé yo.—La Escuela de Epicuro
Niega la esencia de esta unión suprema,
Y nos pinta el amor carnal impuro:
Aunque no fue Epícuro tan sensual,
Mas Aristipo lo entendió muy mal.

De unos y otros siguiendo la doctrina
Funda Rousseau la suya en la pureza
Del amor de Platón, al cual se inclina,
Y cree que por exceso de flaqueza
Tenemos que ceder a la rutina
De nuestra material naturaleza;
Mas que, aplacado un tanto este incentivo,
Vuela el alma al amor contemplativo.

9



Entre tantas escuelas y secciones
Sobre esta gran cuestión de *Erología*
En que están divididos los campeones
De la moral y la filosofía,
Y entre este laberinto de opiniones,
La que prefiero a todas es la mía:
Y pues viene de perlas, os haré
Una sincera profesión de fé.

Yo creo en el *amor sentimental*
Y creo en la *amistad del corazón*,
Y en el *gusto* también, *condicional*
De Rousseau, de Voltaire, de Richardsón
(Con acento en la sílaba final:)
Creo en la *simpatía*, en la *atracción*
De la filosofía de Rousel,
Y si otro amor hubiera, creo en él.

Creo también (lo digo con verdad)
En el desinterés de la mujer,
En su fina y constante lealtad,
En su modo sublime de querer:
La mujer es un ángel de bondad
Incapaz de engañar o de ofender:
Ni tiene gracia que lo diga yo,
Ellas mismas dirán si es cierto o nó.

Yo conozco sus prendas; pero al cabo
Vale más el callar porque no gusto
De que puedan pensar que las alabo
Por mi propio interés: lo justo, justo:
Ni acostumbro adular con menoscabo
De la verdad, ni empleo el tono adusto
O el estilo dogmático de un viejo....
Entretanto ¿qué hacía don Alejo?

Lo que entretanto don Alejo hacía
Era estar recostado en un escaño
Rendido a su dolor ¡quizá dormía!
¿Vosotras lo extrañáis? yo no lo extraño.
Si una pena durase todo un día
Tan cruda como empieza, haría un año
Que no saliera un verso pareado
De mi cráneo vacío y horadado.



Dejémosle dormir enhorabuena
Que el sueño si no cura al desgraciado
Alíviale, a lo menos, de su pena:
A lo menos da tregua a su cuidado.
Duerme el cautivo atado a su cadena,
Duerme junto a sus armas el soldado,
Duerme el piloto al pie del gobernalle,
Y duermen los serenos en la calle.

Duerman en paz, en paz mi cuento sigo:
Apenas despertó de su letargo
Un poco sosegado nuestro amigo
De su gran pesadumbre, sin embargo
De no estarlo del todo; como digo,
Viéndose en el escaño largo a largo
Tendió los brazos y estiró el pescuezo
Exhalando un suspiro.... y un bostezo.

También yo bostezara si tuviera
De seguirle en su historia paso a paso
Sin omitir ninguna friolera;
No la habría emprendido en ese caso:
Un buen pintor que pinta una pradera
Dibuja al sol cayendo en el ocaso:
Y al ganado paciendo en la verdura;
Mas no llena su cuadro con basura.

Baste, pues, el decir, «que recobrado,
Y del primer terror convalecido»
Tornó a su galanteo acostumbrado
Olvidando el desaire recibido.
(Esto se llama estar enamorado)
Ni desistió jamás de este partido
Aunque vio ser su diligencia vana,
Pues siempre hallaba sola la ventana.

Por abreviar mi tarda narración
Voy a contarla aquí: como el congreso
Que teniendo la ley en discusión
Para darla más presto entra en receso.
Cumple así cada cual su obligación
Al público aliviando de un gran peso:
El diputado el de su inútil dieta,
Y el de algunas estrofas el poeta.



Pero no puedo menos que copiar
Una carta que guardo para muestra
Del femenil estilo epistolar
En época tan varia de la nuestra.
Se hace en ella mención particular
Del lance acaecido en la *fenestra;*

(Fenestra significa la ventana)
Y dice: "Jueves diez—Querida Juana.

"No puedes figurarte con la pena
"que me tiene tu viaje pues a cada
"rato estoy preguntando como un ena-
"morado cuando vuelves, pero nada
"importa lo demas como estes buena
"que es lo que yo deseo y muy hallada
"y engordes mucho con los baños en
"union de don Gerónimo con quien
"estoy muy enojada, pero mucho,
"pues yo ninguna tuya he recibido,
"y dime si ha salido bueno tu cho-
"colate para enviarte, no me ha sido
"posible conseguir que el avechucho
"de don Blas mi cuñado haya querido
"llevarme a verte; es tanto lo que estraño
"tu falta que ya pienso que hace un año
"pues tengo mucho que contarte ya sa-
"brías el casamiento de la Coso
"con don Juan Catarino, y que se casa
"a disgusto de todos pero yo so-
"lamente por la pobre Nicolasa
"lo ciento porque dicen que es celoso
"(un borron hay aquí sobre lo escrito)
"pues no me gusta el novio ni tantito.
"Y no me alargo mas por estar suma-
"mente indispuesta con dolor de cara
"y escribiendo muy mal de modo qe huma-
"namente no podras leer mis gara-
"vatos, y por estar fatal la pluma.
"No dejes de escribir dos letras para
"tu amiga que desea *veretete* (1).
"(Así el original) *Clara Roblete*
"*de Cabrales.*———P. D. Ya ves como
"don Alejo llegó por la ventana



"con ánimo de hablarme y empezó mo-
"liéndome con que soy una tirana
"pues estaba mas pálido que el plomo
"y se puso a decir cuanto la gana
"le dió, que era muy linda como un cielo
"pero ni la mitad es esto de lo
"que me decía, qué dirá la jente
"de haberlo visto allí con su tontera
"por mas que yo le dije que era un ente
"muy insignificante y que se fuera;
"pues si vieras, es hombre muy corriente
"y que tiene la sangre muy lijéra
"mas a mi no me gusta por osado
"pues amantes como él se encuentran a
"docenas. Pero por fin se fué llorando
"asi que me quité, vé que locura
"y andaba por allí Cornelio cuando
"esto pasó y cayó con calentura
"don Alejo, y ha estado delirando,
"mas ¡por mi! que se muera--ya me apura
"el portador.-Jesús que priesa de hombre,
"saluda a don Gerónimo en mi nombre."

Así escribían antes las señoras.
¡Como los tiempos mudan! hoy en día
En que todo es progreso y mejoras
Da gusto lo que escriben a fe mía:
Y entre ellas sobresalen mis lectoras:
¡Qué estilo! ¡qué dicción! ¡qué ortografía!
¡Qué delicada construcción de frases
Sin mentiras, sin *pueses* y sin *mases!*

¿Pudiera ser acaso de otro modo?
Sin que nos entendamos más sobre esto,
Con decir quienes son se dijo todo.
Alguno juzgará que me he propuesto
Ser su panegirista y que acomodo
Una lisonja con cualquier pretexto:
No es mi carácter ese: si supiera
Alguna cosa en contra, lo dijera.

Pero vuelvo a mi historia y os convido
A dar conmigo un salto.... ¿qué os espanta?
No es el salto de Léucades temido,



Ni el que con un dogal en la garganta
Dio Judas de su infamia arrepentido.
Ni el salto que Solís tanto decanta
De Alvarado con todos sus arneses:
Es simplemente un salto.... de dos meses.

El de noviembre es clásico en la historia
Del reyno de Utatlán (hoy Guatemala)
Por la recordación de una victoria
Que en unión de los indios de Tlaxcala
Aquel héroe ganó: y en su memoria
Se hacía en este mes con pompa y gala
Un militar paseo, en la vigilia
Del día veinte y dos—Santa Cecilia. (3)

Llegado, pues, aquel famoso día
En el año que vamos refiriendo,
Comenzó la función como solía
Al són de las campanas y el estruendo
De dos piezas o tres de artillería....
O fuese de arcabuces: no pretendo
Que se me preste fé sobre este punto,
Mas las salvas importan a mi asunto.

De gente se cuajaron las esquinas,
De damas se adornaron los balcones,
Colgáronse los muros de cortinas
Se alegraron las calles con festones,
Armáronse pendencias, tremolinas,
Corrillos, carcajadas, estrujones,
Pañuelos y sortijas se perdieron,
Y muchachas también.... pero volvieron....

Al són de chirimías y atabales
Los de Tlaxcala claros descendientes (4)
Llevando a cuestas arcos triunfales
La marcha presidían diligentes.
Bellas plumas de pavos y quetzales
Coronaban los arcos relucientes,
Y otros indios vestidos de soldados
Los custodiaban, de arcabuz armados.

A caballo seguía la nobleza
En unión del ilustre Ayuntamiento
Ostentando su brillo y gentileza



En selecto y lucido regimiento.
Cada corcel llevaba en la cabeza
Un penacho o florón: el paramento
Era de plata y oro, y enrizadas
La cola y crin con cintas enlazadas.

Cerraba la brillante cabalgata
La Audiencia y la real Cancillería,
También bordado el traje de oro y plata
Más vistoso que el sol a medio día.
Vestido el Presidente de escarlata
Con más ostentación que un Rey venía,
Trayendo a la derecha en su bridón
Al Alférez real con el pendón.

Por último venía paso a paso
El cuerpo provincial de los dragones, (5)
De disciplina y de valor escaso,
En caballos muy flacos y trotones,
Al són de un mal tambor, sin hacer caso
De guardar formación, por pelotones,
Con mucha gravedad y mucho despacio
Venía encaminándose a Palacio.

Cuyo balcón estaba rebosando
De damas y señores de gran cuenta
El egregio paseo contemplando
Junto con la señora Presidenta.
Al ir los caballeros desfilando
La excelsa multitud estaba atenta
(La llamo excelsa porque estaba en alto)
Viendo cada corveta y cada salto.

Pasó el primero don Martín Lamprea
Muy estirado en una yegua baya;
Tras él don Juan Gonorreitigorrea,
Natural de Pasajes, en Vizcaya.
Seguíanles don Sancho Bocafea,
Don Luis Tenaza, don Andrés Malhaya,
Don Blas Cabral y don Manuel Cornada,
Hombre de una nariz desaforada.

Venía don Crisóstomo Zamporda
En un caballo negro salpicado:
Don Bruno Rueda en una yegua torda



Le seguía torciéndose de lado.
Cerca de él don Gregorio Panzagorda
Hundía el lomo de un rocín melado,
Y el de un overo don José Portilla,
Agarrado del pico de la silla.

En un zaino de trote furibundo
Don Tornino Lenguaza atrás venía:
El hombre más chismoso de este mundo
Y el más cobarde que en el reino había.
Don Julio Mier iba a su lado, oriundo
De Carmona, ciudad de Andalucía,
Y con ellos don Marcos Bahamonde,
Corregidor que fue de no sé dónde.

A éstos seguía don Julián Moncada,
Teniente coronel, mayor de plaza;
Mayordomo mayor de la Cruzada
Y tercero del Carmen, dando traza
De alcanzar a don Cosme de Valnada
Que montaba un bridón de buena raza,
Y a don Justo Patilla, que en su potro
Con un estribo va más largo que otro.

No quiero fastidiar con los demás,
Como los Garrafuerte, los Gallin,
Los Peladas, los Moscas, los Reiyas,
Los Trampeas, en número sin fin:
Todos con sus lacayos por detrás
Puesta la mano en la anca del rocín;
Mas ¿quién son esas damas que los miran
Desde el balcón, y viéndolos suspiran?

La Presidenta doña Petrona Almonda
Era la principal y su sobrina
Doña Lucía, natural de Ronda,
Muy salada gitana y muy ladina.
Doña Isabel Sinnóes, linda y blonda,
Doña Inés Tresamantes de Pesquina
Y doña Cruz Malpara del Pezado,
Les hacían la corte a cada lado.

Prendida la mantilla con hilvanes,
Muy mirlada en su silla se seguía
Doña Coronación de Cienfustanes:



Después doña Tomasa de Maldía
Guiñando el ojo a todos los galanes;
Luego doña Joaquina Cararpía
Con el rostro muy seco y afligido
Por la muerte del séptimo marido.

Estaba allí doña Rosita Alfaca,
Cuñada de un oidor de campanillas.
Y doña Dorotea Tomaidaca
Que cantaba muy bien las seguidillas.
También doña Ana Espín, señora flaca,
Empeñada en cubrir las pantorrillas
De doña Engracia Ordez, señora gorda,
Que a la solicitud se hacía sorda.

Doña Clara Roblete, por supuesto,
A todas excedía en hermosura,
En tez, en cara, en el talle y en el resto,
Y en el traje también, cuya pintura
Haría si pudiera; mas sobre esto
Nada sé, ni de frases de costura;
¿Qué entiendo yo de nezgas, lazos, golas,
Bebederos, jaretas ni escarolas?

Estas y otras bellezas sobrehumanas,
El mirador magnífico cubriendo,
Parecían huríes y sultanas
Que un bazar estuviesen presidiendo.
Gordas y flacas, jóvenes y ancianas
En silencio ¡oh prodigio! estaban viendo
Pasar los caballeros como digo,
Cual si fuese el ejército enemigo!

Derrepente un clamor estrepitoso
Se oyó rodar entre las damas bellas,
Y un volver las cabezas, y un ansioso
Mirar al mismo lado todas ellas.
Así al ver un cuerpo luminoso
El campo atravesar de las estrellas
Todas para mirarlo se voltean,
Y a la vez dicen todas «vean! vean!»

¡Allá viene! ¡allá viene! qué galán!
Don Alejo es aquel que se adelanta!
¡Allá viene montado en su alazán!



Qué planta de animal! qué hermosura planta!
Estas palabras circulando van
Y el eco del rumor que se levanta
Vá repetir en su último reflejo:
....Aquel es....allá viene....don Alejo!

En esto despuntaba por la plaza
Más que Orlando gallardo el caballero,
No cubierto de casco ni coraza,
Sino de una casaca y un sombrero.
Ni llevaba montante, lanza o maza,
Ni pulido broquel de fino acero,
Mas un estoque armado en pedrería
Que del dorado cinturón pendía.

Eran de razo blanco los calzones,
Llegándole no más que a las rodillas,
Cubiertas las costuras con galones
Y sujetos al cuerpo con hebillas.
No diré que alcanzase a los talones
La casaca, mas si a las pantorrillas;
De seda de Milán color de perla
Y bordada, que daba gusto verla.

La larga chupa al muslo descendía
De igual color y de las mismas telas,
Y una y otra cartera guarnecía
Un hermoso alamar de lantejuelas.
Por su brillo talvez se juzgaría
Que llevaba en los muslos escarcelas;
Era el ropaje, en fin, de los más ricos,
Así como el sombrero de tres picos.

Tenía el alazán la frente blanca,
Ancha nariz, cabeza breve y cuello,
Largo y delgado hijar, redonda el anca,
Robusto pecho, liberal resuello.
Rasgado el ojo, la mirada franca,
El brazo negro, levantado, bello,
Que en tierra estampa el casco desdeñoso
Como quien pisa el cráneo de un chismoso.

En el aire flotando su capote
Iba el corcel erguido como un gallo;
Y su dueño estirado del jarrete



Parecía sultán en su serrallo.
Las mujeres miraban al jinete
Y los hombres miraban al caballo:
Al par iba el rocín que el dueño ufano,
Con fundamento igual para ser vano.

Al dar frente al balcón, con algazara
Saludóle aquel círculo festivo,
Y en medio del bullicio, doña Clara
Haciendo un ademán un poco esquivo,
Decirles parecía con la cara
«Ese sultán que véis es mi cautivo»
Señal de que sentía allá en su pecho
Cierto placer de orgullo satisfecho.

El desdeñado amante, con deseos
De ostentar más y más su gallardía,
Caracoles haciendo y escarceos
Delante de las damas se lucía.
Estando en estos saltos y paseos
Su salva disparó la artillería....
(Por eso hablé de salvas: mas ahora,
Si queréis suprimirlas en buena hora).

Al estallido los caballos fieros
Parecían demonios desatados,
Arrojando de sí a los caballeros
Sobre los circunstantes apiñados:
Volaron espadines y sombreros
Y volaron también por todos lados
Unas cuantas polvíferas pelucas
Dando a luz los secretos de las nucas.

Aunque se hacía el alazán pedazos
Guardaba don Alejo los arzones
Hasta que al repetir los cañonazos
No pudiendo sufrir los empellones,
Soltó las riendas y alargó los brazos;
Y mostrando el revés de sus calzones
Cayó haciendo a la noble concurrencia
Una inversa y profunda reverencia.

Muy lejos de burlar al caballero
Por aquella ridícula aventura,
Decían: qué valiente! qué lijero!



¡Con qué gracia se cae! qué soltura!
El aura popular con un guerrero
Hace siempre lo mismo y transfigura
Cualquier ardid que le sugiere al miedo
En estrategia, en táctica, en denuedo.

Don Alejo cayó! de su caída
Alzóse con más gloria, más preciado:
Las mujeres temblaban por su vida,
El relox a los hombres dio cuidado.
La misma doña Clara conmovida
Juzgándole en las piedras estrellado,
Tan pálida se puso, que cualquiera
Viéndola así, su novia la creyera.

De suerte que las damas lo notaron
Y afectando interés y simpatía
La causa del pavor le preguntaron;
Mas ella ¡mi marido! les decía;
Hacia a Cabral entonces se tornaron
Y viendo que el caballo le cernía
Exclamó a carcajadas la Asamblea,
¡Vean cual Pelanueces bambolea!

Juzga así el mundo.... etcétera (con esta
Dos etcéteras van). La blanca lumbre
De la luna bañada la alta cresta
Del monte, y la aureola de su cumbre
Se empezaba a teñir cuando la fiesta
Dio fin con el refresco de costumbre
En casa del alférez, donde os ruego
Me permitáis llevaros desde luego.

Por no cansar no pasaré revista
A los helados, vinos y licores..
Ni haré la larga y dilatada lista
De los variados dulces y las flores
Que el olfato halagaban y la vista
Con su grato perfume y sus colores;
Ni de cuánta invención el arte engendra
Como las ricas tártaras de almendra. (6)

Cubiertas de brillantes perendengues
Cien beldades (es número hiperbólico)
Dijerían lisonjas y merengues



Con aire indiferente y melancólico.
No harían más melindres y más dengues
Al tomar el brevaje más diabólico
Que los que a vista del sorbete hacían;
Pero ¿cómo ha de ser? se lo bebían.

Cerca de doña Clara colocados,
Hartos de limonada y de rosquillas,
Dos señores estaban reclinados
Contra los espaldares de sus sillas:
Hablando de cosechas, de ganados,
Del precio del cacao en las Antillas
De las noticias últimas de España
Y del conflicto con la Gran Bretaña.

El más mozo decía: «estoy seguro
Porque a mí me lo escriben de Valencia,
De que estalló la guerra»—El más maduro
Preguntóle: «Y qué dice Su Excelencia»?
Es regular que en semejante apuro
Dictará alguna seria providencia....»
—Toma! «dispuso ya las necesarias,
Como son rogativas y plegarias».

Y de Asturias qué escriben ¿será cierto
Que se va don Alejo en el verano?
—Dicen que sí: le llama don Roberto
A recibir las minas del hermano....
Oyendo doña Clara aquel acerto
Dejó caer el vaso de la mano,
El cual dando al más viejo en las rodillas
Fue rodando a sus pies a hacerse astillas.

El vaso! el vá.... clamó Cabral ansioso,
Mas viendo el ceño a su mujer al paso
Concluyó con un gesto lastimoso
Sin acabar de repetir «el vaso»
Por enmendar el yerro de su esposo,
Y corrida la dama del fracaso
Díjole dominando su sorpresa,
«Conduce a estos señores a la mesa».

No andaba don Alejo tan remoto
De la escena del cuádruplo congreso
Que no viese muy bien el vaso roto



Y el cómo y el por qué de aquel suceso.
Y vio la necedad y el alboroto
Que metió don Cornelio, y que por eso
A refrescar le dijo doña Clara
Que entreambos caballeros se llevara.

Acercósele entonces el amante
Con el valor que le faltó primero,
Leyendo su ventura en el semblante
Ora tan blando y antes tan severo:
Y en voz le dijo tierna y suplicante,
«No sabe usted lo mucho que la quiero,
«Por Dios no esconda tan hermosa cara,
«Clara! mi dulce, mi querida Clara!

Ella, más colorada que un celaje,
Encendidos y lánguidos los ojos,
Respondióle en suavísimo lenguaje
No sé qué de peligros y de arrojos,
Del susto del caballo y del viaje:
Todo entre mil sonrisas y sonrojos,
Con abandono tal y tal gracejo
Que se quedaba absorto don Alejo.

Esta manera de decir su amor
Parecerá trivial pero no importa:
Yo digo como César: la mejor
Es la menos pensada y la más corta:
Ni es posible otra cosa en el ardor
De una declaración que el alma aborta
En vértigo febril, que en su agonía
El corazón al corazón envía.

Por lo demás, no es esta mi manera
Y acaso dos o tres de mis lectoras
Podrían recordarla si no fuera
Porque piensan en otras a estas horas.
El éxito (compruébelo el que quiera)
Excede al de las frases más sonoras
Que anticipado el ánimo prepara,
Díganlo don Alejo y doña Clara.

Dulce, como resbala de la fuente
El cristal entre márgenes de flores
El tiempo resbalaba su corriente



Sobre nuestros ternísimos actores.
No quiero ya decir que enteramente
Tuviesen ajustados sus amores:
¿Dónde está la mujer tan sin orgullo,
Que dé los brazos al primer arrullo?

En confuso rumor los caballeros
Andaban ya buscando por las sillas
Látigos, abanicos y sombreros,
Y las damas prendiendo sus mantillas,
Y los criados llamando a los cocheros,
Y don Cornelio dando zancadillas
Por hacer reverencias sempiternas
Con la espada enredada entre las piernas.

Las señoras en pie para marcharse
Con abrazos sin fin se despedían,
Todas hablando juntas, sin curarse
De lo que mutuamente se decían.
Grato rumor que puede compararse
Al que presumo yo que formarían,
Por sonoras, por fuertes y por largas
De Waterloo las últimas descargas.

Mas, en fin, una a una iban saliendo
Llevando cada cual su cucurucho
De los mejores dulces, y comiendo,
Y sobre todo platicando mucho.
Los caballeros íbanles siguiendo
Como sigue a la garza el aguilucho; (7)
Y en los jacos montaban los lacayos
Que partían veloces como rayos.

Fuerza fue, pues, a nuestros dos amantes
Dejar sus dulces diálogos pendientes,
Resueltos a seguirlos cuanto antes
Y diciendo ternezas entre dientes.
Por equivocación trocaron guantes
(Acaso no serían diferentes)
Y al protector estruendo de los coches
Se dieron las postreras buenas noches.

A dormir! a dormir! que estoy cansado
Le dijo a doña Clara su marido
Cuando quedaron solos— ¿Qué hora han dado?



—Las nueve—¡Con razón! Tremenda ha sido
La jornada....y el gasto....demasiado,
Y mañana el almuerzo....¡estoy lucido!
¿No vienes a acostarte? ¿qué horas son
Por el relox?—Las nueve—¡Con razón!

Diez minutos después Cabral dormía
Y al lado suyo su mujer velaba,
Así dio fin la fiesta de aquel día
Que tanto en la ciudad se celebraba,
El día veinte y dos se repetía
La misma operación y se almorzaba
En casa del alférez, y acabado
Volvía todo a su normal estado.

Cabral dormía, digo, sin cautela
A pierna suelta, de su esposa al lado:
A su lado la esposa estaba en vela
Y en la calle el amante desvelado
Cantaba al blando són de su vihuela
Una canción en tono bemolado
De *do* menor: con el compás consueto
De seis por ocho, en aire de larguetto.

Duerme ¡oh bella! en paz y en calma
Sobre tu dorado lecho,
Sin pesares en el alma
Ni temores en el pecho.
Duerme tú mientras yo canto
Lánguida trova,
Sin que te turbe en tu alcoba
Mi quebranto.

Sueña mágicos jardines
Con fuentes, grutas y flores:
Sueña espléndidos festines
Con danzas y con amores.
Sueña tú, mientras yo velo,
¡Idolo mío!
Y al aire el acento envío
De mi duelo.

Duerme, hermosa, y en el sueño
Séate blando el ambiente.
Esté tu rostro risueño



Y placentera tu frente:
Ríe tú, mientras yo muero
Ríete; oh cara!
Por tu sonrisa trocara
El mundo entero.

Esta canción cantaba D. Alexo,
(Don Alejo con équis se firmaba,
Pero no con acento circunflejo)
Y doña Clara en vela le escuchaba:
«Duerme tú, duerme tú, mientras me quejo,»
Esta canción, repito que cantaba:
«Duerme tú, duerme tú, mi dulce dueño»
¡Bonito modo de llamar el sueño!

Velaba doña Clara, y su marido
A cada copla del cantor nocturno,
Con un trinado y áspero ronquido
Al compás respondíale por turno.
O profería frases sin sentido
Entre sueños mohino y taciturno,
Cómo «Clara....no saltes....¡ay!....detente....
Soy de cristal... me rompes....¡cuánta gente!...

Así sueña el gobierno con la bula,
El obispo y el fuero: mientras tanto
Que canta el enemigo en Tapachula (8)
Y en los Altos resuena el ronco canto.
Oh, patria! ¡cara patria! disimula
Si tus llagas no baño con mi llanto;
Mas ya mis ojos cóncavos y huecos
A fuerza de llorar quedaron secos.

Yo quisiera saber en qué consiste
Que en el curso de un día está mi mente
Unas veces alegre y otras triste;
Como mujer fantástica y demente,
Que de luto y de púrpura se viste
Mudando de color continuamente.
No llego a conocer mi fantasía,
Y las ajenas....menos que la mía.

Propongo este dilena: ¿es un entero
Nuestra imaginación? Es un quebrado,
(Entiéndame quien pueda) o es un cero?



Cero no puede ser por decontado:
Ni se vaya a pensar que me refiero
A la tesorería del Estado
Cuando de ceros hablo; ni se crea
Que aludo a lo que hizo la asamblea.

Prosigamos——Aquella serenata
Significaba «ven a la ventana»
Y aunque no aquella noche, en la inmediata
La súplica del bardo no fue vana:
Envuelta doña Clara en una bata,
Hasta más de las dos de la mañana
En gran coloquio estuvo con su amigo,
Al través de una reja y un postigo.

Y no obstante de estar enamorada
Hizo la resistencia más lucida,
Cual valerosa guarnición sitiada,
Antes de dar la plaza por vencida:
El «no puedo,» el «no debo,» el «soy casada»
A su tiempo vinieron: en seguida
Un silencio obstinado—un aire inquieto,
Por último, el encargo del secreto.

Guardar secreto es condición forzosa
Que impone la mujer con el objeto
De mostrar que si cede es pesarosa:
«Te quiero, pero guárdame el secreto»
Y el hombre, por jurar alguna cosa,
Le jura con mil cruces ser discreto:
Ambos juran callar! y a sus amigos
Del juramento ponen por testigos.

Habláronse en la reja muchas veces
El amante y la dama sin recelo,
En tanto que soñaba Pelanueces
Que se venía del caballo al suelo.
Oculto don Alejo en los dobleces
De la capa, calado su chapelo
Y bajo el brazo la ancha toledana
Como un Cid asediaba la ventana.

Ya podéis suponer que pocos días
Pasaron sin que todas las vecinas
Comenzasen a armar habladurías



Acerca de estas citas clandestinas,
El que dice vecinas dice espías,
¡Lleve el diablo sus lenguas viperinas!
Odiosa, inútil y maldita raza
Que sólo sirve de espantar la caza.

Al soplo de la brisa más lijera
La llama débil ríndese y se apaga,
Mientras que el huracán la inmensa hoguera
Arde con más violencia y se propaga.
Muere un débil amor de igual manera
Al primer contratiempo que le amaga:
Mas a la par que el contratiempo crece
El amor verdadero se enardece.

Así Clara y Alejo (los tuteo
Harto de tanto *don* y tanto *doña)*
No cedieron al necio cacareo
Que levantó la vecinal ponzoña.
Antes bien se encendieron en deseo
De quitarse a la vez aquella roña
Y de poderse ver con más franquicia
Siempre que fuese la ocasión propicia.

Cerca de la ciudad y al medio día
Hay una fertilísima campaña
Que en su tortuosa y rauda travesía
El Guacalate con sus aguas baña.
En ella don Cornelio poseía
Una soberbia plantación de caña,
Cual consta del viejísimo expediente
De un litis que en la corte está pendiente.

Entiéndase la Corte de Justicia,
Supremo tribunal por excelencia
In quo dolus non est: Corte propicia
Al jus, al suum cuique, a la inocencia:
Tribunal que no quema ni ajusticia
Por no firmar con sangre una sentencia:
Tribunal el más claro; porque, en fin,
No se habla allí ni griego ni latín.

Y no por ignorancia: desde luego
En Guatemala hay más de un abogado
Que sepa traducir latín y griego



Y español, a pesar de ser letrado.
Bien que en estas materias soy un lego
Y acaso en lo que digo voy errado;
Siendo así, de lo dicho me desdigo
Y mi sencilla narración prosigo.

Peléznez con frecuencia a su plantío
Iba a ver el progreso de un trabajo
Cuyo objeto era hacer subir el río
Que del cañaveral corría abajo.
A fin de establecer el regadío
Hizo de arena un dique y de cascajo....
Pues aquí hasta las ciencias las estancan
Porque suban, y el paso les atrancan.

Ello es que a pocas noches doña Clara
Hallándose en la hacienda su marido
A solas en su alcoba y cara a cara
Tuvo ocasión de hablar con su querido.
Con aldava tenía la mampara
Y cubierto el velón, aunque encendido,
Iluminando apenas el estrado
En que los dos se hallaban lado a lado.

Él reclinado sobre el hombro de ella
Posaba el brazo en su redondo cuello,
Y ella, lánguida y tierna al par que bella
Blandamente rizábale el cabello.
Era cada mirada una centella
Alternando en recíproco destello,
De esas miradas húmedas y ardientes
Que el corazón inundan a torrentes.

De esas miradas conque el alma quiere
En otra alma vertirse y sepultarse,
Ultimo acento de la voz que muere
Sintiendo el imposible de explicarse:
Dulce lenguaje que el amor prefiere
Al más dulce que puede imaginarse,
Que el amante locuaz al encontrarlo
Deja al punto de hablar por imitarlo.

Y nuestros dos actores no contentos
Con lanzarse miradas peregrinas,
Se decían primores y portentos,



Aunque entrambos sus voces con sordinas
Sonaban menos ya que sus alientos,
Que parecían fraguas damasquinas;
Y hacían repetidos calderones.
En suspiros envueltas las razones.

Suspiros que el amante acompañaba
De un silbido levísimo y ligero
Que la falta del diente ocasionaba,
Semejante al trinado de un jilguero.
Apenas otra voz se pronunciaba
Que «vete»—«no me quieres»—«si te quiero»
«Nadie nos oye»—«cállate» y el resto
Que bien sabéis vosotros por supuesto.

Mas ¡ay! que entre el silencio interrumpido
Por el trino larguísimo de un beso,
Entre el hondo y patético gemido
Del labio ardiente entre los labios preso,
La sorda voz y hueca del marido
Dejóse oír llamando en el ingreso,
Como la voz en la tragedia suena
De un espectro feral que entra en la escena.

Qué hacer? por dónde huir? por qué camino
Evitar el encuentro del tirano?
Cómo parar el golpe del destino?
Cualquier arbitrio les parece vano.
La dama por instinto femenino
Mostró al galán la cama con la mano,
Mas no para brindar la mitad de ella;
¡Ay! que no era tan próspera su estrella!

Mientras fue doña Clara a abrir la puerta
Don Alejo más presto que una llama,
Alzando el rodapié de la cubierta,
A gatas se metió bajo la cama,
Quiero dejarle allí que se divierta
Oyendo los coloquios de madama
Con su marido, sin perder vocablo:
¡Imaginad que posición del diablo!



EL RELOX

2a. PARTE

> **Aquí yacen Alejo y doña Clara**
> ***El Epitafio***

Quien de vanos desdenes no se arredra
Cuando en cortejos y en amores anda,
Tarde o temprano en sus amores medra
Si porfía tenaz en su demanda.
¿Qué puede haber más duro que la piedra?
¿Qué cosa habrá más que las olas blanda?
Y el agua al fin las mismas peñas parte,
Como Ovidio Nason dice en su Arte.

Así, pues, el epígrafe propuesto
En la primera parte de esta historia
Está corroborado por el texto
De aquel poeta de feliz memoria:
Y yo en mi narración lo manifiesto
Poniendo a punto de alcanzar victoria
Al que dos meses antes, salvo yerro,
Hemos visto tratado como un perro.

A gala tengo yo llevar al cabo
La verdad del epígrafe que pongo
Y soy de mis epígrafes esclavo
Aunque sea una sílaba, un diptongo.
Un epitafio por leyenda acabo



De dar a este capítulo, y propongo
Que me tengáis por rústico y por zafio
Si a buen puerto no llevo el epitafio.

Y no es esta leyenda inoportuna,
Pues expresa *un sistema, un pensamiento,*
(Como dice Guizot en la tribuna)
Que es tipo de este siglo macilento
En que sin duda ni excepción alguna
Toda la poesía es un lamento;
Y debo sujetarme a dicha norma
Aunque no sea más que *por la forma.*

Pienso, por tanto, hacer en adelante
Disertaciones líricas completas
En verso misterioso y delirante,
Como el canto mortal de los profetas.
Quiero así que mi nombre se levante
Sobre los del común de los poetas,
Mas por hoy tolerad la poca lima,
La humilde prosa de mi octava rima.

Y mientras yo discurro, don Alejo
En cuatro pies ¡oh mísero! soporta
La situación ingrata en que le dejo.
Pero su situación ¿qué nos importa?
Héla sufrido igual y no me quejo.
Aunque mi desventura no fue corta
No pudiendo moverme a ningún lado,
Por causa de un barrote condenado.

Figuraos un hombre boca abajo
En la inmovilidad más absoluta,
Tragar polvo y hacerse un estropajo,
Respirando....no aromas de Calcuta
Oriundos de Pankaia: ¡qué trabajo
Suele costar un bien que se disfruta!
Y todo ello ¿por qué? ¿por un marido?
No, ¡vive Dios! por un cuñado ha sido.

Que a ser por el marido ¡en muy buena hora!
Y más si era un alférez y un Cabrales
Y si era doña Clara la señora;
Mas no todos los casos son iguales.
Sea, en fin, como fuere; el que enamora



Debe estar preparado a lances tales,
Pues la fortuna es varia y es preciso
Sufrirla con espíritu sumiso.

No sé si don Alejo era paciente;
Mas, que lo fuese o no, poco valía,
Porque en su situación el más valiente
Paciencia ha menester, no valentía.
En cuatro pies estaba tristemente
Oyendo que Peléznez refería
A su mujer la causa y el motivo
Del súbito retorno intempestivo.

Y fue que don Jerónimo Cardoso
Viniendo de la costa entró de paso
A cenar con Cabral que era goloso,
Y no anduvo en la cena el vino escaso.
Siendo el huésped un hombre muy chistoso
A contarle empezó entre vaso y vaso,
Aventuras, amores, lances, tretas,
Porque no era un San Luis ni un San Nicetas.

Contó que en una aldea, enamorado
De cierta joven *hija de dominio,*
No pudiendo hablar por el cuidado
De tres tías, usó del lenocinio
De fingir que leía un gran tratado
(La historia natural de Cayo Plinio)
Y como el libro el rostro le cubría
A su salvo los ojos esgrimía.

Y cómo se tragaron el anzuelo
La doncella y los argos de sus tías,
Y con cuántos trabajos y desvelo
A fuerza de rondar las cercanías
Sin más testigos que el azul del cielo
Se juntó a los catorce o quince días
Con la joven tras una enorme piedra,
Como el olmo se junta con la yedra.

Y de qué modo estando entretenido
La pillaron las tías por sorpresa
Dejando su deseo mal cumplido:
Y que él agazapóse a toda priesa
Tras la piedra fatal, así que vido



El triste resultado de su empresa,
Ardiendo de rubor más que una brasa
Porque estaba de huésped en la casa.

Y entraba el narrador en el detalle
Hasta de la facción más subalterna
De aquel lirio fresquísimo del valle:
El breve pie, la torneada pierna,
El grueso muslo y el delgado talle,
La no muy blanca tez, mas sí muy tierna;
El alto pecho y el redondo cuello,
El largo, negro y sérico cabello.

Escuchaba Cabral cada proeza
Hirviendo ya su sangre con el vino:
Y puéstose a pensar en la belleza
De su mujer ¡oh fuerza del destino!
Se le metió la idea en la cabeza
De ponerse sin rémora en camino
Con Cardoso, a las ocho u ocho y media,
Y si tarda....sucede una tragedia.

De suerte que llegó precisamente
A tiempo de estorbar que le saliera
El adorno que a Minos en la frente
Pasifás, vestida de ternera,
Le puso (si la fábula no miente)
Por el amor de un toro: a cuya fiera
Pospuso aquella impúdica coqueta
Un gran legislador, un rey de Creta.

Un hijo, en fin, de Jove y de una vaca,
Céres, váyase Minos con sus cuernos
(De donde el nombre de cabrón se saca;
Pensad si es cosa antigua) a los infiernos,
En cuya inhospital región y opaca
No tenemos nosotros que meternos.
Llegó, pues, don Cornelio muy a punto
De interponer recurso en el asunto.

Y a pesar de dos leguas de camino
No se habían calmado los efectos
Ni de las narraciones ni del vino;
Por tanto persistía en sus proyectos
De hacer del seductor, del libertino



Con su propia mujer, cuyos afectos
Distaban del marido, cuanto dista
De decir la verdad un periodista.

Así fue que jamás desde su boda,
Cabral había estado más galante:
Y aunque estaba reñido con la moda,
Un espejo se puso por delante
En que su estampa recorriendo toda,
Se le pintaba el gusto en el semblante
Al verse chico, gordo, colorado,
Ancho de las facciones y cuadrado.

Y después de mirarse a su favor,
Entregando el espejo a su mujer
Le dijo lo llevase al tocador
Con cuidado no fuéralo a romper.
Tomó luego el Pouget, de cuyo autor
Las páginas se puso a revolver
Guiñando a doña Clara entrambos ojos,
De ardor hinchados y de vino rojos.

No entendía la dama aquellos gestos
Hacia qué fin estaban dirigidos,
Ni aquellos ademanes descompuestos,
Ni el saltar de los músculos henchidos:
Ni el dirigirle dichos inmodestos,
Ni el clavarle los ojos encendidos:
Que todo esto en la calma de un esposo
Era, además de extraño, indecoroso.

Y sólo discurría la manera
De llevarse a Cabral del aposento,
Para que don Alejo se escurriera
Antes de que una tos, un movimiento,
Un estornudo, en fin, le descubriera,
Mas no pudo con todo su talento
Impedir que hacia el lecho se llegase
Y a su pie don Cornelio se bajase.

Y cuál fue su sorpresa cuando vido
Que la mano metió bajo la cama
Buscando alguna cosa su marido!
¡Perdida soy! dijo entre sí la dama.
Mas presto vio que sólo había sido



Para alcanzar....(no sé cómo se llama)
Con un objeto que al que está debajo
No le sirve de alivio en su trabajo.

Terminada esta previa operación
Don Cornelio se puso a desnudar,
Como dicen en Francia, *suns façon*
Ni dar tiempo a su esposa de chistar.
Presto quedó como el primer varón
Que se dejó de una mujer mandar,
A cuyo ruego y sin ninguna gana
Se comió la mitad de una manzana.

Fuerza fue a su mujer seguirle al lecho
Y procurar que luego se durmiera;
Pero ¿cómo adormir al que en el pecho
Un volcán parecía que tuviera?
Y ¿cómo contentarle si en acecho
Estaba don Alejo hecho una fiera,
No tanto por la zaña y la bravura
Cuanto por la cuadrúpeda postura?

Empeñóse un combate muy reñido
(Sobre el cual será justo echar un velo)
Entre la casta esposa y el marido
No tan casto como ella; en cuyo duelo
El alférez real quedó vencido:
Y el amante, escuchando desde el suelo
Servía de padrino, acongojado
De pensar cuál sería el resultado.

Cobrando aliento para nueva lid
Entre su vencedora y la pared,
Yacía rasguñando el adalid
Devorado de zaña, amor y sed.
Cada cual meditaba algún ardid
Para rendir al otro a su merced,
Guardando tal silencio y tal quietud,
Que el lecho parecía un ataúd.

En estos armisticios y demoras
Las once dan y empieza del amante
El maldito relox a dar las horas
Con su campana sin piedad vibrante.
Tan pausadas, tan claras, tan sonoras,



Que a sofocar su són no fue bastante
La repentina tos y la algazara
Que metió al escucharlas doña Clara.

Con la mano apretábase el bolsillo
Don Alejo, al sonar de la campana,
Por apagar el golpe del martillo:
Diligencia tan simple como vana.
Cual suele acontecer con un chiquillo
Que empieza a hablar cuanto le da la gana
Por más que con las manos se batalla
Por hacerle callar y no se calla.

Y como don Cornelio bien sabía
Que de repetición como el presente,
Otro relox en la ciudad no había,
Sacó por consecuencia, buenamente
Que aquel relox cuya campana oía
Era el de don Alejo: y en su mente
Jamás un raciocinio tan hilado
Desde su infancia había devanado.

¿Qué significa ese relox maldito?
Exclamó don Cornelio echando un terno
En voz tan alta que rayaba en grito:
Qué hace aquí esa campana o ese cuerno?
Sociégate cabeza de chorlito,
Le dijo su mujer en tono tierno,
Y echándole los brazos con modestia:
Mi querido Cornelio....eres muy bestia.

Bonitas son tus chanzas, pero explica,
Cabral repuso ya con faz serena,
Ese relox aquí qué significa,
Y dónde está que tan cercano suena?
A medida que el diálogo lo indica,
Quitándose del cuello la cadena,
El relox por el borde de la cama
Puso el amante en manos de la dama.

Ahí está lo que tanto te alborota,
Díjole doña Clara: no te asustes,
Jamás creí que fueras tan idiota!
Y respondió Cabral: dí cuanto gustes,
Que bien sé que lo dices por chacota.



Pero, por fin, dejándonos de embustes,
¿Quién trajo ese relox, y con qué objeto?
Vamos, mujer, descúbreme el secreto.

Pues bien, repuso entonces doña Clara;
Supe que don Alejo lo vendía,
Y antes que ningún otro lo comprara
Le mandé yo decir que lo quería,
Que me enviase el relox y que aguardara
Hasta que tú volvieses, que sería
Mañana a más tardar, para pagarlo:
Y don Alejo no tardó en mandarlo.

Y cuánto quiere el bárbaro por él?
(Preguntó todo trémulo Cabral)
Porque ese es un judío, es un lebrel,
Y se vendrá pidiéndome un caudal:
La esposa replicó con voz de miel,
Eres, Cornelio mío, un animal;
Doscientos pesos es un precio vil
Para un relox que vale más de mil.

Doscientas puñaladas fueran pocas,
Clamó el avaro, para ver su odiosa
Sangre correr por otras tantas bocas:
¡Habráse visto semejante cosa!
¡Oh corazón más duro que las rocas!
Murmuró su mujer medio llorosa:
¡Ah maldito cabrón! pensó el amante,
¡Quién te cogiera a solas un instante!

¡Doscientos pesos! el traidor ignora
¿Cuánta faena y cuánta desventura
Cuesta al hombre de bien lo que atesora?
¿Cómo encorva su espalda con la pura
Fatiga, y cuánta angustia le devora
Royendo el pan que escaso se procura
A costa del trabajo de sus huesos?
Y él, maldito de Dios....¡doscientos pesos!

Sintió formarse en su garganta un nudo
Y terminó su insólita elocuencia
Con un bramido el ávido cornudo.
Escuchóle su esposa con paciencia,
Y así vio que parecía mudo



(Cosa que acontecía con frecuencia)
Con un par de caricias y un suspiro
Les dio a sus pensamientos otro giro.

Vuelto en sí don Cornelio del acceso,
Tornó a sus pretensiones primitivas
Rompiendo el armisticio con un beso:
Y la dama tornó a sus negativas,
Y a sus temores el amante preso,
Dirigiendo furiosas invectivas
Desde su corazón, contra el esposo
Que llamaba grosero y licencioso.

¡Tremenda y sin razón pero yo creo
Que el mundo de otra cosa no está lleno;
Lo infiero así de todo cuanto veo,
De mi propio destino y del ajeno:
Siempre llama venal al juez el reo,
El amante al marido llama obceno,
Al pobre llama infame el usurero
Como el contrabandista al aduanero.

Pero todo va bien; es bueno todo
En nuestro dichosísimo planeta:
Todo está calculado de tal modo
Que reine la armonía más completa.
En mi querida patria sobre todo,
Al menos consta así de la Gaceta:
Dejémoslo rodar, y mientras rueda
Gastemos bien el tiempo que nos queda.

Basta de digresión, y voy al grano;
Mas es lo malo que decir no puedo
En lenguaje modesto y castellano
La conclusión del conyugal enredo.
Dejarla de decir no está en mi mano,
De decírosla clara tengo miedo;
Porque quizá vuestro rubor se ofende....
¡Qué fortuna es hablar con quien me entiende!

Pero yo la disculpo ¿qué podía
En aquel caso hacer la desgraciada?
Adormecer a don Cornelio urgía
Y calmar su cabeza acalorada;
Item, el avariento le ofrecía



En desquite la suma mencionada;
Que con tanto calor negó primero;
Y ¿qué razón más fuerte que el dinero?

Doscientos pesos y un relox de oro
En pago de una leve complacencia,
Es una tentación que sin desdoro
Da en tierra con cualquiera resistencia.
¿Qué importa de un amante el triste lloro
Cuando media *la propia conveniencia?*
Lectoras que a la dama osais culpar,
Os quisiera poner en su lugar!

La mañana siguiente ¡cosa rara!
Todo el mundo sabia la aventura
Que pasó entre Cabral y doña Clara
En el silencio de su alcoba oscura.
Sea que don Cornelio la contara,
O don Alejo hiciese la locura
De confiar el lance a algún amigo,
Todo el mundo lo supo, como digo.

Preguntaréis quizá de qué manera
El mismo don Alejo, y a qué hora
Pudo salir sin que Cabral le viera?
Vuestro obediente servidor lo ignora:
Mas luego que el marido se durmiera
Es probable lograse la señora
El hacerle salir por donde entró;
Lo que yo sé decir es que salió.

Y no quiero meterme en otra cosa:
El hecho fue que en el siguiente día
Todo el mundo a Peléznez o a su esposa
Llegaba a preguntar qué hora tenía.
Cada persona gárrula y ociosa
Alguna buena pulla prevenía
Que decir a los dos sobre el contrato:
¡Excelente relox! ¡relox barato!

¡Ah! señor don Cornelio, qué horas son?
¿Qué tal noche? madama, durmió bien?
Muéstreme usted su nueva adquisición.
Le doy a doña Clara el parabien!
Digo, ¿qué significa ese chinchón



Que veo que le asoma por la sien?
¿Es cierto que asustaron a madama
Ciertos ruidos debajo de la cama?

Estas razones dichas tantas veces
Por todas las personas que encontraba,
Hirieron el magín de Pelanueces
Que su significado no alcanzaba.
¿Qué me querrán decir con sus sandeces?
A solas entre sí se preguntaba:
¿Qué me querrán decir? y esta porfía
Con trabajo en su mente resolvía.

Mas de la duda le sacaron presto
De amigos una cáfila, sin duda
Por ver el nombre de Cabral bien puesto,
Cada cual ofreciéndole su ayuda.
El chisme y la calumnia algún pretexto
Busca sagaz, detrás del cual se escuda
Y se complace en promover el mal
Afectando interés por la moral.

Vea usted, le decía don Toniño,
Que don Alejo y su señora esposa
Parece que han tomado mal camino,
Siento el decirlo: delicada cosa,
Es mezclarse en asuntos de vecino,
Pero por muy amarga y muy odiosa
Que sea esta verdad, yo se la digo
Para que vea usted que soy su amigo.

Don Sancho Bocafea le decía,
«Porque lo estimo a usted, señor Cabral,
Vengo a decir lo que callar quería:
¿Cómo ha de ser? lo exije la moral.
Parece que su esposa....sentiría
Clavar a usted tan áspero puñal....
Diz que Veraguas en su....chischiveo....
Así lo dicen, pero no lo creo.»

Don Luis Tenaza obró con más franqueza:
Sin rodeos, ni excusas, ni sermones,
Le contó de los pies a la cabeza
El suceso con notas y adiciones:
Y para demostrarle la certeza

De tal desgracia, a más de sus razones
Le citó el testimonio de Malhaya
Que hacía un mes vivía en atalaya.

Escuchaba callado como un muerto
El marido las honras de su esposa,
Con semblante confuso y aire incierto
Como si compasase cada glosa:
Inmóvil, cabizbajo y boquiabierto,
En una y otra arenga maliciosa
A medias enterándose del texto,
Al orador seguía con el gesto.

Mas las arengas tan seguidas fueron,
Y su deshonra tánto ponderaron
A Cabral, que por fin le persuadieron
De que estaba furioso; y no pararon
Hasta que ardiendo en cólera le vieron,
Según de sus casillas le sacaron;
No obstante de ser de suyo don Cornelio
Más paciente y cabrón que Marco Aurelio.

Con el dedo tocándose la frente
Pensaba cuál partido tomaría
En tan difícil caso y tan urgente,
Como el de ver su honor en agonía.
Las ideas a pausas por su mente
Perezosas y tardas revolvía,
Como aquel que una rueda de molino
Hace rodar por áspero camino.

Vino a fijar por fin el pensamiento
En consultar con fray Gregorio Holgado,
Franciscano, ex-guardián de su convento,
Gran latino, doctor y jubilado.
Hallábase en su celda soñoliento
Sobre un sillón al muro recostado,
En la mano un volumen entreabierto
Y el rostro más dormido que despierto.

Deo gracias!—Quién es?—yo soy:—Adentro!
Tronó la voz del sabio religioso
Al salir de Peléznez al encuentro
Con paso grave, lento y majestuoso.
Saludóle, y girando sobre el centro



De su talón izquierdo, a su dichoso
Sillón tornó mostrándole por señas
Al huésped otras sillas más pequeñas.

Sumido Fray Gregorio en su poltrona
Y después de sentado el caballero,
Se comenzó a informar de su persona
Y de su esposa le informó primero
Nil patentius est maliere bona.
Le dijo: y sacudiendo el tabaquero
Llevólo a la nariz el reverendo
Y la nariz sonóse con estruendo.

Comenzó don Cornelio balbuciente
A dar razón de su presente apuro,
Y el fraile a responder con un torrente
De frases en latín del más oscuro.
Pedir consejo es de un varón prudente,
Concilium bonis datur: lo seguro
Es vivir bien: el sabio lo acredita;
Bene vivere melius est quam vita.

Señor, dijo Cabral, lo que deseo
Deciros brevemente es que mi esposa....
Y el fraile interrumpióle: ya lo veo,
Algún disgusto, o semejante cosa:
Bien puede usted decirla sin rodeo,
La mujer es altiva y rencorosa
Contumelias afficere est muliebre,
Ni se puede tocar sin que se quiebre.

Padre, no es eso sólo lo que pasa,
Le replicó Peléznez: es más serio
El mal que pesa hoy sobre mi casa....
Y el fraile, ¿pues a qué tanto misterio?
Fictilia sunt corpora nostra vasa.
Frágiles somos todos; refrigerio
Del mal es confesarlo: gran doctrina!
Confessio sit erranti medicina.

Por mucho que admirase tanta ciencia
(Ya que por ciencia su latín tenía)
Cabral se consumía de impaciencia
Cada vez que el doctor le interrumpía.
Señor, díjole, hablando con licencia



De Su Paternidad, lo que me guía
A pedirle consejo es que mi esposa
Engañándome vive cautelosa....

Omnia sunt fraudis et perfidiœ plena,
Respondióle el doctor: aquesta vida
De perfidias y fraudes está llena:
Usted tirante téngale la brida
A su mujer: y con la faz serena
Dígale «te conozco, mi querida,
No me engañan tus fábulas astutas:
Ignota nobis verba dare putas.»

¿Dar en qué? ¡Habrá latín más insolente!
Gritó Cabral tomando su sombrero:
Calle, padre, su lengua maldiciente....
Bien puede ser verdad, más yo no quiero
Que nadie me lo diga frente a frente;
Pero ¿qué es lo que digo, majadero?
El fraile replicó: me entendéis mal,
¡Insolente latín! dijo Cabral.

Y el final este fue de la consulta
(Si acerca del honor alguna cabe)
De que después veremos la resulta,
Mas de lo que parece, seria y grave.
Cuando un lance de amor se dificulta
Se pone tal un hombre, que no sabe
Si tiene a Satanás entre el pellejo,
Y en este caso estaba don Alejo.

Y en este caso don Alejo estaba
De rivales envuelto y de vecinos
Cada paso observándole que daba,
Y cubriéndole todos los caminos.
Por cualesquiera parte se encontraba
Los Malhayas, los Moscas, los Toninos,
De su conducta todos en acecho
Como si les tocase de derecho.

No es posible explicar lo que sufría
La triste doña Clara por su parte,
Que bajo el celo de Cabral vivía
Como bajo la guarda de un baluarte.
Escuchaba sermones todo el día,



Sermones adornados con tal arte
Que producían el efecto propio
Que producen tres granos de buen opio.

No, querida, no creas que me engañas
Le decía Peléznez: no lo creas:
Conozco tus malicias y tus mañas
Por más astuta y más falaz que seas.
Tú misma te descubres y te dañas
Con las artes torpísimas que empleas;
Ese muliebre datur, voto a Cristo!
¡No sé como a la cólera resisto!

Es principio asentado y conocido
Que toda *acción* la *reacción* provoca
Ya sea de un gobierno, de un marido,
O de una masa que con otra choca.
La mujer de Cabral así que vido
Su prisión más guardada que una roca
Cual la de Gibraltar o Santa Helena,
Despechada mordía su cadena,

Descuidóse por fin una mañana
Y permitióle el vigilante esposo
Ir a ver a su amiga doña Juana,
Mujer de don Jerónimo Cardoso.
Poco tardó en hallarla en la ventana
Don Alejo solícito y ansioso,
Y en comenzar un diálogo con ella
O sea idilio, en forma de querella.

NOTA.—En este estado quedó la 2a. parte, por la muerte prematura del autor.

NOTAS DEL RELOX

(1) Er'egli, per esempio, un po'mordace
Un po'burbero, un po'provocativo,
Un po'avido un po'falso, un po'vorace,
Un po'arrogante, un po'vendicativo,
Ma questi difettuzzi io non li conto
De'suoi massimi merite in confronto.

CASTI.—*Gli anim.—parl.—Canto 3.*



(2) Acxopil, emperador de Utatlán, dividió su imperio en tres reinos: el del Quiché, el de Kachiquel y el de Zutugil.—Estos tres reinos componen una gran parte, o mejor diré, la mayor del Estado de Guatemala, lo cual me movió a llamarlo reino de Utatlán.

(3) El paseo de Santa Cecilia se hacía en memoria de la fundación de la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, en 22 de noviembre de 1527. Algunas personas creían (entre ellas el cronista Vásquez) que este paseo recordaba una victoria decisiva alcanzada el día de Santa Cecilia; y aunque se sabe muy bien que no hubo tal victoria en ese día, basta que yo la diga en una *estrofa*, la autorización del referido Vásquez.

(4) Alude a los indígenas de Ciudad-Vieja, pueblo inmediato a esta ciudad, formado después de la ruina de 773, por los naturales del pueblo del mismo nombre que se halla en la Antigua Guatemala, y traen su origen de los indios de Tlaxcala que vinieron con el conquistador don Pedro de Alvarado.

(5) El antiguo y único escuadrón que había en Guatemala al tiempo de la independencia, que sólo se reunía para las grandes funciones.

(6) En algunas de estas funciones se han servido 400 clases de dulces.

(7) Damos el nombre de aguilucho al águila que se encuentra en las florestas de nuestras *costas* o tierras bajas del lado del mar. Es una ave de rapiña, muy grande, negras las alas y el pecho blanco. Es más bien un milano gigante. Pero se entiende aquí por aguilucho el pollo del águila.

(8) La estrofa de este lugar no ha podido descifrarse del original que el autor dejó sin corregir.



Conclusión
de

EL RELOX

DE JOSE BATRES MONTUFAR

> Un poeta moderno, muy famoso,
> ha dicho que el exordio y el final
> era lo más difícil y escabroso
> de una composición original.
>
> *("DON PABLO"—J. B. MONTUFAR.)*

I

Así como a la vuelta de los meses
o de los años, tórnase a mirar
el náufrago, después de los reveses
de la fortuna en la traidora mar,
tal, la casta *mitad* de Pelanueces
con don Alejo se volvió a encontrar;
aquí dije *mitad* porque el marido
siempre va en dos por la *mitad* partido.

II

Pero esto no sucede a cada paso,
que hay muchas excepciones en la vida,
excepciones en número no escaso,
falange colosal, larga y tendida,
que es el reverso del presente caso,
donde es la casta esposa dividida
entre unos tres o seis que hacen el oso
frente a las mismas barbas del esposo.



Mi heroína, muy casta y respetuosa,
buscó albergue a su amor en casa ajena,
cual convenía a tan discreta esposa,
pues, a decir verdad, dábale pena
aparecer culpable o sospechosa
en su propia mansión. Juzgad ¡qué buena,
qué mujer ejemplar era la de antes
y qué dichosos eran los amantes!

El dulce idilio en forma de querella
que en la muy dichosísima ventana
verificóse con tan buena estrella,
por que creo que a más de una bella
lectora le ha de retozar la gana
por saber, desde lejos, a qué sabe
dejarse echar el ala como el ave.

Ni la cera, ni el mármol de Carrara
testigos son para la palidez
de la asustada faz de doña Clara,
ni un criminal delante de su juez
hubiera puesto semejante cara.
¿Y don Alejo? El pobre, en esta vez,
no estando ya debajo de la cama,
habló el primero a la asustada dama.

¡Cómo, le dijo, en cuerpo tan hermoso
puede latir un corazón tan frío!
Y doña Clara díjole: "Mi esposo
encadenado tiene mi albedrío......
Tú no sabes, Alejo, ¡qué horroroso
es vivir como vivo, Alejo mío!...."
Y no pudo seguir. Amor se espanta
cuando la voz se anuda en la garganta.

Si tal es cierto, dijo don Alejo,
¡Qué desgraciada sois!
— ¡Maldito brujo!
—¡Tirano, cruel!
--¡Insoportable viejo!
—Asqueroso reptil que se da el lujo
de ver su cara en tan hermoso espejo.
— Gracias.
Y mientras íntimos dialogan,
su fuego y sus pesares desahogan.



En tanto que esto ocurre en la ventana,
la de Cardoso, allá en el aposento,
leyendo está una historia musulmana:
un celoso Pashá, cruel y violento,
que cuida a una adorable circasiana
hasta del beso que le imprime el viento,
mientras que la beldad, juega que juega
con un esclavo, afuerto, se la pega.

Intencionada me diréis que ha sido
esa estrofa? No tal. La de Cardoso,
siempre que estaba ausente su marido
(por ejemplo esta vez en que el esposo
hasta Quezaltenango había ido)
leía y releía, por más soso
que hallara un libro. ¡Qué placer tan vano,
siempre estar con los libros en la mano!

En cambio, la señora de la Alférez,
con don Alejo bien entretenida
y superior a todas las mujeres,
leer prefiere el libro de la vida,
y al estudiar a los humanos seres
toma al hombre por punto de partida.
A su marido acaba de estudiar
y ya en Veraguas busca otro ejemplar.

Con mujeres así, tan diligentes,
otros mundos podríamos poblar
(Mercurio por ejemplo) si vivientes
necesitara el ámbito solar;
mas Cabral nunca tuvo descendientes,
debido a que el jarabe de Blancard......
o el ciprés......no se sabe a punto cierto
si ya el jarabe estaba descubierto.

Pero el ciprés......Al ser naturalista,
diria a mis lectores desde cuándo
figura ese árbol en la negra lista;
baste saber que se venía usando
desde tiempo anterior a la conquista,
con cuyo dato, lo que voy narrando,
si no tuvo que ver con el jarabe,
con el ciprés,......la presunción es grave.



Y volviendo a lo que ambos se decían,
ya pueden figurarse mis lectoras
lo que aquellos amantes se dirían
en dos llamas ardiendo abrasadoras,
aunque a veces a hablar se detenían
con frases de pudor reveladoras,
como "¡Caramba!" ¡Si estuviera él viendo!"
¿Qué hicimos ya? ¡Jesús! ¡Esto es tremendo!

Después reían recordando el lance
de la noche en que el pobre don Alejo,
en cuatro pies, sufría aquel percance,
de oír lo que ignorar os aconsejo
en tanto que a Pelanueces daba alcance
a su victoria casi en el pellejo
del tenorio infeliz, que suspiraba
y a su pesar el polvo se tragaba.

Mas por una beldad cual la Roblete
(Lo digo con perdón de mis lectoras)
¿quién no hace mucho más? ¿Quién no se mete
debajo de una cama a tales horas?
No tildaré de necio ni alcahuete
al que salva el honor de las señoras
y aún más cuando dispuesto se halla
a servir como campo de batalla.

Así cual don Alejo, que humillando
su cerviz, en cuadrúpeda postura,
el honor de una dama iba salvando,
aunque hizo muy ridícula figura.
Todo tendrá su recompensa cuando
se acabe el mundo, dice la Escritura,
y cual si el mundo hubiérase acabado,
ya don Alejo está recompensado.

Muchas veces, en toda una semana,
ambos amantes se miraron juntos
en casa de su amiga doña Juana;
y arreglaron sus íntimos asuntos
sin cuidarse de nadie, lisa y llana-
mente, sin ver las comas ni los puntos
que tienen estos casos, si ha de creerse
lo que más adelante podrá verse.



Los vecinos del barrio se enteraron
de las peligrosísimas visitas
en casa de Cardoso y propalaron
fábulas mil y cosas inauditas
y *fichas* y sandeces que inventaron
y especies.......que no son ni para escritas,
como la de haber visto a doña Juana
con Veraguas besarse en la ventana.

Porque esta vez las bocas insolentes
dejaron a Pelanueces en reposo
para clavar sus afilados dientes
en otro: en don Jerónimo Cardoso;
y así el vulgo soez, no pára mientes
en enlodar la honra del esposo,
quien, muy ajeno a tan sangriento ultraje,
emprende ya el retorno de su viaje.

Y es fácil explicar que el vecindario
a doña Juana le arrima el muerto,
lanzando un juicio tal, tan temerario;
el vulgo siempre cree que está en lo cierto
y agita así, demente, su incensario
estando más dormido que despierto,
o fustiga a la vez, del mismo modo,
que un instrumento que lo ignora todo.

Tanto levanta al zote hasta las nubes,
llamándole el más sabio de los sabios,
como baja del cielo a los querubes
y les colma de insultos y de agravios;
si tú bajas, lector, dice que subes
y que bajas si subes; en sus labios
siempre hay una sonrisa maliciosa
que no es más que una mueca mentirosa.

No hay, pues, razón para asombrarse tánto
de ver la honra rodar de don Jerónimo,
entre las gentes que le aprecian tánto,
por medio del decir o del anónimo,
que a veces la amistad es sólo un manto
encubridor de la maldad, sinónimo
del odio concentrado y de la envidia,
puñal que siempre aguza la perfidia.



Bastóle nada más a don Tonino,
el mismo aquél, amigo de Cabral,
ver a Veraguas hecho un lechuguino
pararse cierto día en el umbral
de Cardoso; mirar hacia el camino
de manera asustada y especial,
para luego decir que aquél buscaba
la fruta que Cardoso descuidaba.

Doña Coronación de Cienfustanes
allá se dirigía una mañana,
cuando tras una mata de arrayanes,
vio que un hombre subía a la ventana.
No dudó más ¡el rey de los Donjuanes,
don Alejo era aquél......y doña Juana!
¡A dónde iban a dar! Asunto viejo,
aquél era el hacer de don Alejo.

Otra mañana, don Manuel Cornada
sintió un olor a cuerno, que no en vano
tenía una "nariz desaforada";
columbró a don Alejo mano a mano
con una damisela, que, embelesada,
se ocultaba con aire casquivano......
¿Qué quien era ella? preguntar ocioso,
si eso ocurría en casa de Cardoso.

Así andaban las cosas cuando un día
de los Altos Cardoso regresaba.
Figuraos, lector, lo que hallaría
el esposo, que ya se tropezaba
con un amigo que algo le decía
o con otro que un «dicen» le esperaba
y concluían: «Prudencia, Don Alejo. . . .»
Cuidado, que es terrible, es zorro viejo.

Pero, ¿Porqué es terrible y qué me importa
que así sea el viscaino? contestaba;
¿porqué a tanta prudencia usted me exhorta?
¿qué tengo yo que ver? . . . pero llegaba
el licenciado Tulio Villacorta
y prudencia otra vez le aconsejaba
y hasta el propio Cabral tuvo la audacia
de hablar cual los demás (tenía gracia)



Este le habló más claro que los otros,
más perito quizás en el asunto,
vea, le dijo, escúcheme: a nosotros
parece que nos duele el mismo punto;
se lleve el diablo al diablo con mil potros
si del mío su caso no es trasunto
y si no, atisbe usted, pero de prisa
y vaya usted con Dios, después me avisa.

Despidióse Cabral del compañero,
que ciego de dolor, pero prudente,
el consejo tomó del usurero
y su casa atisbó. . . . Perfectamente,
bien lo decía el vecindario entero,
allí estaban los dos. Villanamente
don Alejo *jalaba* en la ventana
con una ¿quién sería? Pobre Juana!

Basta, dijo Cardoso, inútilmente
vigilo yo la honra de mi casa;
pero ante todo habrá que ser prudente. . .
¡Oh, Dios mío! no sé lo que me pasa. . . .
Iré a hablar a Cabral, mi confidente,
sólo él puede sacarme de esta traza.
Y allá se fué y entrambos, en consejo,
hablaron de matar a don Alejo.

Frunciendo Pelanueces el entrecejo
dijo a Cardoso; le conviene, amigo,
pedir explicaciones a don Alejo;
usted le citará como enemigo,
de noche, por cualquier lugarejo
y a condición de estar sin un testigo,
que en los casos de honor, dígalo, el cielo,
testigo suficiente es para un duelo.

Cardoso era cobarde y vengativo
y más lo era Cabral, que bien sabía
de tanto enredo el único motivo,
mas ya se vé lo que Cabral quería:
«Un poco sinvergüenza,» un poco vivo,
al otro echar de gallo pretendía,
lo cual, hablando en castellano, era
mirar los toros desde la barrera.



La barrera iba ser un escondite
donde Cabral su turno esperaría,
para lanzarse en el primer envite
con celo, con ardor, con valentía;
tomaría muy fácil su desquite
y a la vez a Cardoso ayudaría.
Para Cabral la acción no era cualquiera,
pues no iba sólo a estarse en la barrera.

Convenido Cardoso, el plan urdido
para ponerlo en práctica no tuvo
más que pensar como único ofendido:
Citó a Veraguas, quien tampoco estuvo
con chiquitas, que era hombre decidido
que siempre en busca de camorra anduvo
y ya que la ocasión se presentaba,
don Alejo Veraguas la aceptaba.

Por la noche del día en que se aliaron
para el lance, Pelanuez y Cardoso,
ambos al de Veraguas esperaron
en un suburbio solo y tenebroso;
cual pudieron los dos se acomodaron
el uno, tras de un árbol capitoso
y el otro, a campo libre, guapo y fiero
como todo un cumplido caballero.

Pelanuez, tras de su árbol escondido,
aunque iba a estar a cuatro pies del lance,
en su interior estaba persuadido
que desde el árbol miraria el trance;
Él estaba no más comprometido
a dar su ayuda en caso de un percance,
mas ¡quien le hubiera dicho que a él primero
le tocaría deshojar su acero!

El hombre pone, y Dios dispone, dice
cierto refrán que viene muy a pelo;
yo, en un principio, a don Cornelio quise
para nada meterlo en este duelo,
pero al fin lo metí. ¿Porqué lo hice?
Dios lo dispuso desde su alto cielo;
y si por eso se complica el cuento,
por don Cornelio nada más lo siento.



Pero dejemos a Pelanuez quieto
que ignore el pobre en lo que se ha metido,
y volvamos a ver aquel sujeto
de todas las mujeres preferido.
Vedle, ya llega a responder al reto
como hidalgo valiente y bien nacido,
con su espada no más, sin compañía,
así como Pelanueces lo quería.

Ya se avistan. Sereno el de Veraguas,
Cardoso altivo lo recibe y fiero,
laten los pechos como ardientes fraguas,
sólo Pelanueces, en su escondedero,
digno parece de vestir enaguas,
según se siente al ver tan caballero
a don Alejo, que cual todo un hombre
lucha tan solo por salvar su nombre.

Sin preguntar porqué, cómo, ni cuándo,
don Alejo está en guardia y solo espera,
lo mismo que Cardoso está esperando:
La primera embestida, la primera
tirada a fondo. Pelanuez, temblando,
mira a los dos sin respirar siquiera
cuando, de pronto, un ruido inusitado
a don Alejo le dejó pasmado.

Claro y distinto don Alejo ha oído
a su espalda, un reloj dando las doce;
vuélvese al punto de donde ha salido
aquel ruido fatal que ya conoce
y encuentra a Pelanueces escondido;
de pronto don Alejo reconoce
la astucia infame y ¿quién, dice furioso,
es aquí de los dos el más doloso?

Pelanueces, temblando, no responde;
y prosigue, iracundo, don Alejo:
conozco la intención, ya sé de donde
viene de este belén todo el manejo
y vos ¿sabéis a quién le corresponde
saldar cuentas con este zorro viejo?
En honor lo diré de las mujeres,
dijo, y sonriendo señaló a la de Alférez.



Ya fuera que Cabral cobrase aliento
delante de tan bravo espadachín
o que se haya acercado en el momento
de otro lance al oír el tin tin tin,
el caso es que, con brío y ardimiento,
a la arena Cabral salió por fin
y no sé si de cólera temblaba,
mas es el caso que temblando estaba.

Como el mortal que su conciencia escucha,
a Cardoso contó todo lo cierto;
antes de entrar con don Alejo en lucha,
de Cardoso él puso a cubierto
y al maldecir a doña Clara, mucha
era su semejanza con un muerto...
Pero no os asustéis, bella lectora,
Cabral estaba vivo en aquella hora.

Y como sé que mis lectoras bellas
huyen de todo lance que es fatal,
voy a dejar de describir, por ellas,
este lance cruel en que Cabral
quedó en el suelo, viendo las estrellas,
pasado el pecho por descomunal,
honda, tremenda y sin igual herida
por la que a poco se le fue la vida.

Así murió Cabral. Y ¿quién no piensa
que otro día le hallaron allí muerto
y que entre de una multitud inmensa
se lo llevaron a un panteón desierto,
y que a su viuda, sola y sin defensa,
en el mundo quedó sin rumbo cierto
seis meses a lo más, y siempre bella,
hasta que otro hombre se casó con ella?

Mas como mis lectoras son tan buenas,
tan puras y discretas, no imaginan
quién haya recogido las cadenas
que dejara Cabral. A creer se inclinan,
de seguro que fue alguien que las penas
se quería aumentar; mas no, no atinan.
Fue don Alejo, el hombre de experiencia
que así logró aliviarse su conciencia.



Al casarse Veraguas con la viuda
alegráronse novios y maridos,
como después de la tormenta ruda
se alegran los marinos afligidos
que se vieran, en lucha pelcaguda,
por el bravo elemento combatidos;
así la gente púdose alegrar
viendo en Veraguas aquietado el mar.

Y a propósito de eso a él se llegaban
en són de dar su parabién sincero
y ¡cuántas palabrejas no inventaban
hablándole en lenguaje chocarrero!
Unos por el reloj le preguntaban
por sólo recordarle al usurero,
y otros decían quedo, a *sotto voce:*
«No hay que portar ese reloj de noche».

Por otra parte, el de Veraguas hizo
santa vida en sus días de casado,
no más en aventuras andar quiso.
Al amor de su esposa consagrado,
en todo la sirvió y la satisfizo
cual modelo perfecto y acabado
de esposo. Doña Clara, como esposa,
ya sabemos que fue muy buena cosa.

Lo bueno dicen que se va o se muere
y así dicen también de lo que se ama,
que en medio del placer la suerte quiere
siempre apagarnos del placer la llama;
sea esto una verdad o lo que fuere,
don Alejo una vez cayó en la cama,
después de muchos años de hacer vida
matrimonial con la mujer querida.

No bastó que el doctor Pelafustanes
a su lado velara noche y día,
emplastos recetando y tafetanes,
purgas y vomitivos a porfía,
nada, que para el rey de los Donjuanes
el momento fatal llegado había:
murió Veraguas, y su amante esposa
también muy luego le siguió a la fosa.

12



Nadie ha de ser eterno en esta vida
llena de sufrimientos y de engaños,
desde que a ella se viene hasta la ida;
amargos son los meses y los años.
En el día fatal de la partida
no habrá quien no lamente desengaños,
y hasta mi doña Clara que gozaba
sufre al ver que la vida se le acaba.

Doña Clara murió a los siete meses,
al dar a luz a un póstumo retoño,
del que la gente ponderó mil veces
su parecido a un tal Pepe Londoño,
con lo cual vino a ser un Pelanueces
aquel hijo del oso y del madroño,
quiero decir de la ciudad. (No hay modo
de hacer que el metro lo contenga todo).

Murió la dama cuando al mundo ingrato
le daba una primicia: un bello niño
que era de ella el mismo retrato;
todos le prodigaban su cariño
al nuevo Adonis. Dice Carromato,
cronista sin respeto y sin aliño,
que poniendo a aquel niño en un altar
al mismo Dios podíase igualar.

La hermosa doña Clara, desde el cielo
(digo que desde el cielo porque quieren
decir algunos vivos de este suelo
que allá se van derecho las que mueren
así cual doña Clara) Sin recelo
digo, pues, si así todos lo prefieren,
que desde allá miraba complacida
doña Clara al pedazo de su vida.

Por mandato especial que ella dictara
se le enterró en el mismo mausoleo
en donde don Alejo reposara:
y el epitafio se hizo a su deseo:
«Aquí yacen Alejo y doña Clara,
modelos de virtud en Himeneo».
Lo demás que agregaba el vulgo zafio
no lo escribieron en el epitafio



Y basta ya, lectores y lectoras,
perdonad si no os gusta el desenlace
de este cuento. Fue escrito en pocas horas,
lo juro por mi honor. Si no bastase
tal juramento, juraré, señoras,
por el vuestro que en todo satisface
a la sana moral; y yo os prometo
hablar de vuestro honor en un soneto.

Tal me parece que termina el cuento
famoso del reloj. Quien no lo crea
que busque otro final para este invento,
que sólo digno de Montúfar sea;
que le preste la Musa el instrumento
polífono de aquél y que se lea
sobre fúnebre mármol de Carrara:
«AQUÍ YACEN ALEJO Y DOÑA CLARA».

ARMANDO RODRÍGUEZ PORTILLO.



SOLES PATRICIOS

Fernando Figueroa

La patria te llamó. Fuiste y tu mano
en vez de alzar el símbolo de Marte
levantando el simbólico estandarte
de paz, te hiciste grande ciudadano.

Brilló tu sol en pleno meridiano
del glorioso poder como baluarte
que hoy sirve a tu virtud para escudarte
del odio vil y del olvido humano.

La patria te sonríe bajo un cielo
que vítores diluvia reverente
sobre el honor de tu nativo suelo,

Y al llegar tu poder al rojo ocaso
la gloria inmarcesible te abre paso
y con besos de sol unge tu frente.

Manuel Enrique Araujo

Te saluda la Gloria. Tu llegada
moderno paladín del pensamiento
la Fama la anunció lanzando al viento
su vibrante y sonora clarinada.



Tras tu figura noble y venerada
se ve aún brillar el mágico portento
de un sol de ocaso cuya roja arcada
sirviendo está de marco a tu talento.

Pasa ese sol; mas ya en la lejanía,
de oriente asoma tu armonioso día
tiñendo el cielo de colores vivos;

Y al saludarte la gentil mañana
suena la brisa gárrula y galana
pasando entre simbólicos olivos.

DESPEDIDA

A la señorita Natalia Ramos.

Tu barca en el azul del mar sonoro
mañana bogará, ligera y grácil,
como las rubias mariposas de oro
de tus ensueños, por un rumbo fácil.

La mar alborozada y palpitante,
esa quilla querrá, siempre tenerla
porque dirá que es concha deslumbrante,
y tú, preciosa y delicada perla.

Por lo que hay en tu alma de colores,
de música, de luz, de aroma y vida
la tierra, con sus pájaros y flores,
rapsodia extraña vibrará en tu ida.

De tu ausencia hablará todo el que vive
de músicas, de ensueños, de poesía,
luz, perfume y color conque se escribe
amor, ternuras o melancolía.

Han de pensar que viajas soñadora
como Lied gemidor, dulce y errante,
como estrofa de luz que canta y llora,
como florido búcaro fragante.

Vé, pues y vuelve de tu pintoresco
viaje ideal, trayendo el Agua de oro
el pájaro hablador y árbol canoro
del cuento aquel mil—i—unanochesco.



TU BOCA

Es dulcísimo panal
que dulce embriaguez provoca,
sangre de rojo coral
palpita en el madrigal
    de tu boca.

    Sonrisas pecaminosas
    mueven tus labios sangrientos
    como en los deshojamientos
        de las rosas.

Sobre tu piel satinada
se abre, dulce y sonreída,
tu boca que está encendida
como un cáliz de granada.

    Sobre altura de jazmín
    arde tu boca y hechiza
    como incendio de carmín
    que en rojo madrigaliza.

Y está signando un emblema
como de dos guiones rojos
puestos al pie del poema
    de tus ojos.



BRONCES PATRIOS

I

José Matías Delgado

Su voz de libertad, canto sonoro
que el alma toda de los pueblos llena,
todavía en los ámbitos resuena
como verbo flamígero de oro.

La tribuna de Cristo fue su foro
y al reclamar del hombre los derechos
muros formó de ciudadanos pechos
para escudar su cívico tesoro.

Tuvo a la vez, de santo y de patriota,
calzó sandalia y se vistió de cota
para Dios y su patria soberana
por eso cante el bronce su grandeza
ya con dulces clamores de campana
ya con rudo vibrar de marsellesa.

II

Manuel José Arce

Para el pueblo que evoca su memoria
sacro fulgor de libertad emana
su figura gallarda y soberana
modelada en el bloque de la Gloria.



Grano por grano acumuló la Historia
de una edad a otra edad el bronce regio
para vaciar su continente egregio
en el molde inmortal de la Victoria.

En el alma del pueblo su figura
de prócer toca la serena altura,
y, abarcando un espléndido miraje,
columbra con mirada de vidente
los fulgores de la época presente
desde la oscuridad del coloniaje.

III

Juan Manuel Rodríguez

Bronce de redención, bronce preclaro
para su hijo la patria agradecida,
funde al calor de la pujante vida
que él le encendiera cual fulgente faro.

De virtud y valor el tiempo avaro
le guardó en la centuria esclarecida
donde brillan con fama merecida
su nombre augusto y su talento claro.

Tal parece que el prócer se levanta
sobre el bronce patriótico que canta
la epopeya de gloria de civismo;
y es que el alma de bronce todavía
suena en la patria que se alzara un día
única y grande sobre todo el Istmo.



LA SIEMBRA

Bajo un sol matinal de primavera
que de aúreos toques el follaje borda,
se abre una arada en la gentil pradera
junto al torrente bramador que asorda.

Se apoya el labrador en la mancera
del tosco arado y con la yunta gorda
va esponjando la ubérrima ladera
que en negras floraciones se desborda.

Detrás regando la simiente, a pasos
sobre la amelga de fecundos trazos,
va el fornido gañán de anchas espaldas,

Mientras cruza los ámbitos sonoros
gárrula banda de fugaces loros
como un collar de verdes esmeraldas.



TRISTE MONOLOGO

Quiero que su alma para mi tan fría,
sienta el fuego secreto que devora;
la eterna sed que siente el alma mía
y lo que siente el corazón que llora.

Que alguna vez busquen donde
derramar una lágrima furtiva;
que sepa de ese fuego que se esconde
detrás de la mirada pensativa.

Quiero verla muy pálida y muy triste,
como la mustia flor que se doblega;
que piense a solas en un sér que existe
y que al reclamo de su amor no llega.

Que sueñe con amores imposibles
y despierte con ellos en el alma
clavando el pensamiento en invisibles
mundos que ofrecen engañosa calma.

Que, como el viudo pájaro que enfermo
no encuentra donde fabricar su nido,
cruza el tórrido sol, y cruza el yermo,
sin encontrar el árbol florecido.

Que viva como yo, sola, sufriendo
la horrible pena que mi sér consume,
y no muera jamás y esté sintiendo
que el alma se le va como un perfume....



Entonces le hablaré como una lira
mis recuerdos de duelos y de lloro;
sabrá por qué mi corazón suspira,
sabrá entonces, lo mucho que la adoro.

Bella cual hoy la encontrarán mis ojos,
y viéndola infeliz en sus amores,
sus pies heridos, lavaré de hinojos,
con el llanto de todos mis dolores....

Dicha inmortal de renacer para esa
vida de amor y de melancolía;
feliz con su dolor y su tristeza
y al fin dichoso de llamarla mía.

CLAROSCURO

Había amado mucho aquel poeta
de la mirada triste;
soñador que enfermó de tanto ensueño
y hoy no sabe si existe.

Busca el placer en la falaz parodia
del verdadero amor
y besando una boca que se vende
burla así su dolor.

Tiene la estancia aromas de reseda,
canta al piano Beethowen
palpita amor entre crujir de encajes
y huele a carne joven.

El beso de lascivia, tremulento
despliega su ala loca,
rompe la calma del ambiente y quema
del poeta la boca.

La alegría por fin canta su trova
y el alma del poeta
baila *two-step*, vestida de mengala
y con una careta.

La noche palidece porque el día
viene llegando ya;
deja la orgía el soñador enfermo
vuelto a la realidad.

Y otra vez taciturno por la calle
va viendo el día triste,
la ciudad turbulenta le da náuseas....
y no sabe si existe.



SOLES NUEVOS

Ven a ver: ya se oculta tras de los montes
el sol que en la mañana besó tus ojos:
tiñendo las lejanas cimas bifrontes,
va dejando un reguero de besos rojos.

Tu faz encantadora, tu faz morena
de rubor se ha encendido como esos montes;
mientras veo en tus ojos bogar mi pena
como en un mar de gloria sus horizontes.

Ya pasó de la tarde la hora postrera;
la noche ha destrenzado su cabellera
y en extraño silencio duerme la brisa;

Pero algo luminoso tienes en tu alma
porque veo que en el medio de la honda calma:
¡despiertas una aurora con tu sonrisa!



IDILIO

Asomada la niña al cristal de la fuente,
retrata el fondo limpio su divina belleza,
mientras que su poeta melancólicamente
le dice sus anhelos murmurando:
«Princesa,
qué son tus ojos negros, tu negra cabellera,
tus dientes de alabastro, tus labios de coral?
¿Luceros de diamantes? ¿la red de mi quimera?
¿nidal de finas perlas? ¿corola virginal?

«Quieres para tus ojos engarces de oro finos?
para tu cabellera mis ensueños de amor?
hilos de plata para tus dientes marfilinos
y pájaros de fuego para tu boca en flor?

«Mi corazón es oro para engarzar tus ojos;
mis ensueños anidan en tus negros cabellos;
mis versos son los hilos para tus dientes bellos
y mis besos de fuego para tus labios rojos.»

Y ella dijo: «Mis ojos hace tiempo que miran
hacia el fondo encantado de tu fiel corazón;
mis cabellos son tuyos y tus versos me inspiran
una trova gemela de tu dulce canción.

No le hablo de los besos, ni le hablo de su boca
porque en la ansia suprema de una sed inmortal,
se besaron callados y con ternura loca
se miraron atónitos en el limpio cristal.



INTIMA

La sed de amor que el corazón tenía
ni la apagaste tú;
para el amor tu alma estaba fría
aunque en tu alma angelical había
un cielo muy azul.

Culparé a mi dolor interno y rudo,
no he de culparte a ti,
mi amor iba sin arma y sin escudo
y había que luchar....Mi alma no pudo
la lucha resistir!

Vencido! Sí, vencido por la suerte
por mi destino cruel,
pero ante la desdicha de perderte
no cede el corazón, heróico y fuerte,
siempre te he de querer.

Tú luego olvidarás la triste historia
de este imposible amor,
que siendo para mí dicha ilusoria,
honda huella ha dejado en mi memoria,
y aqui en mi corazón.

Mas si el recuerdo en tu alma se grabara
eso en mi corazón, ¿qué más me da?
si siempre lo que ahora nos separa
habrá de estarnos viendo cara a cara
por una eternidad?

Olvida tú; para olvidar no es tarde
bajo tu cielo azul,
un cielo puro donde siempre arde
de un sol primaveral el rojo alarde
hermoso como tú.



DEL PASADO

Alma mía enferma! Triste flor de angustia,
flor que te consumes en mi altar desierto,
ya no me atormentes, deshojada y mustia
con tu aroma cálido de flores de muerto.

Las cigüeñas blancas de las ilusiones,
una vez tan sólo poblaron mi cielo;
mas su vuelo lírico me rimó canciones
sólo de amarguras, pesadumbre y duelo.

El ensueño rubio con su luz de aurora
vino a mí sonriendo, trayendo alegría,
mas llegó muy tarde: triste y gemidora
ya estaba conmigo la melancolía.

Viejo y solitario como vieja ruina
mi pasado en parte, cruje y se desploma,
que en mi sér hay nostalgia divina
destructora y lenta como la carcoma.

Ráfaga doliente de un recuerdo triste
pasa golpeando por mi alma sombría
como sombra de una cosa que no existe,
como sombra de algo que amó el alma mía.

Nada me consuela, mi tumba es la nada;
quiero para mi alma la quietud eterna,
la quietud eterna de fosa olvidada,
la tristeza de una profunda caverna,
donde no se esconde mundana alegría



ni la brisa cante sus dulces canciones
gélido recinto de melancolía
que parezca un triste panteón de ilusiones.

Mucho amé la dicha de ensueños que nunca
realizó el destino; despreció lo cierto,
justo es que hoy adore mi esperanza trunca,
mi pesar sombrío, mi vida de muerto.

DIA DE SANTOS

Cantan los violines dulce partitura,
cuando por la triste calle de amargura
pasa el Nazareno que murió en la cruz;
y entre el clamoreo del rezo sagrado
vuelve a mí el aroma del tiempo pasado
con el drama antiguo del Mártir Jesús.

Vuelve a la memoria la primera escena,
cuando contemplamos con profunda pena
la pasión de Cristo por primera vez;
cuando el alma toda se deshizo en llanto
por el Nazareno que adoramos tanto,
viendo por el prisma de nuestra niñez.

Hoy, dentro del alma, vemos que desfila
una pena amarga que nos aniquila
bajo un cielo negro de desolación,
ya no llora el alma llanto de pureza,
ya no gime el niño, ya el niño no reza;
sólo sangra el duelo dentro el corazón.

Cristo va con ojos de melancolía,
contemplando opaco su postrero día
bajo el cielo opaco de un cielo glacial,
y el incienso vuela medio agonizante
entre olor humano y entre el vaho errante
de un impío aroma de flores de mal.

De Jesús se empolva la santa madera
de su vía-crucis en la hora postrera,
sin que Magdalena llegue a ungir sus pies,



Postrado de dolor y en vago sueño
creí escuchar un día
que mis manos hablaban y pensaban
en cosas de la Vida.
Hermana, dijo, la siniestra mano,
posándose en la frente:
siento un fuego que estalla aquí debajo
con horror que estremece.
Y mis manos temblaban como heridas
de abrasador incendio,
y movíanse tristes, con la angustia
de dos lirios enfermos.
Y así tristes, enfermas, así mustias
monologaban ellas
con el lenguaje mudo de las cosas
desoladas y yermas.
¿Cómo llevar nosotros el consuelo?
¿cómo extinguir la llama
de este inmenso dolor? . . Hagamos algo
por su dolor, hermana. . . .
Y así, sumido en el sopor del sueño,
sentí que temblorosas
en mi pecho posáronse ambas manos
buenas, consoladoras.
Unico alivio a mi dolor son ellas
y en el último sueño
también serán las únicas que opriman
una cruz sobre el pecho. .

ALMA ENFERMA

(Ultimos versos de Armando Rodríguez Portillo)

"¿Quién eres?
"—Soy la alegría.
"Y el pájaro rosa y nieve
"entró a mi alma sola y fría
"cantando leve, muy leve;
"pero al ver desierta el alma,
"la alegría sintió miedo
"y se fue quedo, muy quedo,
"dejando fúnebre calma.
"¿Quién eres?
"—Soy la esperanza.
"Y al leer mi porvenir
"el pájaro de zafir
"voló a la azul lontananza.
"Cual bandada de gorriones
"que un sol de mayo irisaban,
"vi también que se alejaban
"mis postreras ilusiones.........
"Sólo el recuerdo, como ave
"melancólica, que sabe
"vivir donde hay aflicción,
"ha sido fiel, no se ha ido
"y ha fabricado su nido
"muy dentro del corazón!"
....
....



Así el poeta suicida
versificó de su vida
las horas en fuga.....Y,
meditativo en la suerte;
—¿Eres tú la prometida?—
dijo a la enlutada Muerte.
Y contestó la Pálida:
—Sí!

M. ALVAREZ MAGAÑA.

San Salvador, 16 de junio de 1915.



EPILOGO

Poeta. ¿Dónde está tu Colombina?
¿Qué fue de ella? Me han dicho que tú fuiste
para su alma la nota cristalina
de una música buena, pero triste.
Ella amaba la risa, la alegría,
las joyas, la riqueza,
mientras que tu alma diáfana creía
que en la de ella también florecería
la caléndula gris de la tristeza.
Bien hizo en olvidar tu voz doliente,
bien hizo en olvidar tu serenata
que el viento de la noche mansamente
diluía en la luz opalescente
de la luna de plata.
Arlequín te burló? Calla, poeta,
no llores, que algún día,
mientras ella sonría,
Arlequín llorará tras su careta.
La luna entonces—ánfora que lleve
todo el misterio de la paz nocturna—
derramará su claridad de nieve
sobre el dolor de tu alma taciturna.



BLANCO

Blanco lienzo de batista, blanco lienzo,
como la hostia de la sacra Eucaristía,
tu pañuelo en aquel deliquio intenso,
de tu mano lo pasastes a la mía.

—Mío? Tuyo! contestaste; y un inmenso
astro puro de ilusiones y alegría,
surgió en mi alma, fijo, sólo, sin descanso,
blanco, cual las palideces de aquel día.

Desde entonces, limpia como el cielo,
blanca, como la blancura del pañuelo
que me embriaga con tus íntimos aromas,

y tu nombre bordado allí, en una esquina,
con sus albos caracteres, me imagina
tardo vuelo silencioso de paloma.



NOCTURNO

Bañada por la luz opalescente
del rico velador, tu blanca mano,
como un copo de nieve transparente,
ágil deslía gamas en el piano.

De pronto, tierno, cual preludio arcano
de un amor imposible tristemente
se oye gemir el sherzzo wagueriano,
que flota dulce en el sonoro ambiente.

En tanto que en la calle triste y fría
y en la franja de luz que en el balcón vierte,
el pobre trovador de faz sombría,

soñando sin que nada le despierte,
abre su alma de luz a la poesía
y se embriaga de amor con sólo verte.



MATUTINA

Vuelves ya! Tras la noche de tu ausencia
surges tú como una alba esplendorosa;
iluminas mi amor y es mi existencia
como un ensueño de color de rosa.

Hay mucha luz, fragancia y colores
dentro de mi alma: trae tu venida
el bálsamo de todos mis dolores
y la primer mañana de mi vida.

Ave melíflua que deslíe gamas
es tu imagen, y mi alma, árbol florido
en cuyas verdes ramas
amor ha tiempo que fabrica un nido....



A LA LUNA

Salve, pálida virgen! Flor de cielo,
que guardas, silenciosa y taciturna,
esperanzas, ternuras y consuelos
para mi amor, en tu opalina urna.

A modo de las almas que se han ido,
nostálgica talvez la tierra miras
y ave de nieve, sin hogar, sin nido
tímida en torno de la tierra giras;
y pasas solitaria y errabunda,
envuelta en alba y luminosa veste,
como una Ofelia, triste y vagabunda,
bajo la inmensa soledad celeste.

Das a la tierra tu silente beso
y si pone el follaje densas sombras
cuales tu rayo entre el ramaje espeso
y con flores de luz la tierra alfombras.

Ah! cuántas veces vaporosa vistes
bajo el follaje que en fulgor retocas
dos bocas juntas, cuando tú pusistes
aquel beso de luz entre esas bocas....

Y hoy también besarás la boca aquella
roja, dulce y sonriente todavía
con su beso de miel, la boca aquella,
mas qué lejos!....que lejos de la mía!....



Aquí, debajo de la misma sombra,
mi alma se anega en insondable angustia
y mientras triste el corazón la nombra,
sólo tú besarás mi frente mustia.

Más allá, cuando trémula describas
tu arco de luz sobre el sepulcro mío,
tu rayo besará mis siemprevivas
empapadas en llanto de rocío.

Y seguirás, tranquila, por el cielo,
cual soñolienta rosa taciturna
llevando para todos el consuelo
y la esperanza de tu opalina urna.



ARPEGIOS

Variación sobre un mismo consonante

Triste llora el teclado sus doloridas gamas
a la caricia suave de tus manos de nieve:
convocas mis tristezas y mis recuerdos llamas
y en mi alma el gran desfile fantástico se mueve.

Caminan cejijuntas por un campo de nieve
las muertas ilusiones que en tu conjuro llamas;
doliente y silenciosa la procesión se mueve,
en busca del consuelo de tus divinas gamas.

Toca: se oye más dulce la música del piano,
tu mano está más pálida; más fría está tu mano,
y mi alma, antes sombría, sacude su dolor....

Huyeron mis tristezas. Deja, bien mío, el piano;
quiero besar la hostia de la adorable mano
que ha despertado mi alma dormida en el dolor.



BLANCA

Eres lirio transparente
como tú, rico en fragancias,
es el símbolo más puro
de tu alma.
Es la imagen,
triste y pálida,
de la flor de tus ensueños
pura y blanca.
En el limpio alabastro
de sus hcjas delicadas,
aún titila de rocío
una lágrima,
una gota cristalina
que, haciendo írises resbala
por la albura de los pétalos
hasta el fondo de la copa perfumada....
Así tiemblan las cadencias
de mi lira inmaculada;
y a ti llegan
a abrevar la sed de ensueños y fragancias
y descienden
y descienden
hasta el fondo de tu alma!



A MANON

Qué me amas?....Es verdad. Con fiebre loca
y en el lecho de amor, como vacante,
tu cuerpo se estremece y de tu boca
surge el beso rabioso y lujuriante.

Yo te quiero también, mi sueño ha sido
unir a tu desgracia mi recuerdo,
para que halles mi amor, si me has perdido
o volverte a encontrar si yo te pierdo.

Y es triste, vida mía, tu destino,
aunque en el fuego de mi amor te enciendas,
pues si prosigues tu fatal camino
te has de acordar de mí....cuando te vengas.

Mas si rendida al fin, tu alma sincera
se baña en el Jordán de los dolores,
vas a ser sólo mía y donde quiera
el nido tejeré de mis amores.

Y entonces dormirás horas tranquilas,
reclinada tu sien sobre mi pecho,
y mi beso de amor en tus pupilas
te hará olvidar lo que en el mundo has hecho.



VERSOS A TOTO

«Te amo, poeta, tuya soy,—dijiste;
»mi vida serás tú...... yo seré buena....
»Mi existencia es muy triste
»y el baho de esta vida me envenena.
»Yo quiero amarte, pero con el fuego
»que purifica el alma......
»Seré buena......»
Los ecos de tu ruego
despertaron la calma
honda, muy honda que en mi pecho había;
y en vuelo silencioso
llegaron a mi espíritu luctuoso,
cual pájaros enfermos, la Alegría,
la Esperanza y la Fé.
Tus tristes ojos
leyeron en los míos el poema
de un gran amor; y yo, en tus labios rojos,
bebí la miel suprema.

UMBRA

A Francisco R. Osegueda

Gondolero de ensueños inmortales,
voy por el triste lago de mis penas
soñando con mujeres ideales,
bellas, sonrientes, pálidas y buenas.

En el vago temblor de los cristales
arabescos de luz teje la luna,
sin descubrir en el confín la bruna
silueta de mis torres medioevales.

Larga es la ruta de mi eterno exilo;
llena mi trova el ámbito tranquilo
de un cielo negro sin palor de estrellas;

y, sin tocar la playa de Citares,
mi góndola no encuentra las mujeres
buenas, sonrientes, pálidas y bellas.



RIMA

Has visto ya la triste lejania
del ancho mar, a la hora gemebunda
en que agoniza el día,
y una ave solitaria y errabunda
que va cruzando la extensión sombría?
Vieras también el interior de mi alma,
como ese mar, inmensamente triste,
envuelta en honda calma
desde que tú te fuiste,
y cual pájaro azul, silente el vuelo
y con el ala herida,
tu amor, que va, como visión de duelo,
cruzando el horizonte de mi vida....



AÑO LIRICO

Año nuevo igual a todos,
ya llegas, yo te esperaba
para mirar en el cielo
tus tardes y tus mañanas.

Al llegar la media noche
la ciudad, alborozada,
cantará su epifanía
de dichas y de esperanzas.

¡Amor! ¡amor! dirá el mundo;
¡amor! dirán las campanas,
dando al viento, vocingleras,
su melodía metálica.

Los que en la dicha nacieron
más dicha en ti, año, aguardan,
y creen en ti los que sufren,
los que suspiran y aman.

Para mí, año que vienes,
al año viejo te igualas;
año de amor para otros,
a mí no me traes nada.

Año nuevo igual a todos,
ya vienes, ya te esperaba:
sólo veré como siempre
tus tardes y tus mañanas.



HUMO

Fumemos; en el humo veo surgir la vida
que en el mísero cuerpo locamente consumo;
las vagas languideces del alma adormecida,
su sueño desperezan en las espiras de humo.

Como el votivo incienso de elásticas volutas,
el alma del tabaco tiene santas piedades,
tiene la faz solemne de todas las cicutas
con un raro deleite de voluptuosidades.

Tienen los copos de humo personificaciones
de mundanos remedos, como cuando se mira
que se arruga una falda llena de tentaciones
sobre la forma núbil con que el alma delira.

Yo he cerrado los ojos; pero el humo implacable
se ha apoderado entonces de mi cerebro enfermo
y me ha fingido toda la visión adorable
que sacude mi espiritu desfallecido y yermo.

La quietud y el silencio de mi asolada estancia
se juntan al capricho perezoso del humo:
se ha llenado el ambiente de femenil fragancia
y el roce de un vestido cerca de mí presumo.

Liviandades de antaño, corroídas de olvido,
vuelven a mí veladas por el ambiente opaco,
donde un recuerdo alegre, ya medio desteñido,
revive en la embriagante languidez del tabaco.



En la sutil madeja del ensueño azulino
la alegría se mece picaresca y beoda,
con las provocaciones y el encanto felino
de una mujer alegre que se nos brinda toda.

¡Oh, mis buenos amigos! fumemos, que la vida
nos ha engañado a todos, a pesar de ser buena;
como la opaca nube medio desvanecida,
la vida es un ensueño de alegría y de pena.

Bella cuando se enciende, triste cuando se apaga,
la vida, amigos míos, nos ha puesto beodos,
y la vemos marcharse como la niebla vaga
del humo alucinante que nos engaña a todos.



PROSAS

UN NOTABLE LIBRO DE VERSOS CENTROAMERICANO

Creo que la evolución literaria, aunque afecta la forma y el fondo, deja siempre intacta la personalidad poética. Es decir, que en todo tiempo el poeta aparece en sus obras. Ayer como hoy, en ésta o aquella forma, el sentir exquisito se expresará con mayor o menor intensidad, pero en todo ciñéndose a una sola pauta: el estilo.

En el precioso libro *Viejo y Nuevo*, de Mayorga Rivas, he hallado estilo propio, calidad muy rara por cierto, tan rara como encontrar un verdadero poeta.

Viejo y Nuevo se antoja como lo más sincero que se puede escribir. No hay snobismo en él, ni alardes de complicadas innovaciones.

La métrica adoptada por este poeta, es llana y correcta. El endecasílabo lapidario galopa fogosamente, a veces, con sonoridades extrañas, y otras, ese antiguo verso tiene caricias de ala. Su suavidad sugestiona a tal grado, que hasta el consonante pasa



inadvertido, porque, precisamente, lo deleitoso está enmedio del verso. La musicalidad es perfecta. Lo propio pasa en el asonante, la estrofa se oye entera, con unidad de armonía. Y a la par de la música, resalta la idea perfectamente ajustada a ese verso marmóreo.

Confiado el poeta, en esa armonía cautivadora, muy poco se preocupa, a veces, de la simetría rítmica, que los retóricos exigen para distribuir la asonancia y la consonancia. Este descuido voluntario y la riqueza armónica de que hablo arriba, pueden verse en la siguiente traducción. Entre las muchas traducciones que hay en el libro, las que más fuertemente me han llamado la atención es el *Coloquio sentimental,* de Verlaine. Aquí leemos algunas estrofas:

Por el antiguo parque
solitario y helado
dos formas han pasado.
—Dime ¿de nuestro amor te acuerdas?
- ¿y porqué quieres tú que lo recuerde?
—al oírme nombrar tu alma no sueña
y ve la mía en sueños?
Mi alma duerme
....
Tal iban los espectros
con voz de tumba que arrastraba el viento.

Esto es lo que se llama verso lleno y completo. Este verso último vuela rápidamente y suena con el quejumbre fúnebre que requiere la idea ajustada a la frase. Me atrevo a asegurar que en el pentagrama de la música no se ha logrado expresar tanto.



Hay armonía imitativa en este verso: un rumor, un sonido múltiple y extraño y mucho movimiento en la flexible ondulación del verso:

con voz de tumba........

Se oye hasta aquí esa polifonía sorda de ciertos parajes sombríos donde creemos escuchar algo. . . .

......que arrastraba el viento.......

El verso vuela y pasa vertiginosamente. El verso se mueve; y juntando los dos grupos de cadencias:

Con voz de tumba que arrastraba el viento..

La idea espectral y dolorosa que se propuso expresar el poeta, surge arrebatadora y luminosa; pero pasa porque va ajustada al sonido y al movimiento que vibran en el endecasílabo.

Ahora, si hemos de decir verdad, confesaremos que en el libro hay composiciones que si las analizamos con las antiparras de ciertos remendones de crítica, hallaríamos defectos; pero estos defectos aislados, no quitan jamás el mérito total de la obra.

Voy a ponerme, por un rato, los anteojos de aumento que usa un *crítico* de esa capital. Verán ustedes lo que es gordo. En la composición *Símil* se lee esto:

Sobre el fango *cae* y en él se pierde,



verso completamente amorfo; hay que decir *caé:*

> Sobre el fango *caé* y en él se pierde,

para que suene a endecasílabo.

Otro:

> Apresúrate!—En tu copa rebalsa

Para que tenga cadencias de endecasílabo debe leerse:

> Apresurátentú copa rebalsa,

o bien:

> Apresurá—ten—tu—copa rebalsa,

cosa que suena feamente.

Pero no está allí lo gordo. Eso puramente eufónico. Veamos mejor el soneto *Peregrina de los cielos.*

La idea de este soneto, tan bella en el fondo, decae lastimosamente en el final. Voy a ponerme otro par de antiparras.

Termina así el soneto:

> Y sola en el espacio mi alma en pena
> irá de mundo en mundo hasta ser buena,
> eterna peregrina de los cielos.

Este soneto habría concluido mejor así:

> Y sola en el espacio mi alma en pena
> doliente peregrina de los cielos,
> irá de mundo en mundo hasta ser buena.

La idea final de esta última frase resalta y es la que debería cerrar el soneto.



Muchas veces por agregar un detalle, el período pierde su efecto al final y la idea principal se confunde con otras de menos importancia. Esa frase

Doliente peregrina de los cielos

debe ir intercalada, para conservar la elegancia y el tono del hermoso soneto.

Hermosilla hizo ya esta observación:

Aquí nació aquel rayo de la guerra
Plinio sublime, vencedor Trajano
ante quien muda se postró la tierra...

Hasta aquí—dice el gran retórico—la idea habríase sostenido en su elevada entonación; pero decae y casi desaparece la sublimidad del pensamiento cuando continúa y termina:

....la tierra
que vió del sol la cuna y la que baña
el mar, también vencido, gaditano.

Pero, con todo eso, ¿podemos asegurar ramplonamente que no hay poesía en tales conceptos? Nunca. Estas son nimiedades que no valen la pena, aún comparándolas con la mitad de la composición solamente, ya no con la totalidad del libro, donde hay verdaderas joyas. Ahí están otros sonetos: Virgen Dormida, Venus Púdica y otras varias poesías donde no se puede tachar nada absoluto.

Quitemos, pues, de los ojos, señores *críticos*, esa doble cristalería que nos hace ver una coma de más o de menos. Las obras



poéticas deben leerse más con el pensamiento que con los ojos.

Decidme si no hay riqueza de colores en estos versos:

El claro sol del día pone el aire radiante,
su luz cae en el lago, cual lluvia de diamante
y se irisa y disuelve en la masa ondulante.

Y esta hermosa imagen:

Entre una y otras islas forma el agua canales,
donde al llegar el viento con sus alas triunfales
las abate rendido en los mansos cristales.

Y también:

En la hermosa arboleda fulge la pedrería
de los rayos del sol.—En gran algarabía
aletean los pájaros entre el fulgor del día;
en tanto que del aire en las ondas serenas,
como sarta de perlas, violetas y azucenas
vuelan las garzas blancas, rosadas y morenas.

Verdadera orgía de colores! Esta composición lleva por título *Islas del gran lago*. Toda ella es así, rica en colorido y modulaciones raras. No terminaré sin copiar una parte de este poema magistral. Este, por sí solo, vale como lo mejor. Refiriéndose a dos amantes, dice:

Bajo un naranjo umbrío, copioso de azahares,
el triunfo de la carne corona sus pesares
y es himno de ese triunfo el viento en los pinares.
La luna condolida de aquel fugaz olvido
del dolor de sus almas, sobre el árbol florido,
como un perdón, derrama un destello dormido;
un destello que, a poco, despertado, se mueve
al soplo de la brisa, y entonce el árbol llueve
en diluvio azahares como de luna y nieve.



Este libro es un indiscutible triunfo de las letras latino-americanas. Su autor debe estar orgulloso de haber dado a esas letras tal obra. Y como es, bajo cierto aspecto (en lo del hogar) nacido del corazón, aunque moldeado a los golpes de oro de un exquisito talento, ese libro será en la familia un breviario de paternal arrobamiento y bello sentimentalismo.



CUENTO NACIONAL DE AÑO NUEVO

TRISTE ANIVERSARIO

Esta será, sin duda, la última vez que reciba noticias de mi amigo Rubén, del melancólico Rubén como le llamábamos en otro tiempo, allá en el colegio donde cursábamos juntos, el segundo año de ciencias y letras.

El, vive hoy en un apartado pueblo de un departamento occidental, cultivando una pequeña finca, adquirida con su trabajo de pobre empleado, y de allá solía venir aquí, siempre a fin de año. Tomábamos esto como una alegre escapatoria de colegial que le apartaba por unos días de sus arduas faenas y que le servía sólo para recordar su vida de estudiante cenando conmigo en algún restaurante barato.

Durante alguna hora del día visitábamos la casa de la familia M, gente venida a menos, pero que, poseía aun el tesoro de una linda sobrina, a la que Rubén adoraba y deseaba hacerla su esposa.



—Ya será eso—decía mi amigo—dentro de poco tendré lo suficiente y seré feliz.

Pero este año ya no volverá mi romántico amigo. Juzgad por su última carta si podrá venir.

He aquí algunos párrafos:

«Lo que te digo es cierto».—Tú, mejor que yo lo sabes porque lo has visto, y te agradezco que no hayas sido tú el que me asestaras tremendo golpe contándomelo.—Tú sólo eres ya mi amigo.

Ya ves como mis esperanzas eran de humo, que hoy están desvanecidas en el torbellino que se lo llevó a ella .... ¿para qué nombrarla?

Esa ciudad loca véola desde aquí. Durante el día sus talleres bullen en la agitación incesante del trabajo y por la noche, en los garitos hormiguean beodos los trabajadores dando al cantinero o a la meretriz el dinero que pertenece a sus hijos.

Veo a la Celestina de oficio, atisbando por el balcón la oportunidad de entregar el billete amoroso a su víctima, veo al tenorio esperar en la esquina, endomingado siempre, y pasar luego frente a la ventana, donde criminalmente deslizará una frase ardiente en los oídos vírgenes; las casas sospechosas donde se juega; el suburbio aquel de la Zurita, famosa ya por sus noches de orgía, llenas de músicas; danzas y besos impuestos y en redor de este cuadro el sarcasmo de la alegría decente, noches de teatro, conciertos soberbios en los parques donde las mujeres pasean orgullosas su espiritualidad y fragan-



te elegancia y los hombres pasean su aburrimiento, viendo a través del humo de sus cigarros desfilar en vaporosa teoría la deslumbrante visión de damas lujosamente vestidas bajo sus enormes sombreros . . . . y la música y las sirenas de los automóviles al doblar una esquina y el ruido de un coche que como cuervo viejo, pasa llevando en su vientre, quién sabe qué aventura de amor . . . .

Esa es la ciudad a donde nunca volveré. Ya lo sabes».

Cuando hube leído la triste carta de mi amigo, recordé a la pobre Luisa. Era cierto que había caído seducida por un empleadillo de comercio y luego había rodado como todas.

Hace dos noches llegué a cenar con un amigo a uno de esos restaurantes ambiguos donde así como se puede hallar buen vino, se toma también de lo peor—según ande el bolsillo—o se parodia el amor, o se baila, o se hace todo.

Cuando pasábamos por la sala de baile donde un piano cascaba un valse, presentóseme una mujer . . . . . . una cualquiera cosa . . . . . . y viéndome, sin conocerme, díjome:

—¿Bailamos?—Estoy desesperada; deseo emborracharme más de lo que estoy!

—Sueles emborracharte mucho?—No,—díjome—sólo por estos últimos días del año.... Es que celebro un triste aniversario . . . . mi felicidad ida la olvido así.—Vamos, voy a contarte lo que por estos días deseo celebrar —¿Vamos?

—No,—le dije al reconocerla,—tengo prisa de ir a otra parte.



Entonces ella, sin reconocer en mí a nadie, se alejó buscando otro hombre para olvidar sus recuerdos.

Podré consolar a mi amigo Rubén, diciéndole, que ese sér a quien amó, lo recuerda en las frías noches de diciembre, cuando va entrar el año nuevo?

Creo que no . . . . Podía venir y verla como yo la he visto. Será mejor que no venga.

Él, quizá como ella --logra también entenebrecer su cerebro cuando viene el año nuevo.

LOS ATORMENTADOS

El libro de Rafael Arévalo Martínez.

En la nueva generación de literatos centroamericanos, culminan verdaderos orfebristas, que cincelan bellísimas estrofas y acrisoladas prosas de cristal.

Aman la forma y la cultivan devotamente, pero hay pocos, muy pocos que cultivan el fondo, prosa y versos musicales, en la sonora fanfarria del decadentismo moderno, para revestir lujosamente alguno que otro pensamiento de superficial filosofía.

Verdaderos poetas son los que poseen la dualidad artística, los que escriben y piensan bellamente.

El joven autor de «Los Atormentados», es un poeta que tiene un fragante jardín de frases en el cerebro y una honda filosofía en el corazón. Medita profundamente, piensa con solidez y escribe diáfanamente. Su libro a que me refiero debe leerse a ratos; no es de los libros que se leen de un tirón, ni son sus



versos de aquellos que se graban en la memoria: No es musa popular la suya. Doliente y enferma lo será, pero ese dolor y esa tristeza pertenecen al lirismo aristocrático.

Líbrela el buen Dios de la popularidad chabacana y grosera que estropea los versos.

Rafael Arévalo Martínez se tiene él mismo por un poeta decadente:

"Mi musa de fracaso y de belleza
se ha aferrado a los versos decadentes
por lo bien que disfrazan su locura
y por lo bien que expresan su tristeza".

No es verdad. Los versos decadentes son precisamente aquellos que halagan el oído y ofuscan el cerebro, con la polifonía de su música y la fuerte radiosidad de la forma, si llegara a expresar bien la verdad moral. Ese bello decir fue el camino hojarascoso que otros han seguido mixtificando la verdadera misión del poeta. Musa enclenque, vestida de oropeles vistosos, es la musa decadente. Los versos de Arévalo Martínez, tienen alma que se comunica a la del lector y tienen también bellísima forma. El poeta que cincela y piensa a la vez no es un decadente.

«Hoy Sancho se disfraza, con disfraces diversos:
Sancho Panza hace crítica, Sancho Panza hace versos
su apostura es de dómine, su locución dogmática
de dos muletas cuelga su gran panza pletórica:
las infantilidades tiene de los gramáticos
y la adolescencia tiene de la Retórica.
Hace el soneto clásico, acude al estrambote
y ríe socarronamente de don Quijote,
y lo curioso y triste, que el Quijote demente,



en las tierras ignotas abre un nuevo sendero
para la campanada facha de su escudero.

. . . .

Nunca precisar pude por qué extraños acuerdos.
a la zaga de un loco marchan siempre cien cuerdos.

. . . .

¡Oh, redondo escudero, de alma holgada y rostro ancho
¿Sino don Quijote el bueno, qué sería de Sancho?

Verdad que no es decadente? — Pero él quiere serlo . . . . a su modo.—Y si así fuera el decadentismo al punto me afiliaria a tal escuela.

Verdadero artista de la frase que encierra un fondo moral muy serio, un pensamiento sano y fuerte, tal debe ser el poeta. En «*Los Atormentados*» se ve eso.



LA CONQUISTA DE LUIS

CUENTO

La primera mañana que Luis se sentó a la mesa a tomar el desayuno en aquel mesón del barrio, al día siguiente de su llegada a la capital, la casa que primero vio, fué la de la bella mesonera, una viudita deliciosa, joven, sin hijos y con un capitalito bastante apetecible.

Luis al verla bajó maquinalmente los ojos para contestar al saludo que élla le dirigiera con tanta amabilidad, con tanta fineza, propias de las personas de su oficio que tienen necesidad de ser atentas para atraerse la clientela.

Y Luis, por otra parte, a pesar de su romanticismo, no dejó de pensar prosaicamente. Cariños de mesonera, suspiró el pobre,— no hay que fiarse.

Y mientras se alejaba cimbreando graciosamente la voluptuosidad de aquellas redondas caderas, Luis quedóse frente a su taza

de café humeante, mordiendo nerviosamente una servilleta.

Cuando hubo tomado café, dirigióse a su cuarto, mentalizando el programa que debía trazarse en su nueva vida.

He venido a establecerme—se decía;—y aunque ya tengo seguro el empleo de que voy a vivir, no puedo dejar de reconocer que soy todavía un pobre diablo. Dejemos las conquistas difíciles, pensemos en lo real y fácil, echemos alas primero y después. . . . .

Aquí le interrumpió su monólogo el ruido de unos pasos; era una muchacha que, por su apariencia exterior, hacía ver, sin necesidad de lentes, su humilde oficio de camarera.

—Va Ud. a salir—díjole,—sírvase, entonces, dejar abierta la puerta interior, para arreglar el cuarto.

- Con mucho gusto, contestó Luis, arreglándose la corbata frente a un espejo.—Y añadió: Sirves en esta casa?

Sí, señor, hace un mes que estoy aquí con mi madrina.

—¡Ah, es tu madrina la señora del mesón?

—Sí, señor.

—Cómo te llamas?

—Justa.

—Y tienes muchos novios?

—No, ni muchos, ni pocos.

—Me querrías tú a mí?

Por toda contestación la fánula salió precipitadamente, y ya estando en el corredor le gritó: «No olvide dejar abierta la puerta».

Buen modo de plantarlo a uno tienen estas criaditas, se dijo para sí Luis.—Pero ha de



ser mía,—pensó con aire anticipado de triunfo.—Ha de ser mía, por arisca que sea.

En aquella conquista pasó Luis un mes, y otro mes, y habría pasado un año, sin duda, porque la resistencia que le oponía aquella rapazuela, era de verse. En ese tiempo, Luis se aclimató en el mesón y llegó a ser uno de los clientes mejor atendidos.—La señora dueña del mesón, es decir, la bella viuda, le tomó cariño y siempre le obsequiaba con frutas, dulces y viandas, de las que se preparaban para élla solamente.—Un día, élla cometió la indiscreción de decirle que cada vez que lo miraba por detrás se le venía el recuerdo de su difunto marido. Era así como el suyo el cuerpo de su esposo; ancho de espalda, alto, graciosamente jorobado; las piernas como dos paréntesis, encerrando una frase picaresca .... en fin, sólo había diferencia en la cara, que hallaba la viudita un poco más regular que la del difunto.

¿Quién al oír este paralelo no se le declara a la viuda?—Bruto como Luis, sólo yo, que como soy tan tímido para las mujeres, habría hecho lo mismo.—Y Luis, después de oír a doña Felipa hablar tan imprudentemente, se quedó como si oyese llover.—Sólo se contentó con sonreír, dar el último sorbo a su taza de chocolate y retirarse a su cuarto.—Le tenía un respeto de once mil demonios.

Eran las nueve de la noche. Luis no quiso ir al concierto, y según parecía estar tan nervioso y preocupado al verlo, cualquiera hubiera adivinado que estaba esperando una cita.—Y esto era lo cierto.—Justa habíale con-



testado a su última insinuación amorosa de este modo: —«Bueno, iré esta noche cuando se acueste mi madrina, después que lave los platos.»

Pues bien, ya eran las nueve y él estaba esperando aún con el cuarto a oscuras. De repente le dio el corazón una voltereta: por el corredor veía llegar una sombra indistinguible entre la penumbra del vasto corredor. Es élla, dijo para sí.—Mas, como la sombra pasara de largo, enfrente de su pieza, Luis se le plantó delante y ciego de emoción, le dijo: «Ya no puedo esperar más. No seas cruel» . . . . .

La sombra no contestó, pero se dejó llevar de la mano al interior del cuarto. Ya adentro, Luis tomó entre sus manos la cabeza de la sombra y estampó un sonoro beso, que fué repercutido como un eco por otro beso de élla, y luego la sombra le echó al cuello los brazos, diciéndole: «¡Sí, te amo, no lo he podido ocultar!» . . . .

Pero a esto, Luis dio un salto, porque sintió que aquellos brazos eran los de ninguna friega platos, aquellos brazos olían bien y estaban entre dos mangas de encajes.

—Qué es, preguntó ella estremecida al notar el susto?

—Nada, contestó aquél dominándose.—Nada, creo que es un alfiler . . . . . No es nada . . . . voy a encender la luz, añadió y como tuviera cerca el foco eléctrico, dio vuelta con su mano temblorosa a la llavecilla.— ¡Cuál no sería su sorpresa aunque ya lo presumía, desde que ya había palpado las man-



gas de encajes, al ver alumbrado por aquel foco eléctrico, el pálido y bello rostro de la mesonera, doña Felipa, la hermosa viuda, el imposible que decía el bobo de Luis.

Dos minutos después la pieza volvió a quedar a oscuras.



INDICE





PROSAS



